Comunidad de Madrid

Yunior García Aguilera • *Dulce María Loynaz* • Mapa de escritores hispanoamericanos en Madrid

Hispanidad

Mapa de escritores hispanoamericanos en Madrid

Dulce María Loynaz

Yunior García Aguilera



Comunidad de Madrid

Cubierta:

Dulce María Loynaz. Martín Santos Yubero (Archivo Regional de Madrid)

MADRID (Área Metropolitana). 1944 (CC -BY 4.0 ing.es 10-D-3)

03 Dulce Maria Loynaz cub pruebas.indd 1
10/6/26 10:53

Mapa de escritores hispanoamericanos en Madrid

Dulce María Loynaz



Yunior García Aguilera

Comunidad
de Madrid

PRESIDENTA DE LA COMUNIDAD DE MADRID
Isabel Díaz Ayuso

CONSEJERO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE
Mariano de Paco Serrano

VICECONSEJERO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE
Luis Fernando Martín Izquierdo

DIRECTOR GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL Y OFICINA DEL ESPAÑOL
Bartolomé González Jiménez

SUBDIRECTORA GENERAL DEL LIBRO
Isabel Moyano Andrés

MAPA DE ESCRITORES HISPANOAMERICANOS EN MADRID:
DULCE MARÍA LOYNAZ

EDITA:
Comunidad de Madrid

TEXTOS:
Yunior García Aguilera

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
conarquitectura ediciones

IMPRESIÓN:
Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid

© de la edición: Comunidad de Madrid
© de los textos: Yunior García Aguilera
© de las imágenes: Los autores, Archivo ABC, Archivo Regional de Madrid. Centro Cultural Dulce María Loynaz.
La Dirección General de Patrimonio Cultural y Oficina del Español ha hecho todo lo posible para identificar a los propietarios de los derechos intelectuales de las imágenes reproducidas en esta publicación. Se piden disculpas por los posibles errores u omisiones y se agradecerá cualquier información adicional de derechos no mencionados en esta edición para, en caso de tratarse de un requerimiento legítimo y fundamentado, buscar una solución equitativa.

ISBN: 978-84-451-4251-6
DL: M-12812-2026
Impreso en España – Printed in Spain

ÍNDICE

I. La «poetisa del agua» en Madrid (1947) 9

II. El año de *Jardín* (1951) 53

III. Los *Poemas sin nombre* (1953) 71

IV. *Un verano en Tenerife* (1958) 83

V. El último viaje (1993) 97

Cronología 119

Bibliografía de Dulce María Loynaz 125

Sitios de Dulce María Loynaz 126

Biblioteca virtual

Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la **Comunidad de Madrid** y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

comunidad.madrid/publicamadrid

PRESENTACIÓN

Dulce María Loynaz es una voz imprescindible en la literatura en español del siglo XX. Su obra poética ha trascendido fronteras y la convirtió en un puente entre Cuba y España, y, de manera particular, entre La Habana y Madrid.

Nacida en el seno de una de las familias más destacadas de Cuba, Dulce María Loynaz recibió, junto con sus hermanos, una esmerada formación intelectual, estrechamente vinculada a la tradición literaria española.

Probablemente, de entre los autores cubanos, Dulce María Loynaz haya sido la que mantuvo una relación más intensa y sostenida con la literatura española. Ya en la década de 1930, figuras como Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca pasaron por su casa de La Habana, convertida en salón literario, y dejaron en ella una huella profunda, marcada por la admiración y el reconocimiento mutuos.

Desde las décadas de 1920 y 1930, Loynaz realizó varios viajes a España y fue dando a conocer su obra en círculos literarios todavía reducidos. Sin embargo, no sería hasta 1947 cuando llegaría por primera vez a Madrid en calidad de escritora reconocida, en un momento decisivo para la proyección pública de su figura en el ámbito literario hispánico.

Madrid no fue para Dulce María Loynaz una capital más. La ciudad desempeñó un papel decisivo en su itinerario intelectual y en la configuración de su literatura. No fue para ella únicamente un lugar geográfico, sino un símbolo de apertura al espacio cultural hispánico, y lugar privilegiado de interlocución con escritores e intelectuales que supieron valorar la singularidad de su obra.

Aunque sus viajes a España fueron esporádicos y separados por largos intervalos de tiempo, Madrid y su atmósfera intelectual acabaron por convertirse en el espejo de sus aspiraciones poéticas. En sus descripciones se advierte la huella de la ciudad, concebida por la autora como un espacio de aprendizaje, inspiración y diálogo con la tradición española, así como una urbe de particular elegancia y melancolía.

Madrid devolvió a Dulce María Loynaz buena parte de la estima que ella profesó a la ciudad. Desde la década de 1940, cada una de sus visitas adquirió la dimensión de un acontecimiento literario: impartió conferencias, participó en recitales y su presencia fue ampliamente recogida por la prensa cultural del momento, signo evidente del interés que despertaba en los círculos intelectuales españoles.

La relación entre España y Dulce María Loynaz alcanzó una culminación simbólica en 1992, año en que recibió el Premio Cervantes, el más alto reconocimiento de las letras en español. La concesión de este galardón supuso no solo el reconocimiento de la excepcionalidad de su obra, sino también la confirmación de su pertenencia plena al patrimonio literario hispánico compartido entre España e Hispanoamérica.

En este Mapa de escritores hispanoamericanos, dirigido por el académico de la Real Academia Española Sergio Ramírez y concebido para dar cuenta del paso de algunas de las figuras más relevantes de las letras hispanoamericanas por Madrid, no podía faltar la figura de Dulce María Loynaz, así como de la huella que dejó en ella.

Mariano de Paco Serrano
Consejero de Cultura, Turismo y Deporte

I. LA «POETISA DEL AGUA» EN MADRID (1947)



Dulce María Loynaz. Centro Cultural Dulce María Loynaz.

Un viaje iniciático

La primera vez que Dulce María Loynaz viajó a España como escritora fue en 1947, a los cuarenta y cuatro años. Para entonces ya había recorrido buena parte del mundo en compañía de su familia. Había conocido las dos Américas, el Medio Oriente y varios países europeos. También había pisado antes suelo español, aunque siempre en viajes discretos, casi anónimos, protegidos por ese orgullo tímido que la acompañó toda su vida.

> Yo soy como el viajero
> que llega a un puerto y no lo espera nadie;
> soy el viajero tímido que pasa
> entre abrazos ajenos y sonrisas
> que no son para él...
> Como el viajero solo
> que se alza el cuello del abrigo
> en el gran muelle frío...

Los primeros viajes a España con su familia están poco documentados. El orgullo y la timidez que marcaban a cada uno de sus miembros evitaban los flashes de las cámaras. A través de entrevistas y cartas se pueden determinar algunos, como el que realizaron en 1927 a Beasain, en busca del origen del apellido Loynaz, según confesó Dulce María al alcalde de la ciudad casi al final de su vida.

También es posible que visitaran la península en 1934, ya que la poetisa recordaba, en sus últimos años, la tristeza que vio en el paisaje por la muerte reciente de una duquesa joven. Es muy probable que se tratara de la duquesa de Alba, María del Rosario de Silva y Gurtubay, fallecida a los 33 años. Otros viajes son más difíciles de rastrear, aunque hay indicios para creer que el de 1947 fue el quinto, de acuerdo con el testimonio de uno de los periodistas españoles más atentos a sus visitas, Pablo Corbalán. Lo indiscutible es que este era el primero, en muchos otros sentidos.

Su matrimonio con el cronista social de origen canario Pablo Álvarez de Cañas, celebrado un año antes, lo cambiaría todo. El tinerfeño era un ejemplo vivo del sueño cubano. Llegado a la isla en 1918 con los bolsillos vacíos, supo ascender y hacer fortuna en el pujante negocio de las crónicas de sociedad. Aunque no escribía personalmente sus columnas —delegaba esas «manualidades», como las llamaba, en sus secretarios—, su sección era de las más leídas del diario *El País* de La Habana, y los anunciantes competían por ocupar un espacio en ella. Tal era su dominio de los círculos de la élite y su innata habilidad para la seducción social que la Asociación de Grandes Tabaqueros de Cuba lo nombró comisionado para representar sus marcas en Estados Unidos. Sus detractores, sin embargo, lo ridiculizaban: «Este es el país de los absurdos: va a Norteamérica un representante del tabaco cubano que ni es cubano, ni fuma, ni sabe inglés».

Pese a todo, o quizá gracias a todo, el éxito del canario fue arrollador. Llegó a retratarse con estrellas de cine como Clark Gable, Gary Cooper o Bette Davis. Incluso Walt Disney —según contaba la propia Loynaz en su libro *Fe de Vida*—, le regaló un boceto original de *Los tres caballeros* y estuvo a punto de bautizar como Pablito a uno de sus personajes.

Ese encanto personal y esa pericia para conquistar a las élites resultan esenciales para comprender su papel en Madrid como una suerte de agente literario de su esposa, cuando la profesión aún no existía formalmente en el ámbito hispánico.



Foto de la boda de Dulce María Loynaz.

El viaje de 1947 fue iniciático. Era la primera vez que Loynaz llegaba como escritora reconocida, merecedora de la atención de la prensa y de la curiosidad del público. La «poetisa del agua» llegó a la península por aire, tras un largo trayecto desde La Habana con escalas en Nueva York y Londres. En Madrid hicieron una brevísima parada de apenas cuarenta y ocho horas antes de continuar —el martes 10, también en avión— hacia Canarias, tierra natal de Álvarez de Cañas. La capital española no podía saberlo entonces, pero aquella escala mínima, casi al final de la primavera, presagiaba un otoño memorable. En junio, Dulce María pasó de puntillas por Madrid; en octubre y noviembre, en cambio, estallaría la fiebre loynaciana.

Su nombre, de todos modos, no era del todo desconocido. Algunos de sus poemas se habían publicado en Madrid ya en 1924, cuando César

González-Ruano destacaba el talento singular de la joven cubana. La prensa madrileña elogió entonces el opúsculo *Poetisas modernas* como «un libro de crítica literaria que traza en sus breves páginas las siluetas de las más modernas poetisas americanas, desde la admirable Gabriela Mistral hasta la encantadora Dulce María Loynaz».

Su libro *Versos (1920-1938)* había visto la luz discretamente en La Habana y —como ella misma admitiría— había pasado sin pena ni gloria. Publicado gracias al empeño familiar y distribuido casi de modo privado, el volumen no tuvo circulación comercial ni una promoción capaz de situarlo en el paisaje literario de la época. Loynaz, siempre renuente a la autopublicidad y celosa de su intimidad, no buscó editoriales ni reseñistas, y dejó que el libro siguiera un destino casi doméstico: llegó a amigos cercanos, a algunos escritores y a ciertas bibliotecas institucionales, pero no alcanzó al público lector.

Pese a ello, su nombre ya había comenzado a sonar mucho antes en ciertos círculos literarios. Desde la década de 1920, algunos de sus poemas habían aparecido dispersos en revistas culturales de Cuba, como *Social*, *Revista de la Habana* y *Grafos*, que a menudo incluían colaboraciones de creadores jóvenes. Aquellas publicaciones —por lo general bajo pedido de amigos o editores que conocían su talento— contribuyeron a que la poesía de Loynaz circulara en un ámbito culto y minoritario, aunque siempre bajo la paradoja de una autora que escribía con ambición estética, pero rechazaba con firmeza cualquier forma de exhibición pública.

A ello se sumó una presencia temprana en antologías fundamentales para la vida literaria de la isla. Entre ellas destaca *La poesía moderna en Cuba (1882-1925)*, compilada por Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro, un volumen que buscaba trazar el mapa poético de la modernidad cubana y que incluyó varios textos de la aún joven Dulce María. Su presencia en esta obra no era un gesto de cortesía, sino un reconocimiento explícito de su singularidad poética: una voz femenina distinta, despojada de estridencias y ajena a modas pasajeras.

Esta incorporación al canon emergente acompañó otras apariciones en antologías hispanoamericanas de tirada menor, donde críticos y escritores afines —como Benjamín de Cárdenas o el propio González-Ruano— la presentaban como una figura prometedora del panorama lírico continental. Ella, sin embargo, tendía a minimizar esos gestos: los consideraba honores inmerecidos para una obra que todavía creía incompleta.



César González-Ruano. Nicolás Muller. Archivo Regional de Madrid.

En España, sus poemas habían comenzado a circular de forma aislada desde 1924, gracias al interés de César González-Ruano, quien los comentó elogiosamente en su serie *Poetisas modernas*. Aquellas menciones esporádicas, dispersas en revistas y suplementos literarios, fueron configurando una reputación apenas visible pero persistente.

Así, cuando Loynaz llegó a España en 1947, lo hizo con una obra poco difundida, aunque ya respaldada por antologías decisivas, admiraciones selectivas y una presencia intermitente pero prestigiosa en la prensa cultural. Era, todavía, una autora discreta, casi secreta; pero su voz poética hacía años que circulaba —entre líneas— por los corredores literarios de Cuba y España.

Los diarios mencionaban la presencia en España del cronista y la poetisa para una temporada de descanso. A él lo calificaban de «distinguido periodista»; a ella la presentaban así:

> Dulce María Loinaz [sic] del Castillo y Muñoz, culta poetisa cubana e hija del general Loinaz [sic] del Castillo, que acaba de ser proclamado candidato del partido progresista para las próximas elecciones presidenciales.

La hija de un soldado

El general Enrique Loynaz del Castillo era, en Cuba, una figura casi legendaria. Su vínculo con José Martí se remontaba a la juventud, desde aquel primer encuentro en Nueva York en que el Apóstol —según se contaba— se agachó para lustrarle los zapatos al recién llegado combatiente mambí. Más tarde, en Costa Rica, Loynaz salvó la vida de Antonio Maceo, se convirtió en su edecán y lo acompañó en el retorno a la guerra que ardía en la manigua cubana. En ese contexto compuso el Himno Invasor, inspirado al ver en la ventana de una casa una bandera española acompañada de versos e insultos contra los insurrectos.

La estirpe de los Loynaz estaba emparentada con figuras centrales del independentismo cubano, como Ignacio Agramonte y Carlos Manuel de Céspedes, y la tradición familiar aseguraba descender de Silvestre de Balboa, autor del *Espejo de paciencia*, considerado el primer texto literario de Cuba. A ello se sumaban vínculos simbólicos con la literatura —un antepasado habría sido el primer amor de Gertrudis Gómez de Avellaneda— y con la fe católica, a través de San Martín de la Ascensión de Loynaz, mártir en Japón. Patria, literatura y fe formaban así el trípode que marcaría el horizonte vital de Dulce María.

Concluida la guerra, Enrique Loynaz, héroe nacional con grado de general de brigada, contrajo matrimonio con María de las Mercedes Muñoz Sañudo, una habanera culta y de notable fortuna. La riqueza familiar no provenía de ingenios ni fábricas, sino de la tierra convertida en ciudad, beneficiada por el gran proyecto urbano de la élite capitalina que avanzaba hacia el oeste.

Los cuatro hijos del matrimonio fueron criados puertas adentro, aunque la política entraba inevitablemente por las ventanas. En 1906, durante la llamada Guerrita de Agosto, el general se rebeló contra la reelección de Estrada Palma. Dulce María, con apenas tres años, lo veía arengar desde el balcón y se sorprendía al descubrir que su padre sabía llorar. Una noche, cuando la policía fue a detenerlo, huyó saltando azoteas y cayó en el patio de una casa vecina. Los dueños estuvieron a punto de delatarlo hasta que una niña los detuvo: «¡Pero si ese es el padre de Dulce María!». Según recordaría la poetisa, aquella fue la primera vez que dejó de ser el general Loynaz del Castillo para convertirse, simplemente, en su padre.

En el Madrid de 1947, la prensa no dejaba de interrogarla sobre la posibilidad de que él llegara a la presidencia de Cuba. En realidad, la candidatura era más un rumor que un hecho. Aunque su nombre había sido barajado inicialmente por Ramón Grau San Martín para representar al Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), el candidato oficial —y vencedor de las elecciones de 1948— sería Carlos Prío Socarrás. Ese mismo año, Enrique Loynaz se retiró de la vida política. Aquellos comicios serían, hasta hoy, los últimos en que los cubanos eligieron de forma libre y democrática al presidente de la República.



Enrique Loynaz del Castillo.



María de las Mercedes.

El hotel Ritz

Dulce María y Pablo cruzaron las puertas giratorias del Hotel Ritz, en la plaza de la Lealtad número 5, un microcosmos de lujo y distinción. Era un escenario donde se proyectaban modernidad, influencia y cosmopolitismo. Allí se hospedaban misiones diplomáticas, miembros de casas reales en tránsito, empresarios, divos, poetas y estrellas capaces de pagar en divisa extranjera: la mercancía más valiosa en una España aislada y exhausta tras la Segunda Guerra Mundial.

Con su servicio a la carta de estándar europeo, sus salones de baile, su terraza resguardada y un restaurante célebre en el continente, el Ritz funcionaba como un salvoconducto social, un vestíbulo donde Madrid conversaba con el mundo. No es casual que, entre 1946 y 1948, la prensa española lo mencionara una y otra vez como refugio natural de huéspedes ilustres. Fue allí, en esas estancias que olían a té negro, alfombras bien cuidadas y protocolos tácitos, donde comenzó para Dulce María la experiencia profesional más intensa de su vida.

El 10 de octubre, el diario *Informaciones* anunciaba su regreso: la ilustre poetisa cubana volvía a Madrid. Los círculos literarios preparaban un homenaje de simpatía para «la insigne y esclarecida hija de la amada isla». A partir de entonces no volvería a pasar desapercibida, y su apellido tampoco sería escrito con «i» latina en los periódicos. La ciudad la acogía ya como una de las primeras poetisas de Hispanoamérica.

Ese mismo día, en Cuba, se le otorgaba la Orden al Mérito Carlos Manuel de Céspedes, con grado de Dama —años después ascendería a Comendador—. La distinción, conferida por el Estado cubano, reconocía su prestigio literario, cultural y diplomático, y la ceremonia oficial se enmarcó en las celebraciones patrióticas por el aniversario del inicio de las guerras independentistas.

Instalada en el Ritz, Dulce María se encerró durante horas en su habitación y comenzó a reescribir y cerrar sus poemas. La inspiración, que la había abandonado durante años, regresó a ella en la capital española. Llegó incluso a rehusar almuerzos y cenas para que nada la apartara de sus versos de agua, como si el hotel fuese un laboratorio silencioso en medio del bullicio social.

La poetisa se aísla, como había hecho desde niña. En su habitación del Ritz, a media tarde, retoca y reescribe versos que parecen hablarle directamente a su propio encierro:

Rodeada de mar por todas partes
soy isla asida al tallo de los vientos.
Nadie escucha mi voz si rezo o grito:
Puedo volar o hundirme... Puedo, a veces,
morder mi cola en signo de Infinito.

Pablo, en cambio, se negaba a permanecer enclaustrado. El cronista visitó al presidente de la Asociación de la Prensa, Víctor de la Serna, presentándose como miembro de la directiva de la Asociación de la Prensa de Cuba y portador de un mensaje de cordialidad de su presidente, Ramón Blanco Jiménez.



Hotel Ritz. Biblioteca Regional de Madrid.

El tinerfeño era un maestro del descaro —en su acepción más amable: la del atrevimiento— y un consumado *socialite*, experto en moverse entre la élite sin pertenecer del todo a ella. Pero Dulce María no menospreciaba su oficio. En una de sus primeras entrevistas afirmó que la crónica social en Cuba tenía más peso que cualquier otra sección periodística. Un buen cronista de sociedad en La Habana, aseguraba, «se cotiza como un buen columnista en Nueva York».

Pablo, el cronista

Antes de la desaparición de la prensa libre en Cuba, el género de la crónica social vivió un esplendor irrepetible. En un país de vida pública intensa, elegante, festiva y contradictoria, los cronistas sociales actuaban como auténticos notarios de su época, registrando bodas y recepciones

diplomáticas, inauguraciones, tertulias literarias, bailes, indiscreciones discretas y todo aquello que marcaba el pulso de La Habana republicana. Dos nombres sobresalen por encima de todos: Enrique Fontanills, del *Diario de la Marina*, y Pablo Álvarez de Cañas, de *El País*. Entre ambos trazaron un retrato minucioso, refinado y, en ocasiones, implacable de la sociedad cubana anterior al castrismo. Con el triunfo de la Revolución en 1959, el género quedó extinguido. La vida privada se volvió sospechosa, la elegancia fue desplazada por la propaganda, y la crónica social desapareció como forma cultural.

Fontanills, refinado, perspicaz y dueño de una prosa pulidísima, fue el gran cronista del *Diario de la Marina*, el periódico más antiguo e influyente de Cuba. Su fama trascendió incluso los límites de su oficio por un episodio tan célebre como desafortunado: la errata que cometió un linotipista al transformar la frase «La dueña de la casa, siempre tan bella y gentil, prodigó su celo entre los invitados…» en una versión catastrófica en la que «celo» apareció impreso con «u». El error —inocente pero explosivo— desató risas, rumores y sonrojos. Sin embargo, lejos de arruinarlo, alimentó la leyenda de Fontanills, quien sobrevivió al tropiezo con humor y dignidad, demostrando que incluso las páginas más cuidadas pueden ser traicionadas por una tecla.

Más atrevido y teatral que Fontanills, Pablo Álvarez de Cañas se convirtió en el otro gran nombre del género. Con una mezcla de elegancia europea y picardía criolla, fue cronista de *El País* y testigo privilegiado de las fiestas, recepciones y ceremonias más resonantes de la Cuba republicana. Su escritura tenía una viveza casi cinematográfica, y su figura pública —amigo de artistas, anfitrión brillante y, más tarde, esposo de Dulce María Loynaz— lo convirtió en parte inseparable de la misma sociedad que narraba.

Pero también él cargó con un episodio memorable, aún más grave que la errata de Fontanills: anunció la muerte de un hombre que todavía estaba vivo. Un personaje encumbrado agonizaba y Álvarez de Cañas, decidido a dar el palo periodístico, interrogaba sin descanso a los médicos sobre el momento del desenlace. «No preguntes más —le dijo uno—, no llega a la madrugada». Confiando en el pronóstico, Pablo publicó la noticia del fallecimiento. Cuando el periódico salió a la calle, el «finado» aún respiraba. El escándalo fue inmediato y puso en riesgo el prestigio construido a lo largo de su carrera. Por fortuna para él —y desgracia para el enfermo—, menos de veinticuatro horas después el aludido murió finalmente. Ya tranquilo, Álvarez de Cañas comentó con su ironía habitual: «No me explico tanto alboroto si el tipo iba a morirse de todas maneras. Yo no hice más que asegurar el palo periodístico».



Pablo Álvarez de Cañas. Martín Santos Yubero.
Archivo Regional de Madrid.

Pablo había esperado veinticinco años para casarse con Dulce María. El 20 de octubre de 1920 encontró por casualidad una carta de la poetisa en las oficinas de la revista juvenil *Nosotros*. Como ya estaba abierta, la leyó y descubrió su número de teléfono. Sin pensarlo demasiado, la llamó, y entre ambos nació una relación telefónica que derivó en romance. Pero la familia Loynaz Muñoz se opuso: no les inspiraba confianza aquel joven inmigrante que, según ellos, solo podría ofrecerle arroz y frijoles a una rica heredera.

Obligada por sus padres a terminar el noviazgo, Dulce acabaría casándose con su primo Enrique de Quesada y Loynaz el 16 de diciem-

bre de 1937, cuando tenía treinta y cinco años. Para entonces, todos sus hermanos estaban ya casados —aunque se sospecha que la boda de su hermano Carlos Manuel fue fruto de su fértil imaginación, pues nadie conoció jamás a su supuesta esposa—. La unión con su primo era muy «de su clase»: un matrimonio entre dos ramas de la misma estirpe patriótica, donde pesaban tanto las tradiciones familiares como las expectativas sociales. Ella, sin embargo, confiesa en *Fe de vida* que llegó a enamorarse sinceramente de él, a quien compara con Pólux, el dióscuro griego.

Enrique de Quesada ha sido descrito como un hombre de fuerte presencia física y carácter posesivo, a quien la propia Dulce evocaría después como una figura intensa, casi trágica, situada entre la admiración y el desasosiego. Era tan celoso que llegó a destruir buena parte de su obra y a prohibirle incluso el uso de unos zapatos que consideraba inmorales, porque la correa dejaba ver el talón aunque estuviera cubierto por las medias.

Sin saberlo, Dulce María publicó el mismo año de su boda un poema que se convertiría en presagio:

> Madre imposible: Pozo cegado, ánfora rota,
> catedral sumergida...
> Agua arriba de ti... Y sal. Y la remota
> luz del sol que no llega a alcanzarte: La vida
> de tu pecho no pasa; en ti choca y rebota
> la Vida y se va luego desviada, perdida...

Su *Canto a la mujer estéril* cobraba vida en su propia alcoba. Con el paso del tiempo, al no quedar embarazada, descubrió que no podría tener hijos. La confesión a su esposo no rompió inmediatamente el vínculo, pero algo se quebró entre ellos. El divorcio se formalizó en 1943, aunque la relación se prolongó hasta que Enrique dejó embarazada a otra mujer y ella decidió cerrar definitivamente aquel capítulo.

Solo entonces se abrieron de nuevo las puertas de su vida al novio de su adolescencia: Pablo Álvarez de Cañas.

La embajada de Cuba en Madrid

El 14 de octubre, el matrimonio fue agasajado en una recepción ofrecida en la embajada de Cuba, donde estrecharon lazos con el encargado de negocios. La sede diplomática se encontraba entonces en el número 14 del Paseo de la Castellana. El anfitrión, el cienfueguero Pedro de Corpión y Caula, uno de los diplomáticos cubanos más prestigiosos de la época, se convertiría en una figura clave para conectar a Dulce María y a Pablo con la alta sociedad y la intelectualidad madrileña.

En 1947, las relaciones entre Cuba y la España franquista estaban cargadas de matices incómodos. La Habana mantenía viva una sólida tradición prorrepublicana, alimentada por la memoria reciente de la Guerra Civil y por la presencia activa del exilio español. Cualquier gesto de cercanía hacia Franco resultaba políticamente costoso. Además, la condena internacional al régimen franquista en el seno de la ONU había reforzado el clima de rechazo, mientras Estados Unidos calibraba todavía su posición ante la dictadura, debatiéndose entre la desconfianza ideológica y la conveniencia estratégica en los albores de la Guerra Fría. Cuba, atenta a las maniobras de Washington, tampoco podía ignorar la tensión entre principios democráticos y cálculo geopolítico.

Aun así, el vínculo con España no llegó a quebrarse. Bajo la presidencia de Ramón Grau San Martín, la política hacia Madrid se movió en la ambigüedad: distancia formal en lo político, contacto diplomático discreto y, al mismo tiempo, continuidad en el comercio, en los intercambios culturales y en los lazos religiosos que unían ambas orillas.

La política exterior del franquismo hacia Hispanoamérica, por su parte, se articulaba alrededor de la noción de la Hispanidad, una gran familia espiritual unida por la lengua, la historia y la fe católica. A través de esta retórica, el régimen intentaba compensar su aislamiento internacional y presentarse ante las repúblicas americanas como una autoridad moral y cultural del mundo hispánico, con un fuerte énfasis anticomunista y conservador.

Durante la recepción en la embajada, Dulce María y su esposo trabaron amistad con el marqués de Rialp, Manuel de Figuerola-Ferreti y Martí, quien había sido secretario de la legación española en La Habana y embajador especial para la transmisión del mando presidencial en Cuba.



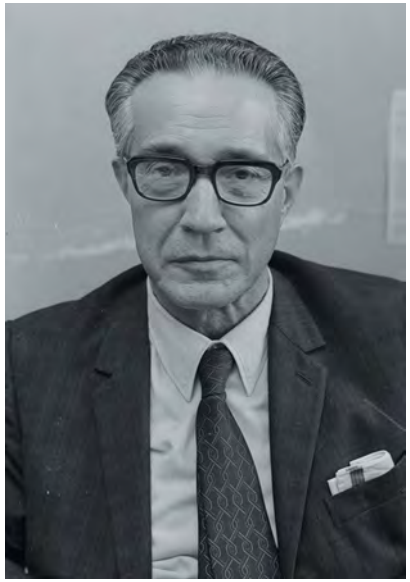
Concha Espina. Nicolás Muller. Archivo Regional de Madrid.

También estrecharon lazos con Pedro Rocamora, director general de Propaganda y presidente del Ateneo de Madrid, figura central en la articulación cultural del franquismo.

No faltó tampoco la escritora Concha Espina, entonces de setenta y ocho años y ya ciega, pero aún capaz de ver en la poetisa cubana a una «criatura de cetro en alma» y a un «exquisito ejemplar humano». Fue en ese encuentro donde terminó de tomar forma la idea de publicar, bajo el sello de la Editora Nacional, el libro *Juegos del agua*.

Bartolomé Mostaza

El diario *Ya* conversó con el matrimonio el jueves 17 de octubre de 1947, subrayando desde el primer momento el contraste que ambos ofrecían. «Él, todo simpatía contagiosa que se desborda; ella, toda fugas que se repliegan en calderones de íntimo silencio. Acción y contemplación conjugadora», escribió el periodista Bartolomé Mostaza, captando con finura la paradoja de aquella pareja singular.



Bartolomé Mostaza. Martín Santos Yubero. Archivo Regional de Madrid.

El periodista y escritor zamorano sería, además, uno de los que más trato tuvo con ellos durante su estancia madrileña, y uno de los que con más devoción exaltó la figura de la poetisa:

> Es la más joven de la trinidad femenina de vates hispanoamericanos: Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral y Dulce María Loynaz. Pero Dulce es la más profunda.

Mostaza describe su carácter como íntimo, contenido, tenso. Cree que cada poema la retrata «sucinta, con voz de caricia, ademán tímido, mirada absorta y como vuelta hacia dentro, sonrisa parca».

El matrimonio evoca también su encuentro en Montevideo con Juana de Ibarbourou, a quien Pablo describe como viviendo «en su Olimpo de fama». En la escena relatada, Dulce permanecía arrimada a un balcón, tímida y silenciosa, hasta que un amigo pidió a la gran poeta uruguaya que escuchara algunos versos de la cubana. Ibarbourou reaccionó al principio con cierta indiferencia, pero la actitud cambió por completo cuando oyó *Canto a la mujer estéril*: se levantó, la abrazó y exclamó «eres más grande que yo».

La propia Juana lo confirmó después en una entrevista:

> Dejó en mí una impresión tan profunda, que prefiero no repetir la experiencia de un encuentro con la poetisa. Quiero guardar para siempre aquella primera impresión. Ella ha dicho que me admira... ¡cómo entenderlo, si quien lo dice es más grande que yo! Dulce María Loynaz es hoy, y de todo corazón lo creo, la primera mujer de América.

Pero Dulce María se sabía —o se creía— demasiado lenta. Al escuchar las comparaciones con la uruguaya, respondió con humildad: «Todo lo que en Juana es torrente, en mí es goteo».

Loynaz se define como una descontenta radical. Confiesa que, al releer sus propios poemas, a menudo se abochorna y los rompe. «Nada me satisface plenamente», afirma, declarándose la crítica más severa de su obra. Su esposo coincide: «Es una salvaje que se aísla», dice, añadiendo que ha destruido varios libros ya listos para entrar en imprenta.

Años más tarde, circularía el rumor de que fue Dulce María quien destruyó el original de *El público* que Federico García Lorca había confiado a su hermano Carlos Manuel. La propia poetisa lo desmintió en las páginas de *ABC*, aclarando que fue su hermano quien, en un arrebato de locura, prendió fuego a toda su obra y también al libreto lorquiano.

Los hermanos Loynaz

El 10 de diciembre de 1902 —el mismo año en que nacía la República de Cuba— vino al mundo la primogénita del matrimonio Loynaz Muñoz, en la casa de la calle Prado número 4. Aunque su nombre legal fue María de las Mercedes, como su madre, desde muy pronto se la llamó Dulce María. El apodo surgió de la repetición cariñosa de la expresión «dulce nombre de María», aunque ella misma admitiría más tarde que de dulce solo tenía el mote.

Poco después la familia se trasladó a una nueva vivienda en la esquina de San Rafael y Amistad. Allí crecerían los cuatro hermanos —Dulce, Enrique, Carlos Manuel y Flor— en un ambiente que combinaba el recogimiento doméstico con una educación excepcionalmente esmerada. El



Hermanos Loynaz. 1915 Fondo Biblioteca Nacional José Martí.

general Loynaz, profundamente celoso del honor familiar, prefería mantener a sus hijos alejados del bullicio de una Habana que todavía buscaba aprender a ser libre. Todos fueron educados en casa por maestros particulares de idiomas, gramática, música, religión y literatura, cuidadosamente seleccionados por la madre y supervisados por el padre con una severidad silenciosa. Aquel entorno culto y casi monástico, lleno de música y libros, moldeó las sensibilidades introspectivas que marcarían para siempre las obras de los cuatro.

Al crecer separados del mundo, los hermanos formaron una pequeña república literaria de puertas adentro, un microcosmos donde las lecturas, la música y la imaginación circulaban con la misma naturalidad que la vida familiar. Los clásicos españoles, la mística católica, la poesía modernista que llegaba desde Hispanoamérica, la tradición épica del padre y la música culta que su madre interpretaba al piano se entrelazaban en la formación de todos ellos.

Los cuatro hermanos terminaron siendo poetas, y dos de ellos —Dulce María y Enrique— se doctoraron también en Derecho Civil, convirtiéndose ella en una de las primeras abogadas cubanas. Sus padres se divorciaron en 1919, un año después de aprobarse la Ley del Divorcio en Cuba. Según la tradición oral familiar, el suyo fue uno de los primeros divorcios del país, incluso el tercero, una afirmación repetida en testimonios posteriores. A pesar de la ruptura, el general permaneció atento al desarrollo intelectual de sus hijos e impulsó la publicación de los primeros versos de Dulce. Ella no había cumplido aún los diecisiete cuando *La Nación* publicó sus poemas *Invierno de almas* y *Vesperal*, dos textos tempranos donde ya se anunciaba la veta esencialista e íntima de su voz.

Enrique Loynaz (1904-1966) fue, quizá, el único verdadero cultivador de la poesía mística en la Cuba republicana. Hombre de carácter apacible, introspectivo y hondamente religioso, desarrolló una lírica de recogimiento y fervor que lo distinguió incluso dentro de una familia ya marcada por la sensibilidad poética. Aunque poseía una formación sólida —se doctoró en Derecho Civil, al igual que Dulce—, su verdadero territorio espiritual estuvo siempre en la palabra escrita y en la contemplación interior.

En 1923, José María Chacón y Calvo lo presentó en *El Fígaro*, donde aparecieron algunos de sus primeros poemas, recibidos con interés por la crítica. Sin embargo, fue un poeta reservado, renuente a la exhibición. Publicó de manera esporádica y nunca reunió su obra en un libro, de modo que buena parte de su producción permanece inédita o dispersa en manuscritos familiares. Uno de sus textos más representativos revela esa aspiración a la transparencia espiritual:

¡Mi Dios, quiero ser algo inmaterial! Quisiera
no haber jamás nacido y no morir jamás;
ser tan solo una fuerza, un color, un sonido,
una luz... (Ser un claro de luna sobre el mar)

Carlos Manuel Loynaz (1906-1977) fue el más precoz y desconcertante de los cuatro hermanos: un muchacho de inteligencia prodigiosa, dueño de una cultura vastísima adquirida sin pisar jamás la Universidad. Desde niño mostró un talento natural para el dibujo, la música y la palabra escrita. Tocaba el piano con una sensibilidad asombrosa, componía piezas originales y escribía poemas donde la musicalidad —más que un recurso— era una forma de respiración interior. En la casa lo llamaban «la Enciclopedia Viva» por su memoria prodigiosa, capaz de retener fechas, melodías y lecturas con una facilidad que rozaba lo sobrenatural.

Casi toda su obra desapareció para siempre, reducida a cenizas por su propia mano cuando la enfermedad comenzó a oscurecer su mente. El primer quiebre ocurrió durante una visita familiar al cementerio viejo de Camagüey, donde encontró la lápida de un antepasado suicida que llevaba su mismo nombre. Carlos creyó que aquella tumba era la suya y, desde entonces, vivió atrapado entre alucinaciones y temores, convencido de que Dulce y Flor eran las guardianas de su mausoleo.

A lo largo de su vida acumuló episodios tan dramáticos como inverosímiles: desapareció en un viaje terapéutico y reapareció semanas después en Perth, Australia, herido y sin dar explicación; volvió en otra ocasión con la historia de una esposa fantasma, Maximiliana Du Bouchet, a quien nadie vio jamás. Hubo períodos de lucidez, pero el deterioro era implacable. Murió a los 71 años, en la misma mansión donde había crecido, convertido en una figura envuelta en misterio y compasión, objeto del desprecio de sus vecinos, que lo llamaban Manolo el loco.

Para Dulce María, sin embargo, Carlos Manuel fue siempre su estrella más frágil... y también la más destellante. Este poema suyo, escrito en 1922, deja entrever la delicadeza luminosa de su breve obra:

Azul todo, todo
en la tarde cálida.
Azul todo y todo...
y azul nada, nada;
¡azul que penetras,
azul, toda el alma!

Flor (1908-1985), la menor de los cuatro hermanos y conocida en casa como Beba, combinó un fuerte carácter con una delicadeza espiritual que sorprendía a quienes la trataban de cerca. Bella, inteligente y de una lógica casi cartesiana, fue también una adelantada en cuestiones de gé-

nero. Fue una de las primeras mujeres que conducían automóviles en La Habana, fumaba grandes puros en público, entraba sin reparos a bares reservados para hombres y vivió siempre al margen de «el gran mundo». Disolvió con rapidez su único matrimonio, pero se quedó habitando una de las grandes casas que la familia poseía, mantenida casi como un refugio frente al ruido de la ciudad.

Flor rehuyó siempre la publicación de sus poemas. Juan Ramón Jiménez lamentó su ausencia en *La poesía cubana en 1936*, recordando que conocía algunos de sus poemas y los valoraba en alto grado. Max Henríquez Ureña, en su *Panorama de la literatura cubana*, no quiso omitirla, aunque admitía que solo había leído su obra por excepción.

Beba tuvo también un papel activo en la vida política cubana. En los primeros años de la década de 1930 se integró en las luchas contra la dictadura de Gerardo Machado. Tenía un alto sentido de la justicia y no dudó en unirse a un pequeño comando armado, conduciendo su propio automóvil —un Fiat del último modelo— durante operaciones clandestinas. El coche recibió varios impactos de bala y hoy se conserva en el Museo del Automóvil de La Habana Vieja. La célebre Quinta Santa Bárbara, la casa señorial de los Loynaz, fue ideada por Flor y llevada a término por quien fue, por muy poco tiempo, su esposo.

De su obra poética sobreviven apenas algunas piezas, entre ellas el poema *Entierro loco*, escrito a principios de la década de 1940, donde asoma su sensibilidad más sombría:

Quietud, tristeza, muerte;
—Ha muerto como todo...—
y a enterrar su locura van los locos.

Alejo Carpentier, el primer escritor cubano en ganar el Premio Cervantes (1977), se inspiró en ellos para su novela *El siglo de las luces*. Una de las experiencias que más lo impresionaron a lo largo de su vida fue cuando los Loynaz lo invitaron a formar parte de una cena en mitad de la nada. A los hermanos se les ocurrió organizar la comida en las ruinas de la antigua residencia del marqués de Urría, ubicada en lo alto de una loma en Cojimar.

Hasta allí fueron de madrugada en automóviles negros, y fueron recibidos por sirvientes que les ofrecieron manjares. Hasta habían dispues-



Flor Loynaz.

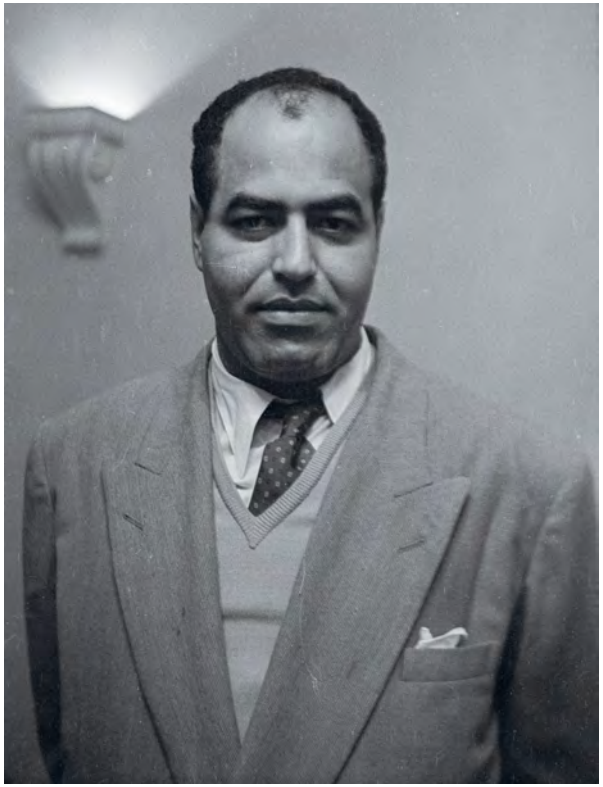
to que un grupo de músicos —ocultos en la maleza— tocaran para sus invitados. Esta anécdota no solo evidencia la extravagancia y la fortuna de aquellos cuatro jóvenes, sino además una poderosa imaginación, dispuesta a perseguir lo extraordinario.

Pablo y el franquismo

Mientras Dulce María procuraba mantener sus entrevistas dentro del ámbito literario, Pablo no temía internarse en el terreno de la política. Hablaba sin reservas de su suegro como un amigo de España y decidido anticomunista, y comparaba a la España franquista con Francia e Inglaterra, apenas dos años después de terminada la Segunda Guerra Mundial. La península —aseguraba— estaba mucho mejor que esos países devastados, y recordaba la miseria que había visto recientemente en París y Londres. «Franco ha sido un político clarividente», sentenció en una de esas conversaciones.

El 16 de octubre, el diario *Lanza* lo entrevistó con la clara intención de subrayar los vínculos entre la España franquista y la intelectualidad hispanoamericana, más aún después de la celebración del Día de la Hispanidad. Pablo, siempre dispuesto a hablar, se dejó llevar. Afirmó que había viajado por numerosos países y que «en España hay abundancia de todo», una frase que encajaba perfectamente en la retórica del régimen. El artículo acabó publicándose bajo el título «Hispanoamérica contra el comunismo».

La realidad era menos ideológica y más personal. Pablo no militaba en ningún partido, y es improbable que sostuviera una doctrina política definida. Su máxima, más que un credo, era una estrategia de supervivencia social: llevarse bien con todos los políticos. En Cuba había sido cercano al general Gerardo Machado, cuyo gobierno, tras un primer mandato sólido, se degradó en una dictadura al prolongar su poder más allá de lo prometido. Incluso Flor Loynaz participó en las protestas antimachadistas. Pablo, sin embargo, mantuvo una relación cordial con el mandatario, hasta el punto de que Machado llegó a plantearse casarlo con una de sus amantes para poder sostenerla económicamente sin escándalos. El joven cronista esquivó el compromiso alegando que estaba ya enamorado de la hija del general Loynaz.



Gastón Baquero. Gerard Contreras. Archivo Regional de Madrid.

También cultivó cercanía con Fulgencio Batista, o más precisamente con su esposa, la ex primera dama Elisa Godínez Gómez, de quien se rumoreaba que visitaba con frecuencia a Pablo tras su divorcio de Batista en 1945. Aquellos rumores se cortaron en seco cuando Dulce María aceptó finalmente casarse con él.

Ella, consciente del carácter volátil de su esposo y de su tendencia a decir lo que le pedían que dijera, llegó a inquietarse por ciertos artículos que le atribuían afirmaciones demasiado tajantes. La respuesta de Pablo era invariable: «Un periodista nunca desmiente a un periodista». Su interés por la derecha española, sin embargo, sí era sincero, y coherente con el ambiente social en el que había aspirado a moverse durante toda su vida.

El 24 de octubre, una fotografía tomada durante una cena-homenaje ofrecida por el encargado de negocios de Cuba al poeta Gastón Baquero reveló hasta qué punto Pablo había logrado insertarse en los círculos de poder cultural. En la imagen —una típica composición masculina de trajes oscuros, cargos oficiales y complicidades diplomáticas— aparece entre Enrique Valera, marqués de Auñón y director de Relaciones Culturales; y Carlos Cañal, marqués de Saavedra, responsable de la Expansión Cultural. Todos ellos integraban una red donde cultura, diplomacia y política se entrelazaban sin fisuras.

Alrededor, la fotografía completa un auténtico mapa del poder intelectual: Joaquín Ruiz-Giménez, director del Instituto de Cultura Hispánica; Fernando María Castiella, figura central del Instituto de Estudios Políticos y futuro ministro de Exteriores; y personalidades como Eugenio d'Ors, Carlos Sentís y Víctor de la Serna.

El 4 de noviembre, Pedro Rocamora organizó en honor del matrimonio una comida a la que asistieron Gerardo Diego, Víctor de la Serna, los subdirectores de *ABC* y *Arriba*, y varios escritores más. Durante esa reunión se anunció el recital poético que tendría lugar el sábado 8 de noviembre en el Ateneo de Madrid, presidido por el propio Rocamora.

En aquel mismo encuentro, Víctor de la Serna les habló de la idea de erigir un monumento en Madrid al cubano José Ignacio Rivero Alonso, director del *Diario de la Marina*, fallecido en 1944. Pepín Rivero había sido un férreo conservador, admirado y detestado a partes iguales. El matrimonio Loynaz–Álvarez de Cañas decidió donar cinco mil pesetas para la iniciativa. El monumento, inaugurado en 1954, aún puede verse en el Parque del Oeste.

El paso siguiente era inevitable para un hombre como Pablo: conocer al Caudillo. Y lo consiguió. Su nombre figura en los listados oficiales de asistentes a la audiencia militar y civil que Francisco Franco presidió en el Palacio de El Pardo en noviembre de 1947. La fotografía y los registros de protocolo lo dejan claro: Pablo estaba, y sabía estar, en el centro mismo del entramado del poder.

Ceremonias, salones y sociabilidades madrileñas

La actividad social de Pablo y Dulce María durante aquellos meses fue intensa. Acudieron a cenas, homenajes y bautizos organizados en su honor, además de mantener contacto frecuente con amigos y conocidos de ambos lados del Atlántico. El 15 de octubre, varios periódicos registraron que la pareja había apadrinado al hijo de Juan Antonio Antequera —sobrino de Pablo— y de su esposa, Mercedes López de Quintana Marín, Merche. También compartieron reuniones con viejos amigos habaneros establecidos en Madrid, como Ángel Capote y su mujer Lala, así como con Pepín Fernández Rodríguez, José López Rubio y otros familiares del cronista.

Tampoco faltaron los encuentros con la alta sociedad. La prensa mencionó una reunión el 4 de noviembre en casa de los duques de Medina de Rioseco para agasajar al matrimonio, pero es casi seguro que se trató de una confusión frecuente en la época: el anfitrión debió ser el duque de Medina de las Torres, José Fernández-Villaverde y Roca de Togores, figura destacada de la vida diplomática y social madrileña. En el palacete familiar del Paseo de Recoletos, cercano a la plaza de Colón, se reunió una selecta representación de la nobleza junto al encargado de negocios de Cuba.

Poco después, Dulce María y Pablo fueron invitados al bautizo de la hija de los señores de Barucci, celebrado en la residencia de los abuelos: los duques de Sevilla. La prensa registró a la niña como Isabel de Borbón —otro probable error—, cuando con toda seguridad se trataba de Elena de Borbón Barucci, nacida ese mismo año y prima segunda del futuro rey Juan Carlos I. Ofició la ceremonia el obispo de Astorga, doctor Mérida, y al evento asistió lo más encumbrado de la nobleza española. Resulta llamativo que, en medio de un ambiente donde la mayoría de las mujeres aparecían solo como «señora de», los diarios mencionaran a Dulce María Loynaz por su nombre completo: un reconocimiento explícito a su prestigio literario y a la relevancia de la visitante cubana.

En esos salones, la aristocracia se mostraba fascinada por la familia Loynaz y por su conocida inclinación hacia los animales abandonados. Les llamaban la atención las historias de Puchita, la perrita recogida poco antes del matrimonio, y de Sonie, el mestizo feo y cojo que alguien había lanzado por la verja de su casa y al que Dulce dedicó un poema en *Versos (1920-1938)*:

Sonie desnudo, tierno, mío;
florido de inocencia:
Sonie negro; retazo, miniatura
de la noche... (Pero de alguna
noche, lunada, almibarada
de azúcares celestes...)

La devoción de los Loynaz por los animales llegó incluso a la prensa española. La revista ilustrada *Fotos (San Sebastián)* dedicó una página completa a La Misericordia, la finca-refugio fundada por Mita, la madre de los Loynaz, en las afueras de La Habana. El artículo mencionaba 400 gatos y 500 perros, atendidos por seis trabajadores y el veterinario Omar del Pino, en lo que describía como el mejor hospital de animales del Caribe. Dulce solía visitar aquel lugar cuando necesitaba apartarse del mundo. Para ella, los gatos eran esfinges capaces de oír los pasos de los seres que habitan el más allá de la vida. La finca incluso tenía un cementerio de animales con lápidas y epitafios, y el mantenimiento de La Misericordia costaba entonces 2.000 dólares al mes. A la familia le llegaron a ofrecer un millón y medio de dólares por la propiedad.

A pesar de su inmensa fortuna, la familia Muñoz-Sañudo estaba marcada por una tragedia. El suceso, ocurrido mucho antes, marcaría a la familia materna y llegaría incluso a traspasar el Atlántico para reflejarse en la prensa española. El 11 de octubre de 1888, en la casona de Inquisidor 19, en plena Habana Vieja, los bisabuelos maternos Domingo Sañudo y Micaela Rebollo aparecieron asesinados a hachazos. La escena era seca, brutal, casi sacada de un folletín. Y el crimen había ocurrido a plena luz del día. No había nada forzado y grandes sumas de dinero permanecían en la casa, por lo que se creía que el autor del crimen era alguien cercano.

En el carrusel de sospechas estaba el futuro abuelo de Dulce María y yerno de las víctimas: Juan Muñoz Romay. El morbo viajó rápido hasta los periódicos de Madrid. *El Popular*, diario político independiente, reseñó la historia con delectación de crónica negra —«los cadáveres aparecieron horriblemente mutilados, al parecer con un hacha»—, sincronizando la tragedia habanera con el clima sensacionalista del año del crimen de la calle Fuencarral en España.

José Mojica

La misma revista *Fotos* se interesó también por la amistad del matrimonio Álvarez–Loynaz con una figura insólita: José Mojica, estrella del cine y la canción mexicana convertido en fraile franciscano bajo el nombre de Fray José Francisco de Guadalupe. Mojica había trabado amistad con Pablo y luego con Dulce en La Habana, y ellos lo visitaron en su retiro de La Recoleta, convento de Franciscanos Descalzos en Cuzco, Perú, durante su viaje sudamericano de 1946. El religioso se lamentaba de no escribir a todos sus amigos por la sencilla razón de que, viviendo en voto de pobreza, no podía costear los sellos postales necesarios para sostener tanta correspondencia.

Estas reuniones —unas solemnes, otras íntimas, todas impregnadas de la curiosidad que despertaban los visitantes cubanos— formaron parte del tejido social que acogió a Dulce María y a Pablo en el Madrid de posguerra. En aquellos salones de luces bajas y conversaciones discretas, la poetisa descubría una ciudad que, lejos de ser un simple escenario, comenzaba a entrelazarse con su propia historia literaria.

Federico García Lorca

Entre los escritores y poetas que más cerca estuvieron de Dulce María durante aquel viaje figuraban Carmen Conde, Isabel de Ambia, Adriano del Valle, Gerardo Diego, José García Nieto y Bartolomé Mostaza. Pero en todas las conversaciones, como un eco natural, surgían los nombres de Federico García Lorca y Juan Ramón Jiménez, dos figuras que habían sido huéspedes de la familia Loynaz en La Habana y que habían quedado profundamente marcados por su paso por aquella casa donde poesía y música se respiraban como aire cotidiano.

Federico llegó a La Habana en marzo de 1930, tras su estancia en Nueva York. No tardó en buscar al joven Enrique Loynaz, con quien había mantenido correspondencia después de leer sus versos y haber oído hablar de él al diplomático e hispanista José María Chacón y Calvo, amigo de ambos. La primera visita fue tan espontánea como lorquiana: Federico apareció sin avisar a las nueve de la mañana, cuando ninguno de los Loynaz se había levantado todavía —los cuatro hermanos tenían



Federico García Lorca (1936). Archivo ABC.

los horarios invertidos: dormían de día y vivían de noche—. El portero avisó a Enrique, que esperaba a un cliente para firmar un documento legal. Medio dormido, al ver al andaluz, lo recibió con una cortesía atropellada y le extendió el contrato. Lorca, sin pensarlo, firmó de inmediato. Solo después Enrique reparó en que la rúbrica nada tenía que ver con el nombre del cliente. Cuando Federico le reveló su identidad, el joven abogado se llevó las manos a la cabeza: «¡Me has echado a perder el contrato!».

A partir de aquel equívoco nació una relación intensa entre García Lorca y los hermanos Loynaz. Federico llamó a la enorme residencia de Calzada y 14, frente al mar, «mi casa encantada». Allí pasaba las tardes



Casa Encantada. Ángel Marqués Dolz.

escribiendo, dibujando o tocando el piano, sin reclamar atención y dejándose llevar por la atmósfera creativa de la casa. Dulce María tenía entonces veintisiete años y ya había publicado algunos versos. Décadas después, recordaría su primera impresión del poeta granadino: «Cuando recuerdo a Federico, la primera imagen que me viene a la mente es la de sus ojos y su mano extendida. En nadie vi repetidos esos ojos maravillosos». Flor, en cambio, fue más directa: «Como hombre era feo, muy feo, pero eso sí, muy abierto, muy alegre siempre».

En 1947, entrevistada por *La Vanguardia*, Dulce María respondió sin titubeos a la pregunta sobre el poeta español más célebre en Cuba:

> García Lorca, sin discusión. Personalmente, no estoy de acuerdo en ello, pero la admiración por él es general y extraordinaria. Han surgido seguidores, imitadores, una escuela lorquiana en toda su amplitud. A mí Lorca me gusta, pero no siempre.

La relación entre ellos había sido, en efecto, compleja. El andaluz era demasiado Lorca, y la cubana demasiado Loynaz. Dulce comenzó a parodiarlo, componiendo poemas teñidos de jitanjáforas y exageraciones lorquianas. Sus hermanos la instaron a leérselos a Federico. Él escuchó en silencio, y al terminar se levantó y dijo: «Es lo mejor que ella ha escrito».

La respuesta de Lorca terminó por quebrar la relación. Ambos eran demasiado jóvenes —y demasiado dueños de su orgullo artístico— como para sobrevivir con naturalidad a aquella sentencia de Federico. Pero el poeta granadino se convirtió en una sombra luminosa en la memoria de Dulce María Loynaz. Años después, diría con una mezcla de rencor y añoranza: «Lorca nunca escribió sobre mí».

De cualquier modo, Federico encontró en la casa de los Loynaz un refugio insólito. Allí —según recordaba Flor Loynaz— el poeta granadino escribía, tocaba el piano, bebía whisky con soda, hojeaba libros, recitaba o simplemente se quedaba solo, dueño de una intimidad que la familia respetaba como quien resguarda un estado sacro. A veces corregía páginas de *El público*; y cuando leyó a los hermanos aquel texto experimental, la reacción fue de francas carcajadas. A Lorca no pareció importarle, y terminó regalándole a Carlos Manuel un borrador de la obra, probablemente incompleto, pero valiosísimo, y hoy perdido para siempre en el torbellino de la enfermedad del joven Loynaz.

Dulce María recordaba que Lorca también les compartió algunos pasajes tempranos de *Yerma*, escrita todavía en mente. Fascinado por la recepción que sus escenas hallaron en Flor —la más vehemente defensora del teatro lorquiano dentro de la casa—, quiso dedicarle el manuscrito final. Y años más tarde, ya en España, le pediría a Adolfo Salazar que se ocupara de entregárselo.

Dulce María representaba para Lorca la inteligencia severa, Enrique lo aburrió pronto con su misticismo, pero encontró en Carlos Manuel la afinidad musical y visionaria. Flor Loynaz fue, para el poeta granadino, su más inesperada cómplice de aventuras. Entre los cuatro hermanos era la más frontal, la más libertaria, la de temperamento más moderno. Lo cautivaba su mezcla de humor seco, rebeldía y una belleza alta y flamígera, según recuerdan los testimonios de la época.

El grupo que de verdad se convirtió en su círculo íntimo —como indica Flor en un testimonio de 1980— estuvo formado por ella y por Carlos Manuel. Con ellos Federico emprendió sus noches habaneras más memorables, auténticos recorridos iniciáticos por una ciudad que, en 1930, aún conservaba sus zonas de penumbra modernista y sus arrabales de música negra.

Flor recordaba:

> A veces decidíamos llevarlo a lugares más distantes, como a Guanabacoa, Guanajay o Santa María del Rosario... pero fuera cual fuera el lugar escogido, nunca lo regresábamos a su hotel hasta el amanecer.

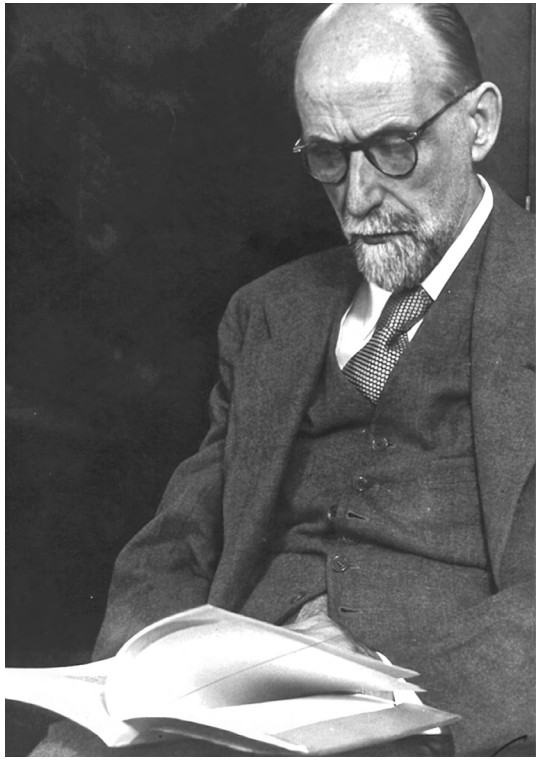
Federico descubrió las «bodas negras», aquellas crónicas sociales sobre la vida nocturna que el *Diario de la Marina* publicaba. Le divertía el contraste: la alta sociedad por un lado y, por otro, «las fiestas negras» llenas de color y dramatismo. Le confesó a Dulce María que uno de los cronistas que más lo entretenía era Manuel Coffigny, célebre por un estilo rimbombante y teatral. Tanto llegó a disfrutar de esas lecturas que pidió que siguieran enviándole recortes cuando regresara a España.

Una tarde, Federico debió marcharse a Santiago de Cuba sin avisar, dejando a la familia desconcertada. No apareció para el almuerzo, como solía, y solo cuando se trasladaron al hotel supieron que había partido en un tren lechero. A Flor le trajo, a su regreso, una medalla de la Virgen de la Caridad del Cobre, gesto que ella conservó como un símbolo de complicidad y afecto.

Si los Loynaz cumplieron la promesa de enviarle materiales periodísticos, no se sabe. Lo cierto es que Federico nunca volvió a escribirles desde España. Llegaban, sí, noticias aisladas traídas por amigos mutuos; pero cuando se difundió el rumor de su asesinato, los Loynaz se negaron a creerlo durante meses. Solo una evidencia dolorosa acabó imponiéndose.

Juan Ramón Jiménez

Cuando Juan Ramón Jiménez visitó la casona de los Loynaz en 1936, quedó desconcertado. Afirmó haber comprendido allí el «delirio último» de García Lorca, como si aquella residencia habanera —laberíntica, llena de música, animales y objetos insólitos— fuese capaz de alterar la brújula poética de cualquiera. En *Españoles de tres mundos*, publicado en Buenos Aires en 1942, el autor de *Platero y yo* dejó un retrato memorable de Dulce María:



Juan Ramón Jiménez (1948). Archivo ABC.

> Ofelia Loynaz Sutil, arcaica y nueva, realidad fosforescente de su propia poesía increíblemente humana, letra fresca, tierna, ingrávida, rica de abandono, sentimiento y mística ironía.

Juan Ramón conoció a la poetisa en aquella casa frente al mar y quedó, literalmente, boquiabierto. A Dulce, sin embargo, no le hizo demasiada gracia la descripción que el escritor ofreció de ciertos objetos del hogar. Ella, su madre y sus hermanos eran coleccionistas apasionados, y habían reunido a lo largo de los años una notable cantidad de antigüedades. El poeta español, con su franqueza característica, las resumió como «yeso total grotescamente pintarrajeado». La observación la disgustó, aunque la satisfacción de verse reflejada en su libro compensó en parte el malestar.

Años más tarde, en una entrevista concedida a la prensa madrileña, Dulce recordó de dónde provenían aquellas apreciaciones. Los Loynaz habían invitado al poeta a conocer una antigua finca en las afueras de La Habana que había pertenecido a Luis Felipe de Orleans. La propiedad era un derroche de arquitectura fantástica y bellezas antiguas, pero Juan Ramón quedó fascinado únicamente por un banco rústico, vulgar y sin valor alguno para la familia. No paraba de elogiarlo: «Es tan bello, tan delicado...». Cansada de escucharlo, Dulce terminó por exclamar: «¡Y tan cómodo!», una frase que ella misma admitía haber lanzado sin pensar.

En *Españoles de tres mundos*, Juan Ramón también mencionó con ironía un «vaso de cristal, grande, en el suelo, donde Federico García Lorca bebió limonada, con estalactitas y estalagmitas y arañas presas a su vez». La poetisa, descrita por él como gótica y surrealista, le escribió poco después una carta en 1936. La postdata, fina y traviesa, fue su elegante venganza:

> El vaso en que usted bebió la naranjada no se lo he dado a beber a nadie más. Tiene un letrero que dice: «El día 22 de diciembre de 1936 bebió aquí Juan Ramón Jiménez».

La casa encantada

Pocas cuestiones han generado tanta confusión entre los biógrafos de Dulce María Loynaz como el asunto de sus casas. Incluso en La Habana existen tarjas con inscripciones erróneas, fruto tanto del elevado número de propiedades familiares como del tamaño y la singularidad de cada una de ellas.

Dulce María nació en la calle Prado número 4, pero a los seis meses la familia se trasladó a la esquina de San Rafael y Amistad, en Centro Habana, donde nacieron sus tres hermanos. Tras el divorcio de sus padres, en 1923, los cuatro se mudaron a la casa de Calzada 1105 (más tarde 505), propiedad de su tío Lizardo Muñoz Sañudo, Venerable Masón de grado 33. Aquella sería la casa verdaderamente decisiva en la vida de la poetisa: la que inspiraría *Jardín*, la que Federico García Lorca bautizaría como «mi casa encantada», y la misma que Juan Ramón Jiménez describió con asombro en *Españoles de tres mundos*.

La residencia era monumental. Ocupaba media manzana, desde la antigua avenida Wilson (hoy Línea) hasta la Calzada, y se abría hacia el mar. Más tarde, se añadió a la propiedad la célebre Casa del Alemán, que aún existe —aunque en ruinas—, antiguo hotel de playa perteneciente a Auguste Groupe Meyer. Allí, hacia 1888, el pintor Guillermo Collazo ejecutó su obra *La Siesta*, contribuyendo a la fama artística del lugar.

La propia Dulce contó cómo se incorporó aquel predio al universo familiar. Desde la ventana de su habitación podía ver un flamboyán que, en mayo, ardía de flores rojas. El árbol estaba en los terrenos del viejo Hotel del Alemán, que iba a ser demolido para construir viviendas nuevas. El flamboyán debía caer con él. Dulce se negó a aceptarlo, y su abuela —María de Regla Sañudo Rebollo, mujer de fortuna y carácter— comprendió que aquel árbol formaba parte de su nieta como la voz de un poema aún no escrito. Decidió entonces comprar la finca entera, pagando cuarenta mil pesos a sobreprecio para salvar el flamboyán de la tala. Así, por la voluntad de preservar un árbol, la familia añadió un nuevo territorio a su ya extenso dominio.

El viejo hotel, hoy convertido en cuartería, conserva una placa que afirma que allí vivió Dulce María, pero la inscripción es errónea. Los hermanos Loynaz nunca utilizaron esa construcción como vivienda. La verdadera casa encantada era la de Calzada, la que se asomaba al mar y donde los cuatro hermanos levantaron su propio microcosmos de objetos insólitos y animales exóticos —pavos reales blancos, flamencos, cacatúas, monos— que convertía la residencia en una suerte de edén habanero. Esa atmósfera hechizada, a la vez exuberante e íntima, sería el escenario que serviría de modelo para la mansión de Bárbara en *Jardín*, la novela lírica de Dulce María.

Otras propiedades completaron el universo Loynaz: La Misericordia, el hotel-hospital de animales fundado por Mita; La Belinda, donde Dulce vivió durante su primer matrimonio; y la Quinta Santa Bárbara, hoy sede de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano. Tras su boda con Pablo Álvarez de Cañas, la poetisa adquirió la casona de 19 y E, en El Vedado, donde residiría hasta su muerte y donde hoy funciona el centro cultural que lleva su nombre.

En estas casas —reales, míticas, imaginadas— se forjó la leyenda doméstica de los Loynaz, y en ellas tomó forma la sensibilidad literaria de Dulce María.



Dulce María Loynaz durante un recital poético en el Ateneo. Martín Santos Yubero. Archivo Regional de Madrid.

El Ateneo de Madrid

El momento culminante de aquel viaje de 1947 llegó el sábado 8 de noviembre, cuando Dulce María Loynaz ofreció un recital poético en el Ateneo de Madrid. La afluencia fue tal que hubo que desalojar las tribunas altas por temor a un derrumbe. La prensa destacó no solo el éxito del acto, sino la excepcionalidad del público: «un lleno inusitado en esta clase de actos, propios más bien para minorías». También subrayó que en la sala se encontraba «toda la intelectualidad residente en Madrid».

Casi al final de su vida, entrevistada en Cuba, Dulce María evocó así aquel instante decisivo:

> Recuerdo que yo estaba enferma, que no sabía si iba a poder hablar, si tendría voz. Los directores del acto llegaron al hotel donde estábamos para preguntarnos si lo suspendían. Entonces, sin poder hablar, me acerqué a una mesa y les escribí en un papel: «Soy hija de soldado». Y así fue. No hablé hasta el momento mismo del inicio del acto, y entonces, maravillosamente, me salió una voz que oyó todo el mundo.

El recital duró cerca de dos horas y se dividió en dos partes. Primero leyó poemas de *Juegos de agua. Versos del agua y del amor*, a punto de aparecer bajo el sello de la Editora Nacional. Después recitó media docena de textos de *Versos (1920-1938)*, su único libro publicado hasta entonces.

La prensa calificó la velada como clamorosa y sin precedentes. El salón estaba completamente abarrotado; el público ocupaba hasta los pasillos. Presentada por el poeta sevillano Adriano del Valle Rossi, Dulce María cautivó a los oyentes desde las primeras palabras. Su dicción impecable, su voz íntima y su delicadeza lírica ejercieron un magnetismo sereno y profundo. Los aplausos, frecuentes y prolongados, marcaron el ritmo de la noche.

El diario *Informaciones*, el 10 de noviembre, lo resumió con solemnidad:

> Dulce María ha sido consagrada como uno de los altos valores poéticos de nuestro tiempo por el público más exigente de lengua castellana, en una jornada de las que quedará memoria en la historia literaria de Madrid.

Entre los poemas leídos, los más ovacionados fueron *La niña ciega*, *El río Almendares* y *Canto a la mujer estéril*. Sobre este último, la escritora Concha Espina afirmó que era un poema fuerte, estremecedor, pavoroso en su hondura, y se aventuró a decir que Dulce María «quedará para siempre glorificada en el sagrario del idioma español».

La veterana narradora —madre del periodista Víctor de la Serna— describió a Loynaz como una mujer capaz de percibir «los más sordos latidos naturales y el germen de las pasiones telúricas». En *Canto a la mujer estéril* encontró el plenilunio de toda la lectura, el punto más alto de una voz que, según ella, marcaba un hito en la literatura de su tiempo. Fascinada ante el contraste entre la fragilidad física de la poetisa y la fuerza de sus versos, dejó escrito:

> Y nunca esta mujer es dueña del vacío. Ella, tan frágil en su presencia temporal, señora de elegancias y mesuras, sorprende con el vigor de sus creaciones, con el poder sublime de su numen y con el exigente dominio de la palabra.

Aquel recital consagró a Dulce María Loynaz ante la intelectualidad española y la convirtió en un acontecimiento literario, en una voz capaz de estremecer una ciudad que todavía se estaba reconstruyendo a sí misma.

El Paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras

El jueves 13 de noviembre, Dulce María Loynaz ofreció un recital histórico en el Paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central —la actual Complutense—, uno de los espacios más cargados de simbolismo de la vida académica madrileña. El edificio, inaugurado en 1933 en la recién creada Ciudad Universitaria, había quedado profundamente marcado por la Guerra Civil. Reconstruido y resignificado por el franquismo, el paraninfo funcionaba como escenario de actos solemnes, inauguraciones de curso y ceremonias oficiales donde se escenificaba la continuidad cultural del régimen.

Que una escritora extranjera, mujer y latinoamericana, fuese invitada a leer allí sus poemas da una medida del reconocimiento que ya tenía en determinados círculos literarios y académicos españoles. También revela el interés del régimen por exhibir un vínculo privilegiado con la América hispana, inscribiéndola en su estrategia cultural de posguerra.

Los investigadores cubanos Ileana Álvarez y Francis Sánchez relatan cómo más de un millar de personas abarrotaron el paraninfo para escuchar, en un silencio casi reverencial, la voz de Loynaz. Estudiantes, profesores y figuras de la vida cultural madrileña confluyeron en un acto que —según recuerdan— alcanzó un tono ceremonial, culminando en ovaciones tras la lectura final de *Carta de amor al rey Tut-Ank-Amen*.

Este poema había sido escrito en 1929, durante un largo viaje por Turquía, Siria, Libia, Palestina y Egipto. En Luxor —la antigua Tebas—, Dulce María visitó la tumba de Tutankamón, descubierta apenas siete años antes, y quedó tan impresionada por la fragilidad detenida del joven faraón que le dedicó un poema. Fue el único texto que conservó de su diario de viaje.

Mientras cruzaban el Mediterráneo, escribió a mano una copia para enviársela a su amiga Carmen Conde; Dulce María jamás usó máquinas de escribir. El crítico Antonio Oliver Belmás, esposo de Conde, calificó el poema como «la más desolada carta de amor que pueda escribir una



Dulce María Loynaz durante un recital poético en el Paraninfo de la Ciudad Universitaria. Martín Santos Yubero. Archivo Regional de Madrid.

mujer sobre la tierra». No es extraño que los jóvenes apretujados en el paraninfo conectaran de inmediato con aquella voz que se dirigía a un muerto luminoso, suspendido entre el tiempo y la eternidad:

> Si las gentes sensatas no se hubieran encolerizado, yo te habría sacado de tus cinco sarcófagos, te hubiera desatado las ligaduras que oprimían demasiado tu cuerpo endeble y te hubiera envuelto suavemente en mi chal de seda...

El impacto del recital quedó confirmado también por la mirada del crítico cubano José María Chacón y Calvo, estrechamente vinculado a la vida intelectual española de la época. En sus comentarios de 1947, recogidos más tarde en diversos estudios, Chacón destacó que la presencia de Loynaz en la Universidad Central reveló «un arte de finos matices» y «una honda vida interior», cualidades capaces de despertar la devoción de un auditorio «selecto y numeroso».

La Cruz de Alfonso X el Sabio

El 18 de noviembre de 1947, Dulce María Loynaz recibió en Madrid la Cruz de Alfonso X el Sabio, una de las distinciones culturales más prestigiosas otorgadas por el régimen franquista para reconocer méritos en los campos de la educación, la ciencia y las artes. La ceremonia tuvo lugar en la embajada de Cuba, y la imposición corrió a cargo de Pedro Rocamora y Valls, director general de Propaganda, en representación del ministro de Educación Nacional.

La Orden Civil de Alfonso X el Sabio fue creada originalmente en 1902 (como sucesora de la antigua orden de Alfonso XII) para reconocer méritos destacados en los campos de la educación, la ciencia, la cultura, la docencia y la investigación. Tras la Guerra Civil Española, bajo el régimen franquista, la orden se reactivó en 1939 como uno de los principales instrumentos del Estado para otorgar distinciones culturales.

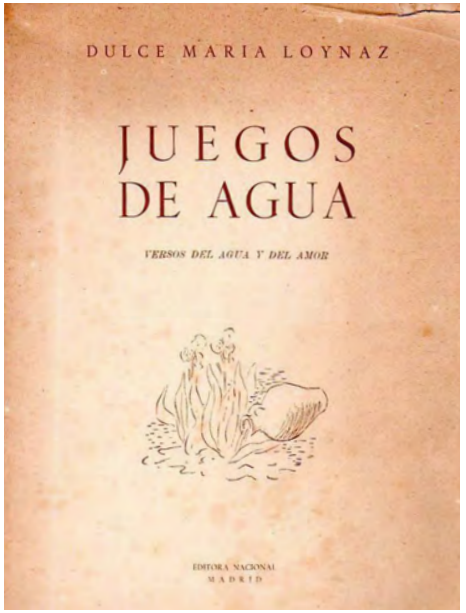
El acto, aparentemente protocolario, estaba cargado de matices políticos, ya que Cuba había votado en la ONU contra la admisión de España en el organismo internacional. Que la entrega se celebrara en la sede diplomática cubana funcionó como una forma de mantener abierto un canal simbólico entre ambos países, allí donde la política no podía hacerlo de manera directa.

La ceremonia, a medio camino entre lo literario y lo institucional, subrayaba tres dimensiones de la trayectoria de Loynaz: la excelencia de su obra poética, su irrupción en la vida cultural de la España de posguerra y su creciente visibilidad como figura de proyección internacional. Para la propia poetisa, la Cruz de Alfonso X marcó la confirmación de que su voz había traspasado fronteras y que su presencia en Madrid no era un episodio aislado, sino el comienzo de una relación sostenida con la tradición literaria española.

La prensa madrileña, volcada en aquellos días en la fiebre loynaciana, destacó que la poetisa «ha llegado a conquistar fervorosamente el verdadero corazón de España». En su discurso, Rocamora agradeció al encargado de negocios de Cuba, Pedro de Corpión y Caula, por su actitud conciliadora «en un momento en que la pasión y el egoísmo ensombrecen la relación entre los pueblos».



Dulce María Loynaz con la cruz de Alfonso el sabio. Portillo. Archivo ABC.



Juegos del Agua. Ed. Nacional, 1947.

El cóctel de despedida en el Ritz

Para cerrar con broche de oro el viaje más importante de la poetisa hasta ese momento, el matrimonio Álvarez-Loynaz ofreció una gran recepción en los salones del hotel Ritz, escenario donde había comenzado, semanas atrás, la fiebre madrileña por la voz y la figura de Dulce María. El cóctel estaba inicialmente previsto para el jueves, pero se pospuso para el viernes 21 de noviembre, a las ocho de la tarde, para permitir la presencia de varias personalidades que deseaban asistir.

El Ritz, templo de sociabilidad diplomática y cultural en la España de posguerra, volvió a convertirse en un punto de encuentro excepcional. Concurrieron figuras del mundo de las artes y las letras, damas de la alta sociedad madrileña y miembros destacados de la colonia cubana residente en la capital. La celebración funcionó como una suerte de colofón institucional y afectivo, en el que se entrelazaron la admiración literaria, las cortesías diplomáticas y la curiosidad social que la poetisa había despertado en Madrid.

El diario *Ya* habló de doscientos invitados, una cifra notable para la época, y describió la reunión como una velada animada, con cena fría, paella al estilo cubano y brindis que se prolongaron hasta bien entrada la noche. El ambiente festivo contrastaba con la discreción habitual de Dulce María, pero ese contraste —ella contenida, él expansivo— era parte del magnetismo que la sociedad madrileña había encontrado en la pareja.

La despedida en el Ritz selló así un ciclo de reconocimiento público que había comenzado casi en silencio a finales de la primavera y que, en el otoño de 1947, alcanzó un nivel inesperado de visibilidad. Al día siguiente emprenderían viaje hacia Sevilla y luego a Cádiz, donde abordarían el barco que los devolvería a Cuba.

El escritor cubano Aldo Martínez Malo, muy cercano a Dulce María, escribió que, antes de abandonar Madrid, la poetisa tuvo que pasar una noche en vela escribiendo dedicatorias en ciento veinte ejemplares de *Juegos de agua*. «Cada dedicatoria era una pequeña obra maestra», añadió.

La estación del Sur

El 22 de noviembre, ya entrada la noche, la llamada estación del Sur de Madrid —la Estación de Atocha, tradicionalmente conocida como «del Mediodía»— se transformó en el escenario final del viaje. Era 1947, y desde aquella gran nave de hierro partían los trenes que comunicaban la capital con Andalucía, Levante, Castilla-La Mancha y Extremadura. Por eso la prensa la designaba habitualmente como la estación del Sur, aunque ese no fuera su nombre oficial. Atocha, mucho más modesta que la estructura monumental que hoy conocemos, ocupaba entonces la glorieta del mismo nombre, junto al Paseo del Prado, y era el principal punto de salida hacia las regiones meridionales.

En ese andén nocturno aguardaba «un grupo de amigos que representaban todo el cariño, las alegrías y las emociones vividas en esta inolvidable ciudad», deseosos de convertir la despedida en una prolongación del éxito. Dulce María evocaría más tarde aquel momento en *Impresiones de un cronista* —texto escrito por ella pero firmado por Pablo para *El País* habanero—:

> Hasta el sol se prestó a ello, y cosa inusitada a fines de noviembre, persistía en salir... Dulce María gustaba de decir que hasta el sol español era también gentil con la cubana friolenta, pues ni un solo día había dejado de aparecer en su balcón.

Sin embargo, el sol, fiel pero inconsciente, no la encontraría al día siguiente:

> La buscaría en vano entre las ramas de flores que nunca le faltaron, entre sus libros y sus papeles.

En el andén se dieron cita los nombres que conformaban la cartografía madrileña de Loynaz: la diplomacia, la cultura, la amistad antigua y la poesía. Allí estaban «nuestro ministro en España, Pedro Corpión Caula, y su esposa María Luisa de Poo, siempre de negro y siempre tan bella». También el omnipresente Pedro Rocamora, presidente del Ateneo y director general de Propaganda, acompañado de su secretario Valdenebro.

Se sumó también «el coronel José María Martínez Mazas, ayudante del generalísimo Franco», amigo de la infancia de Pablo. Y no faltó el círculo literario que había acompañado a la poetisa durante todo el otoño madrileño: Carmen Conde, Isabel de Ambia, Adriano del Valle, Gerardo Diego, José García Nieto, Bartolomé Mostaza... Junto a ellos, las amistades de sangre y afecto: primos, sobrinos, niños recién bautizados, todos cómplices involuntarios de un viaje que Dulce María nunca imaginó tan fructífero.

Tras su partida, la prensa volvió a repasar la visita con una mezcla de nostalgia y admiración. Pablo Corbalán, menos dado a la hipérbole, publicó en *La Hora* el 4 de diciembre una crónica donde, aun lanzando dardos contra el barroquismo de Adriano del Valle en el Ateneo —«aquel torrente vacío y ceceante que estuvo a punto de aguarnos la fiesta»—, celebró la consagración de la poetisa: «Dulce María afirmó su nombre en esta orilla». Comparó su voz con un mediodía de Cuba y concluyó que en Madrid levantó las torres de su triunfo.

Pocos días después, Josefina de la Maza le dedicó un emocionado «Adiós a Dulce María Loynaz» en *Informaciones* (5 de diciembre). Subrayó que no solo eran los versos lo que conmovía, sino «su austeridad, sin

presumir de austera; su dulzura, sin pretender ser dulce; su encanto, sin intentar encantarnos». La consideró un genio lírico sin igual en Hispanoamérica y cerró con un ruego que resumía el sentir madrileño de aquel otoño:

> Queremos que su breve pie de cubana y de madrileña camine otra vez por los senderos innumerables de España.

II. EL AÑO DE *JARDÍN* (1951)



Jardín. Ed. Aguilar, 1951.

La Estrella de Oriente

El 10 de mayo de 1951, la prensa española anunciaba la llegada a Madrid de la poetisa Dulce María Loynaz y de su esposo Pablo Álvarez de Cañas a bordo del avión Estrella de Oriente. Se trataba de un Douglas DC-4, matrícula CU-T397, uno de los orgullos de la naciente flota transatlántica de Cubana de Aviación, que desde finales de los años cuarenta conectaba el Caribe con Europa en rutas largas, complejas y todavía cargadas de épica.

Los vuelos regulares entre La Habana y Madrid se habían inaugurado apenas tres años antes, en 1948, con la aeronave Estrella de Cuba. Sin embargo, el 25 de abril de 1951, solo dos semanas antes del viaje de Dulce María, ese avión había sufrido un trágico accidente en su ruta Miami-La Habana, al colisionar con un aparato de la Marina estadounidense. Murieron decenas de personas, entre pasajeros y militares, y el siniestro ocupó titulares tanto en Cuba como en España. El recuerdo de aquel choque aún ardía en la memoria de los caribeños.

Nada de esto frenó a Dulce María. «Hija de soldado», como ella misma solía definirse, afrontó el cruce atlántico con la serenidad que heredó del general Loynaz. Pero el destino tenía sus ironías: la propia *Estrella de Oriente* —la nave que la había traído a Europa— sufriría también un accidente fatal al año siguiente. El 6 de diciembre de 1952, regresando de Madrid y tras despegar de su escala en Bermudas, el avión cayó al mar. Murieron 36 pasajeros y tripulantes, aunque cuatro lograron sobrevivir.

El matrimonio Álvarez-Loynaz tenía previsto permanecer quince días en Madrid. Después viajarían a Canarias y Italia, para regresar a la capital española en octubre. Entre los motivos centrales del viaje se encontraban la participación de Dulce María en el Primer Congreso Femenino Hispanoamericano, su nombramiento como jurado de la I Bienal Hispanoamericana de Arte, y, sobre todo, la presentación de su novela lírica *Jardín*. El periodista Pablo Corbalán subrayaba en la prensa que este era ya el sexto viaje de la escritora a España.

A su llegada a Barajas, los esperaba el nuevo encargado de negocios de Cuba, Enrique Patterson y Sofiano, nombrado en septiembre de 1949 en sustitución de Pedro de Corpión Caula. Su presencia en el aeropuerto anunciaba que, como en 1947, la estancia de Loynaz en Madrid se convertiría en un asunto cultural de primer orden.

La misión poética y el fantasma de Lorca

Tras el regreso de Dulce María Loynaz a Cuba, luego de su resonante éxito en España en 1947, se produjo en la isla un episodio que revela con exactitud la tensión cultural y política de la época.

A finales de 1949, La Habana recibió a la llamada Misión Poética, integrada por Luis Rosales del Riego, Leopoldo Panero, Antonio Zubiaurre y Agustín de Foxá, llegados bajo el patrocinio conjunto de la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores y del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.

Los primeros homenajes se celebraron en la casa habanera de Pablo Álvarez de Cañas y Dulce María Loynaz en 19 y E, uno de los salones literarios privados más prestigiosos de la capital. Aquello desató de inmediato una virulenta campaña de descrédito, liderada desde los sectores de izquierda por figuras como Nicolás Guillén y Juan Marinello, vinculados al Partido Socialista Popular. En el centro de la polémica se situó Luis Rosales, acusado —sin pruebas documentales, pero con enorme resonancia emocional— de haber traicionado a Federico García Lorca en vísperas de su asesinato. *Noticias de Hoy*, órgano del PSP, llegó a publicar una nota titulada «Los asesinos del poeta García Lorca viajan a Puerto Rico, Cuba y América del Sur», donde se repetían las viejas imputaciones que circulaban desde 1936.

Marinello lanzó sus dardos directamente contra la poetisa:

> La acción militante de la señora Loynaz, que con ir a la España de Franco estaba definida en el modo peor sentido, era del mismo modo esperada.

Según los testimonios recogidos por la investigadora Katia Figueredo, fue en este contexto cuando Dulce María intervino en defensa de las tradiciones hispanas, evocando la visita de Lorca a su casa en 1930, aquella casa encantada que él convirtió en centro de su vida habanera.

> Yo tuve a Federico García Lorca en esta casa hospedado. ¿Podría ser tan falaz que, después de haber estrechado con esta mano la de Lorca, estrechara ahora la del instigador de su muerte?

Si la poeta cubana abría las puertas de su casa a los visitantes españoles, era porque los consideraba dignos de ese mismo trato literario y humano. La evocación, así leída, pretendía afirmar la continuidad cultural entre ambas orillas por encima del ruido político.

Pero la tempestad no amainó. La FEU y el PSP convirtieron la visita en una causa pública. Se difundieron biografías críticas de los visitantes, se redactaron proclamas y se apeló a impedir que la misión cumpliera con su agenda cultural. El conflicto alcanzó un punto álgido cuando Enrique Ovares, Lionel Soto y Ramón Fernández, en representación de la FEU, enviaron al ministro de Estado una carta exigiendo la expulsión inmediata de los «extranjeros indeseables». El documento estaba respaldado por múltiples organizaciones de izquierda, que llamaban a la movilización nacional. El fantasma de Lorca —convertido en estandarte político— se proyectaba sobre la ciudad.

En ese clima cargado intervino Marinello, cuya autoridad intelectual era indiscutible dentro de la izquierda cubana. Su artículo «Los intelectuales en su puesto», publicado en *Noticias de Hoy*, arremetió contra quienes habían ofrecido acogida a los poetas españoles. Señaló la filiación falangista de Chacón y Calvo, denunció el uso del Instituto Cultural Cubano-Español como plataforma del franquismo y reprochó a Miguel Ángel Carbonell haber permitido que la Academia Nacional de Artes y Letras se manchara con la presencia de unos visitantes que representaban, en su opinión, el rostro cultural de la dictadura.

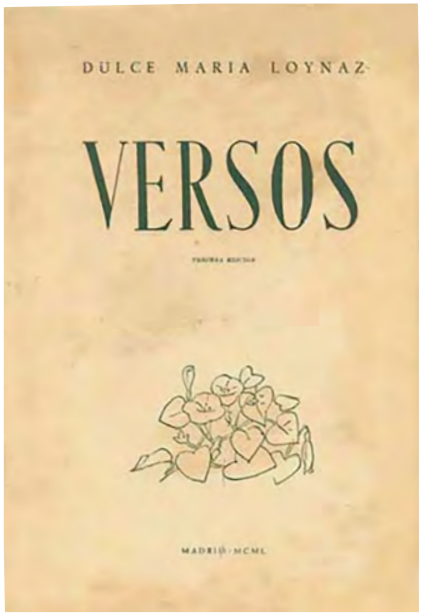
A pesar del escándalo, la Misión Poética continuó su itinerario. El 28 de diciembre de 1949, el Instituto Cultural Cubano-Español organizó una cena de despedida con la presencia de Loynaz, Chacón y Calvo, Carbonell, Arturo Alfonso Roselló, el padre Rubinos, y otros miembros de la élite cultural conservadora.

A la larga, estudios posteriores han desmontado la acusación contra Rosales, mostrando que era fruto del rencor político, de equívocos y de un clima emocional intensísimo. Pero en la Cuba de 1949 lo que contaba era la fuerza del mito: el supuesto delator de Lorca en un salón habanero. No es difícil ver también que pesaban las miserias humanas. El creciente prestigio de Loynaz en España despertaba celos, resquemores y la vieja incomodidad que produce siempre una mujer que no se somete a las banderías de turno.

Su libro en las estanterías

A finales de 1947 apareció en Tenerife la segunda edición de *Versos (1920-1938)*, impresa por Litografía A. Romero en un tiraje de 350 ejemplares numerados. Tres años después, ya en 1950, los Talleres Tipo-Litográficos Uguina publicaron en Madrid la tercera edición, esta vez ilustrada por el pintor y dibujante José Romero Escassi, figura habitual de la vida artística del Madrid de posguerra.

Para Loynaz, ver sus poemas impresos en España representaba algo más que un logro editorial. Era también la reivindicación de un libro que, en Cuba, había nacido casi en la invisibilidad. La primera edición —costeada en La Habana años atrás— había pasado inadvertida en la vida cultural de la isla. La poetisa lo recordaría con una mezcla de ironía y desconsuelo en una entrevista concedida a Manuel Díaz Martínez:



Versos. Ed. 1950.

> Puedo decir que pasó sin pena ni gloria. Hasta se me negó un lugarcito en ciertos anaqueles de la famosa tienda El Encanto, dedicados a exhibir los últimos títulos publicados. No soy dada a cultivar rencores, pero este desaire, quizás por ser el primero, permanece indeleble en mi memoria.

El contraste entre La Habana y Madrid fue tan fuerte que Dulce María lo fijó por escrito en *Fe de Vida*, su libro de memorias, donde evoca el asombro íntimo de verse «descubierta» en una ciudad que hasta hacía poco le era ajena:

> ¡Cómo habría de recordar esto mucho tiempo después, cuando en Madrid, al transitar por la Gran Vía, veía en las vidrieras de los principales comercios —aunque no se dedicaran a la venta de libros— los míos exhibidos, y ellos solos, junto a la bandera cubana!

Aquella escena —los *Versos* iluminados por los escaparates de la Gran Vía, en vitrinas donde solían reinar perfumes, mantillas o porcelanas— condensaba también un cambio decisivo: España había visto antes que Cuba la verdadera dimensión poética de Dulce María Loynaz. Su libro, ignorado en su patria, encontraba en Madrid una segunda vida, una lectura y una legitimación que ella no había buscado pero que, por fin, la abrazaba.

El Primer Congreso Femenino Hispanoamericano

El 11 de mayo de 1951, apenas un día después de aterrizar en Madrid, Dulce María Loynaz ofreció un recital poético en el Círculo Cultural Medina, una de las instituciones vinculadas a la Sección Femenina de Falange. La prensa destacó los largos aplausos que siguieron a la lectura de sus versos y la atención silenciosa con que el público recibió los fragmentos en prosa dedicados a San Martín de Loynaz. El santo, antepasado de la poetisa, fue uno de los 26 mártires de Japón, canonizados por la Iglesia católica en 1862.

Aquel recital formaba parte del Primer Congreso Femenino Hispanoamericano, organizado conjuntamente por la Sección Femenina de Falange y el Instituto de Cultura Hispánica. Para el régimen, el concepto aludía a una gran comunidad espiritual que unía a España con América Latina a través de la lengua, la fe católica, la tradición y un destino cultural común.

El recital de Loynaz, situado dentro del programa oficial, mostraba a una escritora latinoamericana de prestigio internacional y reforzaba la narrativa de afinidades espirituales entre ambas orillas del Atlántico.

Entre las asistentes destacaba la presencia de Pilar Primo de Rivera, delegada nacional de la Sección Femenina, figura clave en la política cultural y educativa del franquismo. A su lado se encontraban numerosas delegadas procedentes de México, Chile, Argentina, Colombia, Uruguay, Perú y República Dominicana, mujeres formadas en ámbitos diversos —desde la docencia hasta la vida intelectual— que acudían tanto para representar a sus países como para reforzar las redes simbólicas que el congreso pretendía construir.



Pilar Primo de Rivera.

Lectura en la Escuela de Capacitación Social

El 17 de mayo de 1951, Dulce María Loynaz realizó una lectura en la Escuela de Capacitación Social, institución creada en 1942 por el Ministerio de Trabajo para formar a trabajadores y funcionarios en materias sociales, sindicales y administrativas. Aquel centro, instalado en un edificio sobrio y funcional de la calle Azcona 45, en el barrio de La Guindalera, tenía una orientación marcadamente práctica y administrativa. Que en él se escuchara la voz de Loynaz revela hasta qué punto su presencia en Madrid trascendía los círculos estrictamente literarios.

La poetisa leyó *Nochebuena en La Paz*, una pieza inspirada en una Navidad andina observada por la propia autora durante uno de sus viajes por Sudamérica. Los indígenas celebran el nacimiento del Niño Dios eligiendo «al más sano» de sus propios hijos para representar al recién nacido. En esta imagen —pura, abismal— el Niño Jesús aparece con la piel amarilla, el cabello negro y la boca muda, una síntesis poderosa del mestizaje físico y religioso del continente.

Ese desplazamiento simbólico —del Niño blanco de los retablos europeos al Niño indio de las alturas bolivianas— dio a la lectura un brillo de revelación. Loynaz, sin didactismo, mostraba en un solo cuadro na-

rrativo la manera en que los pueblos americanos habían reinterpretado sus símbolos.

El impacto fue tal que la Escuela decidió rendirle un homenaje. Los alumnos de la LVI promoción le entregaron un Diploma y un pequeño obsequio con mucho significado para ella: una imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba. La escena confirma hasta qué punto su voz podía desplazarse libremente entre auditorios disímiles, sin perder jamás su halo poético ni su hondura humana.

«Versos a medianoche»

Las tertulias de «Versos a medianoche», celebradas en el Café Varela de la calle Preciados 37, fueron uno de los escenarios más singulares de la vida literaria madrileña en las décadas de 1940 y 1950. Aquel local —mezcla de café tradicional, taberna ilustrada y guarida bohemia— se transformaba cada viernes, ya entrada la noche, en un pequeño teatro de poesía viva.

Fue en ese ambiente vivo, irreverente y auténtico donde Dulce María Loynaz leyó el viernes 18 de mayo de 1951, como invitada de honor para cerrar el XXIX recital de la segunda temporada. La puesta en escena le recordó a Dulce María las «juevinas» que organizaba los jueves en su casona habanera de Calzada. En el Café Varela se apagaba la luz eléctrica y se encendían quinqués sobre las mesas y en el estrado, creando una atmósfera de penumbra que convertía el lugar en un anfiteatro íntimo. Para Loynaz, acostumbrada a esa liturgia doméstica, el Café Varela no debió parecer tan ajeno. Era, en cierto modo, una prolongación madrileña de aquellas noches habaneras de lámparas bajas y voces altas, donde la poesía, como el agua, encontraba siempre su cauce.

En la puerta, una pareja de policías controlaba el acceso, mientras los carteles —muchas veces dibujados por Mingote— anunciaban con humor los nombres de los participantes. El acto lo organizaba con devoción casi sacerdotal Eduardo Alonso, alma del ciclo, cuya figura descarnada y puntual inspiró a Manolito el Pollero unos versos mitad burla, mitad tributo.

Allí se mezclaban generaciones, estilos y trayectorias. Por el estrado del Varela pasaron figuras que luego serían muy reconocidas —Gloria Fuertes, Rafael Azcona, José García Nieto, Manuel Alcántara— junto a poetas menores, bohemios de última hora, rapsodas infatigables y jóvenes recién llegados de provincias con sus manuscritos bajo el brazo.

Pero «Versos a medianoche» tenía también su propio código de conducta: el público premiaba lo que le gustaba y castigaba sin piedad lo que le aburría. Los abucheos, las risas y los silencios tensos formaban parte del rito. La anécdota más célebre cuenta que un rapsoda, exaltado en elogios hacia la figura del Poeta, preguntó al auditorio si conocían a alguien más noble que un vate, y la sala respondió al unísono: «¡El duque de Alba, sin ir más lejos, imbécil!».

La cubana, sin embargo, cautivó desde el primer verso. Su voz —serena, aérea, casi secreta— consiguió imponer un silencio absoluto en un lugar donde el ruido formaba parte de la identidad. Lo que para otros poetas era una prueba de fuego, para ella fue un pequeño prodigio: convertir un café lleno en un lugar de agua quieta y claridad interior.

Para Dulce María, aquella medianoche madrileña fue la confirmación de que su voz —tan distinta, tan de agua y tan de isla— también podía encender quinqués en la noche más castiza.

«Alforjas para la poesía»

El domingo 20 de mayo, día en que se conmemoraba la fiesta nacional de la República de Cuba, el Teatro Lara abrió sus puertas para un homenaje especial a la isla dentro del ciclo «Alforjas para la Poesía», las célebres matinales literarias creadas y dirigidas por Conrado Blanco. Aquellas sesiones dominicales —populares, multitudinarias y sorprendentemente democráticas en su espíritu— se habían convertido en uno de los espacios poéticos más queridos de Madrid. En ellas convivían, sin jerarquías rígidas, poetas consagrados y voces nuevas, lectores fervorosos, estudiantes y familias enteras que acudían al teatro, en la calle Corredera Baja de San Pablo, número 15.

Para aquel homenaje a Cuba, Conrado Blanco quiso que la presencia de Dulce María Loynaz ocupase un lugar central. La matinal se anunció como una jornada temática dedicada a la isla, y la audiencia madrileña acudió con la curiosidad avivada por el éxito creciente de la poetisa en otros foros culturales de la capital.

La lectura de Loynaz en el escenario del Lara reforzaba el carácter panhispánico que Conrado Blanco imprimía a su proyecto. «Alforjas para la Poesía» era un espacio de celebración, un foro abierto donde el idioma se escuchaba en todos sus tonos y acentos, y donde la presencia de autores hispanoamericanos se vivía como una fiesta fraterna. La voz de Dulce María aportó a la jornada un tono de recogimiento que contrastó con el bullicio habitual de las matinales.

Para la comunidad cubana residente en Madrid, fue un acto de afirmación afectiva en una fecha patriótica cargada de memoria. Para el público madrileño, acostumbrado a los versos ardorosos de la posguerra y a las declamaciones enfáticas, la cadencia de Loynaz fue una experiencia cautivadora y relajante. Dámaso Alonso dijo en una ocasión que Dulce María era «la mujer que más perfecta y bellamente pronunciaba el castellano».

Almuerzo en la casa de los hermanos Montiel

Aquel domingo 20 de mayo, tras su participación en «Alforjas para la Poesía», Dulce María y Pablo Álvarez de Cañas fueron invitados a un almuerzo ofrecido en su honor en la casa de los hermanos Luis y Vicente Montiel, anfitriones frecuentes en determinados círculos sociales madrileños.

Entre los asistentes se encontraba Orestes Ferrara, embajador especial de Cuba para Europa, figura clave de la diplomacia cubana y viejo amigo de España desde la época fundacional de la República. Estuvo también presente el encargado de negocios de Cuba, Enrique Patterson y Sofiano, quien había recibido al matrimonio a su llegada a Madrid.

El almuerzo reunió, además, a miembros prominentes de la nobleza española. Destacan los condes de Vallellano, cuya casa era célebre por su cercanía a visitantes cubanos —ella, Concepción Guzmán y O'Farrill, era habanera— y por el peso político de él, Fernando Suárez de Tangil, que ese mismo año sería nombrado ministro de Obras Públicas. Asistió igualmente la marquesa de Casa Saltillo, una de las figuras femeninas más visibles de la aristocracia. El encuentro, descrito por la prensa como cordial y animado, combinó afinidades personales, vínculos diplomáticos y presencia nobiliaria.

Canarias, Italia... y regreso a Madrid

Como en casi todas sus travesías europeas, el verano de 1951 llevó a Dulce María Loynaz y a Pablo Álvarez de Cañas hasta las Islas Canarias, territorio al que ambos se sentían unidos por lazos afectivos, literarios y familiares. En reconocimiento a ese vínculo, el Ayuntamiento del Puerto de la Cruz concedió a la poetisa el título de Hija Adoptiva en agosto de 1951, durante una ceremonia solemne celebrada en el histórico Gran Hotel Taoro, uno de los centros sociales más distinguidos del archipiélago. El homenaje, ampliamente reseñado por la prensa insular, consagró a Loynaz como figura predilecta de la vida cultural tinerfeña.

Durante su estancia pronunció en el Ateneo de La Laguna la conferencia *Mujer entre dos islas*, donde exploró la condición insular como metáfora vital y poética. Aquel verano recibió también el nombramiento de Mantenedora de los Juegos Florales de La Laguna, uno de los certámenes literarios más antiguos y prestigiosos de España, heredero de la tradición trovadoresca y de los festivales poéticos del siglo XIX. La distinción la incorporaba a un linaje simbólico de guardianes de la palabra y del oficio poético en lengua castellana.

Desde Tenerife, el matrimonio continuó viaje hacia Italia. En la luz serena de la costa ligur, Dulce María se encontró con Gabriela Mistral, premio Nobel de Literatura en 1945, que residía entonces en Rapallo, retirada del bullicio diplomático de años anteriores. La conversación entre ambas poetas fue intensa y cordial. Mistral leyó *Jardín* y comentó que era «el mejor repaso del idioma español que he hecho en mucho tiempo», aunque le aconsejó no abandonar la poesía por la prosa, convencida de que su voz versal poseía una potencia que no debía quedar eclipsada.

El 7 de octubre, la prensa española anunció el regreso de Dulce María Loynaz a Madrid. Tras aquel verano de homenajes, viajes y encuentros decisivos, la poetisa volvía a la capital para una larga estancia, dispuesta a presentar *Jardín*, la obra más ambiciosa que había escrito y la que habría de marcar definitivamente su lugar en el mapa literario español.

Presentación de *Jardín*

Los salones del hotel Ritz volvieron a encender sus lámparas para Dulce María Loynaz el 8 de noviembre de 1951, esta vez para acoger el cóctel de presentación de *Jardín*, su novela lírica largamente esperada. La escritora tardó siete años en escribirla —entre 1928 y 1935— y dieciséis más en permitir que viera la luz.

La editorial Aguilar desempeñó un papel determinante en la recepción inicial del libro. Conocida por sus ediciones de lujo, sus colecciones de clásicos y su apuesta por voces hispanoamericanas de altura, Aguilar ofreció a *Jardín* una plataforma excepcional: 356 páginas encuadernadas en tapa dura, a un precio de 70 pesetas, con distribución asegurada en España y varios países de América. Para una autora que jamás había publicado una novela y que desconfiaba del bullicio editorial, aquello equivalía a un verdadero lanzamiento internacional.

A la recepción acudió el propio Manuel Aguilar Muñoz, fundador de la editorial, acompañado de su esposa. La presencia de figuras mayores de la literatura española confirmó el interés que el libro había despertado antes incluso de su aparición pública: Dámaso Alonso, Melchor Fernández Almagro, Gerardo Diego, Camilo José Cela, Bartolomé Mostaza, Carmen Conde, entre otros nombres destacados del momento. Entre las mujeres mencionadas por la prensa figuraban la pintora Sofía Morales y la legendaria marchante de arte Juana Mordó, lo que subraya la resonancia cultural —no solo literaria— del acontecimiento.

Para Loynaz, la escritura nunca fue un acto social, sino un acto interior que bordea lo sagrado. *Jardín* había madurado lentamente, como si la propia narradora —su protagonista, Bárbara— necesitara soledad y silencio para hablar. La novela, situada en un espacio mínimo y total —una casa cerrada y un jardín que es mundo y espejo— desarrolla una trama apenas visible, pero cargada de irrupciones poéticas, presencias simbólicas y resonancias místicas. Nada más alejado, pues, de la tradición narrativa realista que dominaba buena parte de la prosa española de la época.

La reacción en España fue inmediata y sorprendentemente elogiosa. El día 18 de noviembre, Bartolomé Mostaza escribía en *Ya* que, aunque el argumento parecía sencillo, la novela encerraba «una rica y complicada trama de emociones» que obligaba al lector a internarse en «una espesa selva psicológica». Consideraba el libro difícil, minoritario, fuera de serie, categorías que, lejos de restar, lo situaban en el espacio de las obras inclasificables.

Melchor Fernández Almagro, con su lucidez habitual, comparó a Loynaz con Virginia Woolf, pero matizó de inmediato: la cubana sustituía «los métodos del psicoanálisis por el exquisito resorte de las claves poéticas». Era otra cosa, una originalidad a la que el canon español no estaba del todo habituado.

En una de sus columnas en *ABC*, Andrés Révész reflexionó sobre el oficio de narrar y sostuvo que incluso los buenos novelistas tendrían algo que aprender de los malos: ese instinto elemental de despertar de inmediato el interés del lector. Sin embargo, advertía que esa recomendación no podía aplicarse de manera universal, porque hay libros cuya razón de ser no reside en la intriga ni en el golpe narrativo, sino en un clima poético que no admite concesiones. Por eso exceptuaba explícitamente a las novelas de «puro ensueño», como *Jardín*, de Dulce María Loynaz.

Décadas después, algunos estudiosos han visto en *Jardín* un libro precursor del realismo mágico, por su atmósfera encantada, su temporalidad líquida y la naturaleza híbrida del universo que describe.

La extrañeza fascinante de *Jardín* llamó incluso la atención de Luis Buñuel, quien barajó la posibilidad de llevarla al cine, imaginando a María Félix en el papel de Bárbara. Pero la mexicana, al leerla, sentenció: «carece de argumento». Y Dulce María respondió con ese filo delicado que la caracterizaba: «Le di la razón».

Con *Jardín* en la mano, Loynaz entró definitivamente en el mapa literario de España. Lo que había comenzado como un libro escrito en silencio, en una casa de Calzada frente al mar, se convertía ahora en un acontecimiento madrileño y en un acto de presentación deslumbrante en el Ritz.

Gastón Baquero sobre *Jardín*

Pocas recepciones críticas de *Jardín* resultan tan hondas y penetrantes como la que hizo Gastón Baquero en *Diario de la Marina* el 20 de enero de 1952. Para él, la aparición de la novela lírica de Dulce María Loynaz no solo cerraba «en forma impresionante» el año literario de 1951, era ade-

más la irrupción de un libro que venía a situar a su autora «en ese mundo jerárquico de los grandes creadores».

Jardín —escribía Baquero— no era propiamente una novela, sino un poema en prosa, extenso, entrabado, fiel a una arquitectura, una construcción que avanzaba con la serenidad de una fuente vertida en hilillo perezoso pero incesante. Baquero advertía que en Loynaz no había cabida para el sentimentalismo fácil ni para el exceso: «En el poema está muy bien, pero ¿cómo estaría en la novela?».

Lo más perdurable de su lectura está en la valoración del personaje central. Baquero veía en Bárbara un descubrimiento decisivo, una figura destinada a trascender como forma simbólica antes que como simple protagonista. Y lo expresó en una frase que quedaría como una de las mejores síntesis interpretativas de *Jardín*:

> Bárbara, que ha de quedar —nos lo parece— como arquetipo de la mujer poética, de la sensibilidad femenina que está en el mundo.

Su defensa apasionada concluye con un ruego al lector, una exhortación que sigue vigente:

> Lea usted *Jardín*, ese libro de Dulce María Loynaz... y experimentará el noble orgullo que despiertan las raras ocasiones en que uno pone su mano sobre el cuerpo verdadero de la Poesía.

La I Bienal Hispanoamericana de Arte

Inaugurada en Madrid en octubre de 1951, la I Bienal Hispanoamericana de Arte fue uno de los acontecimientos culturales más ambiciosos —y más ideológicamente cargados— de la España de posguerra. Concebida por el Instituto de Cultura Hispánica, la Bienal aspiraba a proyectar una imagen de modernidad artística, apertura internacional y liderazgo cultural del régimen franquista en el espacio iberoamericano. Dulce María Loynaz fue la única mujer elegida para formar parte del jurado de calificación.

La Bienal quedó marcada por un episodio que sería recordado durante décadas: la conferencia de Salvador Dalí, titulada «Picasso y yo»,



Salvador Dalí. Martín Santos Yubero. Archivo Regional de Madrid.

pronunciada el 11 de noviembre en el Teatro María Guerrero. El acto, organizado por el Instituto de Cultura Hispánica y dirigido por Manuel Fraga Iribarne, se convirtió en un espectáculo social donde se mezclaban aristócratas, burgueses, diplomáticos y jóvenes artistas ansiosos de provocación.

Dalí, fiel a su estilo, llegó tarde; alimentó la tensión; se dejó admirar. Cuando por fin salió al escenario, fue recibido por una mezcla de vítores, murmullos y silbidos. Tras una pausa calculada, pronunció la frase que encendió el teatro:

> Picasso es español; yo también. Picasso es un genio; yo también.
> Picasso es conocido en todos los países del mundo; yo también.
> Picasso es comunista; yo, tampoco.

La conferencia, mitad performance, mitad manifiesto, provocó una ovación atronadora. Pero evidenció también la contradicción de un régimen que, mientras celebraba a Dalí, mantenía a Picasso —el artista español más universal— fuera de toda participación oficial. Desde París, el pintor malagueño criticó abiertamente la instrumentalización política del arte, añadiendo una sombra inevitable sobre el acontecimiento.

La Bienal reunió un conjunto extraordinariamente variado de obras provenientes de España y América Latina. Convivían, en los mismos salones, artistas cercanos al academicismo oficial y creadores que representaban tendencias vanguardistas que el régimen toleraba solo de manera ambigua. Esa tensión entre apertura estética y control político se convirtió en el sello más discutido del evento.

Dulce María hacía todo lo posible por evitar colocarse en el centro de las tensiones políticas. Hacia mediados de noviembre, la prensa informó con cierto dramatismo que la poetisa no había podido participar en la sesión decisiva del jurado. «La señora Loynaz se siente indispuesta», publicaron los periódicos. Y no era la primera vez que se mencionaba su salud. El 12 de octubre, justo el Día de la Hispanidad, se había anunciado que estaba enferma, aunque el 16 se aseguraba su recuperación.

¿Fue una indisposición real? ¿O una retirada deliberada ante el ambiente intensamente politizado del evento? Es imposible saberlo con certeza. Pero lo cierto es que los premios de la Bienal se resolvieron sin el voto de la única mujer del jurado.

De cualquier modo, para la historia quedaría su nombre vinculado a un acontecimiento que intentó, desde sus contradicciones, tender un puente entre España y América. Y Dulce María, que siempre tomó distancia de la arena política, quedó registrada como figura literaria de prestigio incontestable en la España de aquel otoño monumental.

Medinaceli, 4

El viernes 9 de noviembre, Dulce María Loynaz ofreció una conferencia en la sede del Instituto Miguel de Cervantes de Filología Hispánica, perteneciente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). El instituto ocupaba entonces el edificio de Duque de Medinaceli 4, un inmueble que, antes de albergar laboratorios y despachos académicos, había sido el célebre Palacio del Hielo y del Automóvil.

Ante un auditorio formado por filólogos, poetas, hispanistas y estudiantes, Loynaz leyó «Poetisas de América», una conferencia que ya había pronunciado en La Habana y que, meses antes —el 4 de abril de 1951—, había servido como discurso de ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba, donde ocupó el sillón «M». Aquel acto en La Habana, presidido por las autoridades de la institución, culminó con una respuesta solemne de José María Chacón y Calvo, su gran mentor intelectual y una de las voces más influyentes de la crítica literaria cubana del siglo xx.

«Poetisas de América» representaba la cristalización de las reflexiones que Loynaz venía elaborando desde la adolescencia y que ponía en diálogo su sensibilidad con la tradición. El discurso se abre con la tesis de que en América la mujer ha estado desde siempre cerca de la poesía. Para la autora, esta cercanía surge de un diálogo íntimo entre la sensibilidad femenina y el paisaje del continente, territorio joven, exuberante, violento y fértil, donde la emoción encuentra siempre un cauce natural.

Desde esa premisa, la poetisa traza un árbol genealógico que comienza con Sor Juana Inés de la Cruz, matriz indiscutible de la poesía femenina en español. Luego avanza hacia las modernistas y posmodernistas: Delmira Agustini, con su lenguaje incendiado; Juana de Ibarbourou, torrencial y solar; y Gabriela Mistral, cuya voz materna y herida ve Loynaz como un punto de inflexión en la lírica del continente. No presenta a estas autoras como excepciones, sino como manifestaciones sucesivas de una continuidad, una estirpe que demuestra la vitalidad de la mujer poeta en América.

Uno de los momentos más comentados del discurso fue su defensa explícita de la palabra «poetisa», un término que muchos críticos europeos consideraban despectivo o menor. Loynaz, con la ironía serena que la caracterizaba, sostuvo que en América la palabra es legítima, digna y necesaria, porque nombra una realidad propia. En un continente donde la voz femenina ha aportado acentos irremplazables, decir «poetisa» no implica disminución, sino precisión y orgullo. A Dulce María le fascina que el término le recordara la palabra «sacerdotisa».

Su intervención fue recibida con entusiasmo en un espacio académico históricamente reservado para varones. La prensa madrileña subrayó la «elegancia intelectual» de la cubana y la «fina música interior» de su prosa.

El final de la temporada madrileña

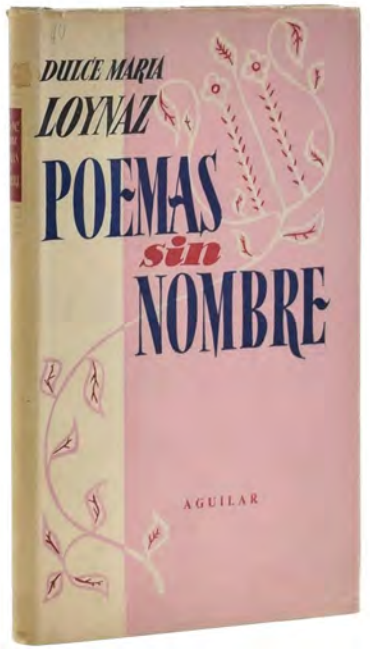
Durante el resto de noviembre, Dulce María siguió participando en actos literarios, recepciones privadas y encuentros con escritores, mientras la temperatura caía y el invierno avanzaba desde la sierra hacia la ciudad. Cuando el frío empezó a hacerse insoportable —era una mujer del trópico, friolenta incluso en pleno verano cubano—, comenzó a preparar su regreso al Caribe.

1951 representó también la madurez de su relación con España. Los críticos más atentos a su obra ya no solo estaban seducidos por la cadencia de su acento y la belleza de sus versos, también comenzaban a descubrir el carácter y la potencia de su obra.

En un texto publicado en Ya aquel año, Mostaza la contrapone a «la inconsciente crudeza de muchachas un poco petulantes y atolondradas». El crítico ve en su obra una lírica sin trucos. «Canta sin aspavientos, sin *teatralería*, sin reclamos», decía.

El 30 de noviembre, los periódicos madrileños anunciaban su vuelta a La Habana. Se cerraba así su segunda gran estancia literaria en Madrid: el año en que presentó *Jardín*, participó como jurado en la Bienal, y confirmó, ante el público español, un lugar definitivo dentro de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

III. LOS *POEMAS SIN NOMBRE* (1953)



Poemas sin nombre. Ed. Aguilar. 1953.

Segundo Congreso de Poesía

El 5 de julio de 1953, Dulce María Loynaz regresó por séptima vez a España, esta vez para participar en el Segundo Congreso de Poesía, celebrado en Salamanca. Aquel encuentro, que reunió a cerca de ochenta poetas de Europa y América, se convirtió en uno de los hitos culturales del año. Bajo la presidencia honoraria de Azorín, cuyo nombre otorgaba una pátina de legitimidad literaria al evento, el congreso eligió a Loynaz como una de sus vicepresidentas, distinción que revela el reconocimiento que su obra ya despertaba en los círculos poéticos del ámbito hispánico.

El congreso era la continuación de un proyecto iniciado un año antes en Segovia, y que tendría su tercera edición en Santiago de Compostela en 1954. Impulsado desde la Dirección General de Enseñanza Universitaria,

con Joaquín Pérez Villanueva al frente, el ciclo de congresos respondía a una estrategia deliberada de apertura cultural. En Salamanca convergieron poetas catalanes —lo cual era ya significativo en el contexto político de 1953— así como figuras destacadas de la lírica hispanoamericana y europea, configurando un mosaico diverso que anticipaba el tímido resurgimiento del diálogo transnacional.

Tras la ceremonia de apertura, los congresistas fueron recibidos oficialmente en la Diputación Provincial, y participaron en un recorrido artístico por la ciudad. Uno de los momentos más cargados de simbolismo tuvo lugar en el cementerio de Salamanca, frente a la tumba de Miguel de Unamuno, donde Dionisio Ridruejo pronunció un discurso en homenaje al escritor. La figura de Unamuno —exiliado, polémico, contradictorio— se convirtió en un eje tácito de reflexión sobre la responsabilidad moral del intelectual, un tema que latía bajo la superficie del congreso.

Durante aquellos días, entre sesión y sesión, los participantes visitaron la Peña de Francia y el pueblo serrano de La Alberca, mientras en las mesas de debate se escucharon dos voces femeninas que destacaron en un entorno aún mayoritariamente masculino: Carmen Conde y Dulce María Loynaz. Ambas aportaron una perspectiva distinta, más íntima y más atenta a los matices líricos, que los asistentes supieron valorar.

La Universidad de Salamanca invitó a la poetisa cubana a ocupar simbólicamente la cátedra de Fray Luis de León, en cuyo claustro resonó su conferencia «La influencia de los poetas cubanos en el modernismo». Loynaz expuso allí la genealogía del movimiento modernista desde la perspectiva americana y devolvió a José Martí al lugar que le correspondía como precursor del modernismo hispánico, recordando el impacto que Ismaelillo había ejercido sobre Rubén Darío y otros fundadores del movimiento. En un guiño irónico y orgulloso, parafraseó al propio Martí en el epígrafe del ensayo: «Buena lengua nos dio España, pero no creemos que pueda quejarse de que se la hayamos maltratado».

Antes de la clausura, los congresistas viajaron a Ciudad Rodrigo para rendir homenaje a Cristóbal de Castillejo, figura crucial para la lírica castellana del siglo XVI. Aquella visita cerró el ciclo de peregrinaciones literarias que había caracterizado el congreso.

La clausura oficial tuvo lugar el 12 de julio, en una recepción solemne en el Ayuntamiento de Salamanca, donde se dio por concluida una semana intensa de lecturas, debates, homenajes y recorridos culturales. Para



Carmen Conde (1966). Archivo ABC.

Dulce María Loynaz, el Segundo Congreso de Poesía significó su integración definitiva en un espacio literario peninsular que la reconocía no solo como poeta de prestigio, sino como presencia intelectual imprescindible en la conversación hispánica de mediados del siglo XX.

Cóctel en el Ritz

Tras el Congreso de Poesía, el matrimonio Álvarez-Loynaz emprendió un recorrido que los llevó por Galicia y luego, como cada año, a Tenerife, donde celebraron un verano especial. Esta vez invitaron a Carmen Conde y a su esposo, el poeta Antonio Oliver, quienes compartieron con ellos la rutina luminosa del Puerto de la Cruz, los paseos por el Taoro y las sobremesas en las que la literatura —como siempre— servía de puente entre islas, afectos y épocas. Después continuaron viaje hacia San Sebastián, ciudad que Dulce María apreciaba por su mezcla de elegancia señorial y

clima amable, y finalmente regresaron a Madrid en septiembre.

El 22 de ese mes, la pareja organizó un cocktail en el gran salón del hotel Ritz, un espacio que ya empezaba a convertirse en parte del imaginario social ligado a la presencia de Dulce María en España. Las crónicas registran un ambiente animado, cosmopolita, repleto de escritores, críticos, diplomáticos y curiosos atraídos por la figura de aquella cubana que se movía con la misma naturalidad entre poetas que entre ministros o aristócratas.

La periodista Josefina Carabias describió la reunión con una metáfora inolvidable: «un arca de Noé literaria», pues —decía— había «una pareja de poetas de cada especie». Allí estaban los amigos de siempre: Gerardo Diego, figura clave de la Generación del 27; Bartolomé Mostaza, el periodista que había seguido de cerca la trayectoria española de la poetisa; José López Rubio, dramaturgo y guionista de humor finísimo; Melchor Fernández Almagro, historiador y crítico reputado; además de Carmen Conde y Antonio Oliver, inseparables en aquellos meses de itinerancia compartida. También asistieron editores, profesores universitarios, pintores y varias figuras de la diplomacia hispanoamericana, que ya veían en Loynaz una embajadora natural de la cultura cubana.

Pero quien acaparó la atención de la noche fue Carmen de Icaza, octava baronesa de Claret, una de las escritoras más populares de la posguerra española. Icaza era un fenómeno editorial. Sus novelas rosas —entre ellas *Cristina Guzmán, profesora de idiomas*— se vendían por decenas de miles. Josefina Carabias subraya en *Informaciones* que la baronesa solía colocar 30.000 ejemplares de salida, una cifra astronómica para la época, que la convirtió en un símbolo de éxito masivo y, a la vez, en blanco frecuente de condescendencias literarias.

En medio del bullicio elegante del Ritz, un joven poeta se acercó a Icaza y, con cierta solemnidad, le dijo que él escribía para minorías. La baronesa, sin perder su mezcla característica de ironía y encanto, le respondió:

> Ay, hijo, así empecé yo... pero tuve la mala suerte de que se me volvieran mayorías.

La frase, celebrada por los asistentes, condensaba la tensión —siempre viva— entre literatura «pura» y literatura «popular», y ofrecía un contrapunto humorístico en una velada donde convivían estéticas, generaciones y ambiciones muy distintas.



Carmen de Icaza. Nicolás Muller. Archivo Regional de Madrid.

Para Dulce María, aquella noche servía para reafirmar su lugar en la escena literaria madrileña y comenzar a hacerlo como si estuviera en su propia casa. Sus poemas, su presencia y —pronto— la publicación de *Poemas sin nombre* iban tejiendo un vínculo cada vez más profundo entre la escritora y España.

Alcalá, 93

El 12 de octubre, Día de la Hispanidad, Dulce María Loynaz ofreció un recital poético en la sede de la Fundación Universitaria Española (FUE), ubicada en el número 93 de la calle Alcalá.

El edificio que la acogió esa tarde era la antigua casa-palacio de don Federico Ortiz, un elegante inmueble del barrio de Salamanca proyectado por el arquitecto Santiago Castellanos Urízar y levantado a principios del siglo XX. Su fachada conserva la solemnidad de la arquitectura

burguesa madrileña de principios de siglo, con líneas clasicistas y detalles ornamentales que ya anuncian la transición hacia el modernismo. En aquellos salones —hoy todavía sede de la Fundación Universitaria Española— convivían retratos ilustres, escaleras de mármol y una atmósfera de sobriedad intelectual que armonizaba con la presencia de la poetisa cubana.

La FUE, creada en 1930 y reactivada tras la Guerra Civil, funcionaba como puente entre la universidad, el humanismo y la política cultural del Estado. Allí solían celebrarse conferencias, ciclos de poesía y homenajes a figuras de relieve.

El recital reunió a profesores, escritores, funcionarios y miembros de la élite cultural madrileña. Como en otras lecturas suyas en España, bastó su voz —contenida, transparente, rigurosa— para que el público quedara suspendido en el ritmo de sus poemas.

Restaurante Lhardy

Con motivo de la publicación de *Poemas sin nombre*, un grupo de amigas madrileñas de Dulce María Loynaz decidió organizar un homenaje íntimo y solemne en uno de los escenarios más emblemáticos de la vida social y literaria de la capital: el restaurante Lhardy. Situado en la Carrera de San Jerónimo, número 8 —a pocos pasos de la Puerta del Sol y del Congreso de los Diputados—, el célebre establecimiento no se ha movido de sitio desde que abrió sus puertas en 1839 bajo la dirección del cocinero franco-suizo Emilio Huguenin.

Lhardy fue desde el siglo XIX un símbolo de modernidad y refinamiento. Introdujo innovaciones gastronómicas en la ciudad, pero también usos sociales novedosos: fue uno de los primeros restaurantes madrileños que permitieron la entrada de mujeres solas, abriendo así un espacio público inédito para ellas. Sus salones, con espejos, cortinas y vajillas que sobrevivieron a varias épocas, fueron frecuentados por Azorín, Galdós, Cánovas, Sagasta, diplomáticos, aristócratas y tertulianos de generaciones enteras. Allí convivían los aromas del cocido madrileño y la repostería clásica con debates literarios y maniobras políticas.

El lunes 19 de octubre de 1953, unas treinta mujeres se reunieron en Lhardy para honrar a la poetisa cubana, en un almuerzo que se convirtió en una instantánea del vigor intelectual femenino en la España de los años 50. Entre las asistentes estuvieron figuras centrales de la literatura y la cultura: Carmen Conde; la novelista gallega Elena Quiroga, futura académica de número de la RAE; la narradora y periodista Isabel de Ambia; la prolífica y popular Carmen de Icaza; la novelista Elena Soriano; la joven poeta gaditana Pilar Paz; Gloria Fuertes, ya con una voz inequívocamente propia; la poeta vasca Ángela Figuera Aymerich; la pintora y poeta Sofía Morales; y Mercedes Formica, abogada, ensayista y pionera en las reclamaciones jurídicas en favor de la mujer. Todas ellas trazan un mapa coral y sorprendentemente diverso de la autoría femenina en los años cincuenta.

Aunque Concha Espina no pudo asistir a causa de su avanzada edad y su ceguera, envió una carta que emocionó a la homenajeada. Allí escribía:

> Todo el Madrid literario te felicita por tus mágicos *Poemas sin nombre*, ya nombradísimos entre los mejores lectores de España, esta nación tan orgullosa de tu acento íntimo y entrañable, como ninguna otra voz de mujer en el orbe universal de nuestro egregio idioma.

Lo que Concha Espina desconocía —y quizá nunca llegó a saber— es que en aquellos días Dulce María realizaba discretas gestiones para lograr que su nombre fuera propuesto al Premio Nobel. Solo tres días después del homenaje, Loynaz escribió a Gabriela Mistral, con un ruego tan audaz como sincero:

> Algo más grande voy a pedir yo... El año pasado le pedí que, haciendo uso del derecho que le da ser Vd. un Premio Nobel, solicitara el mismo para Concha Espina. [...] Yo repito mi ruego: pídalo para Concha Espina, que lo merece. [...] ¡Sería el único modo de iluminarle su larga noche, Gabriela!

Pero aquel gesto noble sería también, de manera paradójica, una de las causas del desencuentro que poco después quebró la relación entre ambas escritoras.

Gabriela Mistral

Aquel año, tras el regreso de Loynaz a La Habana, Gabriela Mistral se alojó en la casa de Dulce María y Pablo Álvarez de Cañas. Pero lo que comenzó como una hospitalidad generosa terminó en conflicto. En una carta dirigida a la escritora ecuatoriana Adelaida Velasco Galdós, Mistral relata que Loynaz la echó sin una palabra de explicación al octavo día y sugiere que la invitación había tenido como propósito obtener su voto para la candidatura de Concha Espina al Nobel. A esto añadía otras razones: diferencias ideológicas («son franquistas de vocación y yo detesto las dictaduras»), así como incomodidades prácticas debido a la presencia —según ella— de un marido muy grosero.

La versión de Dulce María, sin embargo, es muy distinta. En una carta enviada a Aldo Martínez Malo, la poetisa describe a Mistral como una invitada impertinente y difícil, y afirma que la gota final fue que prefiriera ir a la playa con la periodista Mariblanca Sabás Alomá en lugar de asistir al almuerzo formal preparado en su honor, con la presencia del embajador de Chile:

> Que nos pusiera en ridículo, a mi marido y a mí, era algo que ya se pasaba de la raya.

La cubana dejó entonces una nota en la habitación de la invitada para evitar un enfrentamiento directo.

La ruptura con Gabriela Mistral dejó en Dulce María una huella de desasosiego que nunca cicatrizó del todo. Fue la propia Loynaz quien lo confirmó años más tarde, evocando la reacción de la Nobel chilena tras el incidente habanero:

> El incidente dio lugar a que ella mandara a quitar de un libro, que ya estaba impreso, la dedicatoria que me había hecho, lo que representó un duro trabajo para los impresores.

Mucho tiempo después —cuando la distancia temporal ya afinaba su conciencia moral—, Loynaz volvería sobre el episodio en una carta dirigida a quien sería su confidente y albacea, Martínez Malo, y que fue publicada póstumamente en *Cartas que no se extraviaron*. Allí reconoce, con



Gabriela Mistral. Gerardo Contreras. Archivo Regional de Madrid.

una honestidad que la honra, que ninguna de las dos salió indemne del desencuentro:

> Después he meditado mucho en su conducta y en la mía, sobre todo en la mía... la nota dejada en su cuarto es la que me mantiene todavía pesarosa. Procedí, no lo niego, en un momento de violencia provocado por ella pero de violencia al fin, y en esos momentos no se suele ser justo.

Poemas sin nombre

El cuarto libro de Dulce María Loynaz apareció finalmente en Madrid bajo el sello de Ediciones Aguilar, en una cuidada edición de tapa dura que se vendía a 40 pesetas. Para la poetisa, que siempre publicó con reticencia y solo cuando sentía terminada una etapa espiritual, este volumen marcaba el cierre de una década de maduración interior. *Poemas sin nombre* era la decantación extrema de una poética que, desde *Versos*, había ido desprendiéndose de adornos para buscar el hueso luminoso de la palabra.

La recepción crítica fue inmediata y elogiosa. En *Ya*, Bartolomé Mostaza escribía el 25 de octubre:

> Dulce María es tan femenina en la intensidad de su emoción, que no puede ser más que poeta entero y verdadero, poeta en nominativo, es decir: poeta por sí y sin ganga de circunstancias ni declinación de casos.

Unos días después, el 29, Concha Castroviejo —una de las voces más agudas del periodismo cultural español— afirmaba:

> Si Dulce María no hubiera escrito más que este libro, sería por él lo que ya es a través de otras obras: alta y limpiamente poeta.

Y el 8 de noviembre, en las páginas de *ABC*, Melchor Fernández Almagro añadía un elogio comparable al que había dedicado un año antes a *Jardín*:

> La riqueza de matices de *Poemas sin nombre* denota la penetración de Dulce María Loynaz hasta el fondo de las cosas. Gusta del detalle revelador, y por él llega a efectos de extraordinario alcance, como la llama azul de uno de sus poemas, tan tenue que pudiera apagarla la brisa, y que bastó para incendiar el bosque.

Más allá de estos entusiasmos, la crítica coincidía en subrayar un rasgo decisivo del libro: la configuración de un yo femenino trascendente, no limitado a lo doméstico ni a la sentimentalidad privada, sino proyectado hacia una región metafísica de asombro, entrega y desposesión. En *Poemas sin nombre* la experiencia espiritual no nace de la sumisión, sino de un sujeto que se afirma y se borra a la vez; una voz que se sabe frágil, pero que asume su fragilidad como vía de conocimiento.

La escritura de Loynaz alcanza aquí uno de sus momentos más depurados. El despojamiento verbal es radical. Desaparecen los arabescos modernistas de su juventud y asoma en cambio una palabra desnuda, casi ascética, que avanza en líneas breves y encendidas. El poema es una brasa mínima, sostenida por silencios. De ahí que muchos críticos hayan visto en este libro la cima de su poesía esencial.

Esa desnudez no excluye, sin embargo, la tensión. La poeta interpela a la divinidad con un fervor que no rehúye la violencia interior, como en uno de los pasajes más memorables del volumen:

> Poesía, bestia divina y salvaje… cuándo podré marcarte las ancas de mis hierros.

Con este libro, Loynaz confirmó para la crítica española —y muy pronto para la latinoamericana— que su obra no seguía escuelas ni generaciones, sino que pertenecía a esa rara estirpe de voces solitarias que construyen un mundo propio. *Poemas sin nombre* fue, en este sentido, una consagración y la entrada definitiva de la cubana en la tradición mayor de la poesía en español.

IV. *UN VERANO EN TENERIFE* (1958)



Un verano en Tenerife. Ed. Aguilar, 1958.

Los trasatlánticos Vera Cruz y Santa María

El 21 de julio de 1958, Dulce María Loynaz volvió a divisar las costas de Canarias desde la borda del trasatlántico portugués Vera Cruz. Al día siguiente, la prensa tinerfeña anunciaba la llegada del buque y destacaba entre los pasajeros ilustres «a nuestro distinguido paisano y prestigioso periodista Pablo Álvarez de Cañas y a su esposa, la ilustre poetisa Dulce María Loynaz». Los aguardaban en el puerto el cónsul de Cuba, Carlos González Martínez, representantes del Ayuntamiento, miembros de círculos culturales y periodistas tinerfeños. Aquella recepción solemne abría su cuarto y último verano en las islas, uno que ya no entraría en su libro *Un verano en Tenerife*, concluido meses antes en la finca habanera de Las Mercedes.

El Vera Cruz era propiedad de la Companhia Colonial de Navegação. Era un coloso de casi 186 metros de eslora y más de 20.000 toneladas de registro, con capacidad para unos 1.300 pasajeros. Dos turbinas y dos hélices le permitían mantener una velocidad de crucero cercana a los 20 nudos, suficiente para preservar la dignidad del viaje marítimo cuando el avión comenzaba ya a disputar al océano su antigua soberanía.

Desde Lisboa, el Vera Cruz cubría rutas regulares hacia América del Sur y la costa occidental africana, con escalas en Canarias convertidas, con el paso de los años, en pasarela de la emigración hacia Venezuela y Brasil. Cuando el barco fondeaba frente a Santa Cruz, el muelle se colmaba de familias en busca de un nombre entre la multitud y de curiosos que acudían a ver llegar el mundo cada domingo.

En 1958, Dulce María era ya una figura entrañable para Tenerife, Hija Adoptiva del Puerto de la Cruz desde 1951, que regresaba a la isla donde había vivido «un tiempo feliz, una pasión sin barreras», frase con la que definió después el espíritu de *Un verano en Tenerife*. La prensa anunciaba que la poetisa dedicaría sus días a corregir las pruebas del libro, cuya publicación por Aguilar estaba prevista para finales de octubre. Loynaz donaría el 10 % de sus derechos de autor al hospital de niños de Santa Cruz, y junto a su esposo ofrendaría al templo de la Virgen de la Peña de Francia cuatro grandes ánforas y una araña de plata.

El verano los llevó luego a Lanzarote y La Graciosa. De paso por Las Palmas de Gran Canaria —ciudad que Dulce María admitió no haber visitado antes— se hospedaron en el hotel Santa Catalina. Acudían invitados por el presidente del Cabildo Insular y recorrieron edificios públicos, así como el cementerio de Vegueta, donde la poetisa depositó flores en la tumba del poeta modernista Tomás Morales.

En Las Palmas ofreció dos conferencias de especial resonancia. La primera, «Las tres primaveras de Arcediano», pronunciada el jueves 18 de septiembre en el Patio de Armas de la Casa de Colón, evocaba al primer historiador canario. La segunda, «Gabriela y Lucila», dedicada a la memoria de Gabriela Mistral —fallecida un año antes—, se impartió el viernes 19 en el Museo Canario. La crónica local señala que recibió «una salva de aplausos» y que su intervención fue grabada y transmitida en diferido por la radio.

De regreso a Tenerife, Dulce María y Pablo embarcaron en el Santa María, gemelo del Vera Cruz, rumbo a la península. El 3 de octubre llegaron a Vigo, donde subieron a saludarlos el cónsul cubano Aníbal Santana y su esposa, Ana Vignier, portando un ramo de claveles. La prensa gallega también se interesó por la distinguida visitante. Pablo, siempre dado a la opinión enfática, elogió ante el cónsul la situación económica bajo Fulgencio Batista en Cuba —habló del túnel de La Habana, de sus 40 millones de dólares de coste, y del porvenir de la ciudad como «el Montecarlo del Caribe»—. Dulce María, en cambio, prefirió referirse a *Un verano en Tenerife*, y cuando le preguntaron si se trataba de novela o ensayo, respondió con su habitual claridad: «Es un estudio espiritual».

A mediados de octubre, los periódicos madrileños ya seguían cada uno de sus pasos. Llegaba desde una Cuba convulsa, al borde de su gran fractura histórica, hacia una tierra que se había convertido en su segunda casa y su principal ventana hacia el mundo.

La casa de Hermosilla, 8

En una tarjeta postal conservada hoy en el archivo de la Real Academia Española, Dulce María Loynaz comunica a su amigo Melchor Fernández Almagro un cambio significativo en sus costumbres madrileñas:

> Estimado amigo, por unos días hemos estado en Madrid, y mañana nos vamos para París, pero estaremos de regreso en los primeros días de noviembre. Esperamos para entonces tener el gusto de verlo en esta, su casa, Hermosilla número 8, donde hemos tomado el segundo piso para pasar todo ese mes.

Aunque el documento no está fechado, todo indica que fue escrito en octubre de 1958. La referencia a «esta, su casa» revela que, por primera vez, Dulce María y Pablo decidieron instalarse en un piso madrileño, y no en el hotel Ritz, su hospedaje habitual desde hacía más de una década. El gesto sugiere un deseo de permanencia mayor que en viajes anteriores, quizás incluso la ilusión de una vida madrileña más reposada, sostenida por amistades fieles y por el prestigio literario que Loynaz ya había consolidado en España.

La certeza de que el piso estaba ocupado en noviembre la ofrece la prensa. El día 2, la periodista Ángeles Villarta la entrevistó allí para el diario *Madrid*. El artículo menciona el azul de las tapicerías y los «graciosos grupos de porcelana», descripciones que dialogan con la fotografía tomada por Santos Yubero. Se trataba de una estancia luminosa, decorada con un refinamiento clásico y sereno, reconocible para quienes conocían la predilección de Loynaz por los objetos delicados y por la elegancia doméstica.



Dulce María Loynaz. Martín Santos Yubero. Archivo Regional de Madrid.

A diferencia del Ritz —espacio transitorio y hotelero, por más que lo frecuentaran como si fuera una prolongación natural de sus viajes—, el piso de Hermosilla ofrecía un escenario más íntimo para la pareja, donde podían trabajar, recibir a los periodistas con cierta familiaridad y organizar reuniones más recogidas.

En esta ocasión viajaron además con Puchita, la perrita que acompañaba a la poetisa desde los años cuarenta y que ya era protagonista de anécdotas madrileñas desde 1947. Puchita aparece mencionada por Villarta como parte inseparable de la Loynaz, una presencia cálida que la escritora llevaba consigo en sus paseos por las calles del barrio de Salamanca.

El piso de Hermosilla 8 funcionó durante aquel otoño como un discreto centro de operaciones. Allí la prensa madrileña acudía para entrevistarla, allí llegaban las notas de felicitación y las cartas relacionadas con la inminente salida de *Un verano en Tenerife*, y allí prepararon también un cocktail con el que celebrarían la presentación del libro. Todo parece indicar que ese segundo piso no fue solo una escala práctica, sino un lugar en el que la poetisa pudo experimentar, por un breve periodo, la sensación de tener un pequeño hogar madrileño, un refugio desde el cual seguir escribiendo y respondiendo al afecto que España le ofrecía en uno de los momentos más intensos y luminosos de su carrera.

Instituto de Cultura Hispánica

El 5 de noviembre de 1958, Dulce María Loynaz llenaba el salón-teatro del Instituto de Cultura Hispánica, donde fue invitada a leer uno de los capítulos de *Un verano en Tenerife*. El Instituto, inaugurado el 12 de octubre de 1951 en la Ciudad Universitaria, había sido diseñado como emblema arquitectónico de la política cultural del franquismo hacia Hispanoamérica. Se trataba de un edificio moderno, de líneas sobrias, destinado a conferencias, cursos, exposiciones y actos diplomáticos. Su dirección exacta correspondía a la actual Avenida de los Reyes Católicos, en el distrito de Moncloa-Aravaca.

El salón-teatro —auténtico corazón del Instituto— era un espacio multifuncional, con un escenario elevado y una acústica estudiada para recitales, charlas y representaciones. Allí desfilaron, durante los años

cincuenta, escritores, diplomáticos, hispanistas y delegaciones culturales de medio mundo. Aquella tarde, la prensa subrayó el lleno absoluto y calificó la lectura de Loynaz como «un éxito rotundo». No era para menos: *Un verano en Tenerife* venía precedido por el prestigio que Aguilar había dado a su obra, y por la curiosidad que despertaba la voz femenina más personal de la poesía cubana.

Presidió el acto el encargado de negocios de Cuba, Francisco Valdés Gómez, quien asistía en nombre del gobierno de Fulgencio Batista. Solo dos meses después, la figura del diplomático quedaría atrapada en el torbellino político que transformó la historia cubana. Pero en noviembre de 1958 nada hacía presagiar, al menos en la superficie, esa inminente fractura. Valdés Gómez escuchaba a la poetisa como representante legítimo de su país, en un salón lleno de madrileños que celebraban la claridad, el perfecto uso del castellano y la hondura espiritual del capítulo leído.

El propio Valdés Gómez desempeñaría después un papel clave —y desesperado— en la crisis diplomática desencadenada en Madrid tras el triunfo del castrismo. Dos meses después, la representación cubana en Madrid viviría un terremoto. El mismo funcionario que presidía aquel acto quedaría arrastrado por la crisis diplomática del cambio de régimen.

Su presencia en el acto de noviembre, sin embargo, pertenece a un tiempo suspendido, casi ingenuo in extremis: el último otoño de Batista, el último viaje europeo de Dulce María antes de la gran ruptura histórica. Nadie en el salón-teatro —ni el diplomático, ni los escritores presentes, ni la propia poetisa— podía imaginar que en cuestión de semanas la política cubana trastocaría no solo el mapa diplomático, sino el propio destino de todos los habitantes de su isla.

En la mesa, junto a Valdés Gómez, se encontraban dos figuras importantes del hispanismo franquista: Blas Piñar, director del Instituto de Cultura Hispánica, quien veía en Loynaz una encarnación perfecta de la «comunidad espiritual» entre España y Cuba; y José María Souvirón, director de *Cuadernos Hispanoamericanos* y uno de los críticos que más apoyó la proyección de la literatura latinoamericana en la España de posguerra.

El público, numeroso y atento, escuchó a Dulce María leer con esa voz tenue y firme que tanto impresionó en sus recitales de 1947, 1951 y 1953. Leyó sobre el verano tinerfeño, sobre el mar y la luz de las islas, sobre ese espacio donde la realidad parecía suspenderse en un tiempo distinto. Algunos asistentes comentaron que el texto tenía el clima poético de *Jardín*, pero con una transparencia nueva.

Dos meses después, Cuba sería otra. Pero aquella tarde, en la avenida de los Reyes Católicos, todavía existía un lugar donde la poesía podía leerse al margen de la historia —o, quizá, en el borde exacto donde la historia está a punto de quebrarse—.

La Casa Marbel

El modisto español de alta costura Eusebio Roca Oller (1902–1969), conocido profesionalmente como Marbel, fue una figura destacada dentro de la moda española de posguerra, un creador de silencios elegantes y líneas depuradas que supo abrirse paso en un panorama dominado por nombres como Asunción Bastida, Pedro Rodríguez o Manuel Pertegaz. Con taller en Madrid desde 1942 —en la entonces llamada calle Lista, número 25, hoy Ortega y Gasset— Marbel alcanzó notoriedad gracias a un estilo que conjugaba la sobriedad española con ecos de la alta costura parisina, y a una clientela fiel que lo convirtió en uno de los modistos predilectos de la aristocracia madrileña.

Su trayectoria, sin embargo, no se limitó a España. Durante los años cincuenta, Marbel siguió el camino que ya habían explorado Christian Dior o Pierre Balmain, viajando a La Habana, capital mundana del Caribe, cuya vida social ofrecía entonces una de las plazas más activas y cosmopolitas del continente. La élite habanera —marcada por la influencia norteamericana, el gusto europeo y un poder adquisitivo excepcional— se había convertido en destino obligado para los grandes nombres de la costura internacional.

Su primer viaje a Cuba fue exitoso, pero el salto definitivo ocurrió en diciembre de 1955, cuando inauguró su propia Casa Marbel en La Habana, instalada en una elegante residencia del Vedado. La recepción fue fastuosa, fiel a la costumbre del modisto de convertir cada inauguración en un acto social cuidadosamente coreografiado. La anfitriona de la noche fue la esposa del ministro de la Marina, lo que añadió un toque de protocolo a una velada donde confluyeron diplomáticos, empresarios, artistas y lo más distinguido de la sociedad capitalina. Entre los invitados figuraba Dulce María Loynaz, presencia habitual en los grandes acontecimientos



Marbel atendiendo a sus clientas. Nicolás Muller. Archivo Regional de Madrid.

culturales de la ciudad, desde su matrimonio con Pablo, aunque siempre desde la discreción de quien observa más de lo que exhibe.

La relación entre Marbel y la poetisa se consolidó a partir de entonces. Tres años más tarde, durante el viaje de Loynaz a Madrid en 1958, el modisto quiso corresponder a la cortesía recibida en La Habana. Para ello organizó un cóctel en honor de la escritora y de la reciente aparición de su libro *Un verano en Tenerife*. El encuentro tuvo lugar el 12 de noviembre en la sede madrileña de la Maison Marbel, en calle Lista, número 25, espacio que el modisto había ampliado y modernizado tras su éxito en Cuba. Aquella casa de costura, de salones luminosos y estilo afrancesado, funcionaba como un punto de encuentro entre clientas, artistas y cronistas de sociedad; en sus probadores se decidían tendencias, y en sus salones se fraguaban alianzas culturales y amistosas.

La prensa elogió el encuentro. César González-Ruano escribió en la revista ilustrada *Blanco y Negro*:

> ¿Sería excesiva frivolidad decir que lo intelectual empieza, entre nosotros, a estar de moda? Alta costura... Alta literatura. Gracias a Marbel ya no tenemos que ir a París para ver estas cosas.

La presencia de Loynaz en Marbel también hablaba de la profunda afinidad entre dos artes: la costura y la poesía. Como en sus versos, en los vestidos de Marbel hay un parentesco de esencialidad, una tensión entre lo clásico y lo moderno, entre la contención y el gesto audaz.

Un verano en Tenerife

Aunque *Un verano en Tenerife* pertenece en apariencia al género de los libros de viaje, Dulce María Loynaz rechazaba que se lo tratara como un folleto turístico o una guía sentimental. No estaba dispuesta a que lo encasillaran como novela, ensayo o crónica: para ella era, ante todo, un estudio espiritual, una exploración lírica de la tierra de su esposo y, también, la prolongación secreta de su luna de miel canaria, vivida lejos del ruido político que habitaba La Habana y Madrid.

En entrevistas cercanas a la publicación del libro, la poetisa declaró:

> Mis otros libros han sido más descarnados, más abstractos o impresionistas. A este he querido darle amenidad; que el lector perciba, desde las primeras páginas, todo el hechizo de estas tierras, el mismo que me impulsó a escribir.

La primera chispa nació en Valldemossa, en Mallorca. Durante una visita a la Cartuja, Dulce María vio en una vidriera un ejemplar de *Un invierno en Mallorca* de George Sand —seudónimo de Amantine Aurore Dupin—, el célebre relato en que la escritora francesa narra su estancia con Frédéric Chopin entre 1838 y 1839. A Loynaz le fascinó compro-

bar que los mallorquines veneraban un libro lleno de críticas durísimas hacia la isla. Pero Sand había logrado convertir Mallorca en un símbolo cultural europeo. Su prestigio, sumado al genio musical de Chopin, transformó Valldemossa en un enclave romántico, un santuario literario y musical al que acudían lectores, viajeros y amantes del arte.

Inspirada por esa paradoja —la de un libro que hiere pero revela, que incomoda pero ilumina—, Loynaz confesó:

> Con la natural diferencia que existe entre aquella gran novelista y yo, desearía que *Un verano en Tenerife* sirviera para que un gran número de lectores amaran como yo esas islas maravillosas.

La acogida del libro fue inmediata y extraordinaria. A mediados de noviembre de 1958, la crítica española coincidía en subrayar la singularidad de su voz y la hondura con que había logrado «entrañarse» con la isla.

El crítico Federico Carlos Sainz de Robles, en *Madrid*, escribía:

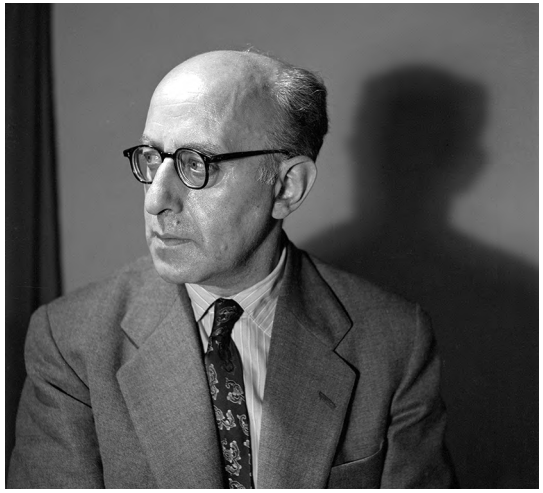
> Mujer cubana impar que solo responde a las lunas —huyendo de los soles— tropicales. [...] ¡Qué gran triunfo el de esta gran poetisa el identificarse con una tierra que le fue extraña hasta hace pocos años! ¿Cómo saldará Tenerife la impagable deuda que tiene pendiente con Dulce María Loynaz?

Para Melchor Fernández Almagro, la obra era doblemente valiosa:

> Poemática, en primer término, y en alto grado, pero utilísima en cuanto es capaz de llevarnos allí y de conducirnos a lo largo de las costas y tierra adentro.

Bartolomé Mostaza, en *Ya*, fue aún más certero en el análisis de su arquitectura interna:

> El defecto de que, a veces, se resiente el relato actual (o su limitación literaria) es escribir a lo que salga, sin previa armazón interna del asunto, sin un previo proyecto o arquitectura. En *Un verano en Tenerife*, a pesar de su contenido itinerante, tan propicio al vagabundeo y al inconexo decir narrativo, la materia se ordena y densifica.



Federico Carlos Sainz de Robles (1953). Nicolás Muller.
Archivo Regional de Madrid.

Uno de los logros esenciales de *Un verano en Tenerife* es su capacidad de convertir un paisaje concreto en una experiencia interior. Loynaz afila aquí un registro más sereno, más transparente que en sus libros anteriores, con una prosa que tiende al despojamiento, que evita el exabrupto lírico y que apuesta por una sugerencia tenue, envolvente, casi musical.

No se trata de describir playas, montes o ciudades, sino de atrapar la vibración espiritual de la isla, la luz que asciende por las laderas del Teide, la respiración lenta de los pueblos costeros, la intensidad emocional de un paisaje que para ella estaba ligado al amor, a la memoria y al descanso.

Un verano en Tenerife fue, en definitiva, su libro más amado y más secreto, el único donde la poeta se permitió —sin perder una brizna de rigor estético— una alegría contenida, un humor delicado y una ternura que rara vez asoma en su obra mayor.

Cóctel en Hermosilla, 8

Las casas de Dulce María Loynaz —ya fuera la casona de Calzada o la de 19 y E, en La Habana— tendían de manera natural a convertirse en lugares de reunión, en salones donde convivían la literatura, la diplomacia y la vida social. El piso de la calle Hermosilla 8, en el Madrid de 1958, no fue una excepción. Aquel segundo piso del barrio de Salamanca asumió durante unas semanas la función que antes habían cumplido sus hogares habaneros: la de espacio hospitalario donde la poesía se mezclaba con la conversación y el afecto.

El 16 de noviembre, la prensa madrileña reseñó con entusiasmo el exquisito cóctel que Dulce María y Pablo Álvarez de Cañas ofrecieron para celebrar la aparición de *Un verano en Tenerife*. Según la periodista Ángeles Villarta, el salón —decorado con tapicerías azuladas y delicados grupos de porcelana— se transformó durante unas horas en un mapa vivo de la cultura española de finales de los años cincuenta, un punto de convergencia donde coincidieron trayectorias, generaciones y sensibilidades diversas.

Asistieron, como era natural, los amigos de siempre: Carmen Conde y Antonio Oliver, Melchor Fernández Almagro, Bartolomé Mostaza y Pablo Corbalán, nombres inseparables de la historia madrileña de Loynaz desde sus primeras visitas. Pero aquella noche el salón de Hermosilla reunió también a figuras procedentes de otros ámbitos del saber y del prestigio social. Entre ellas destacaba la condesa de Campo Alange, Mercedes Gaibrois de Ballesteros, medievalista eminente y una de las primeras mujeres académicas de la Real Academia de la Historia, cuya presencia confería al encuentro un aire de legitimidad intelectual y noble distinción. Junto a ella, el marqués de Santo Floro aportaba la continuidad de una familia históricamente vinculada al mundo editorial y a la cultura oficial.

En el ámbito académico e institucional sobresalía la figura de Justo García-Valgoma, jurista y archivero mayor de la Real Academia de la Historia, autoridad indiscutida en materia de documentación histórica y nobiliaria. Se sumaban los catedráticos José María Carrión, especialista en literatura del Siglo de Oro, y Emilio Corral, filólogo y conferencista habitual del Instituto de Cultura Hispánica. Su asistencia confirmaba que la recepción de Loynaz desbordaba el círculo estrictamente poético y alcanzaba los territorios del prestigio universitario y erudito.

La dimensión literaria del encuentro era, sin embargo, el corazón de la velada. Por el salón de Hermosilla pasaron voces fundamentales de la poesía española del siglo XX, representantes de distintas generaciones y estéticas: Leopoldo Panero, figura central de la poesía arraigada; Luis Rosales, autor de *La casa encendida*; José García Nieto, fundador de *Garcilaso*; y José Hierro, ya entonces poeta de referencia, dueño de una palabra tensa y existencial. Junto a ellos, José María Souvirón actuaba como puente entre España e Hispanoamérica, en su condición de director de *Cuadernos Hispanoamericanos* y defensor temprano de la literatura latinoamericana.

El panorama se ampliaba con la presencia de poetas vinculados a la corriente social y a otras sensibilidades contemporáneas: Gabriel Celaya, Carlos Murciano y Ricardo Molina, así como críticos y mediadores culturales como Joaquín Alvareda, Francisco Lázaro y José Luis Cano, director de la influyente revista *Ínsula*. La escena se completaba con un grupo significativo de escritoras, editoras y periodistas —Concha Lagos, Amparo Gastón, Felisa Sanz, Eugenia Serrano, la propia Ángeles Villarta y Eulalia Galvarriato— que daban cuenta del papel cada vez más visible de la mujer en la vida cultural madrileña.

El conjunto de voces reunidas aquella noche componía una imagen poco frecuente: poetas arraigados y desarraigados, clasicistas y renovadores, críticos, editores, académicos y nobles ilustrados, todos bajo el mismo techo. Convocados no por una estrategia ni por un protocolo oficial, sino por la presencia de una escritora cubana que, sin una obra extensa ni estridencias públicas, había logrado ganarse en España un respeto sólido y transversal.

En el salón de Hermosilla 8, *Un verano en Tenerife* celebraba su salida al mundo, y Dulce María Loynaz confirmaba, una vez más, que su lugar en la cultura española era ya el de una voz íntima, reconocida y necesaria.

Pocos días después, casi los mismos nombres volvieron a reunirse en el restaurante El Cuatro, en la calle del Buen Suceso, para despedirla con una comida discreta. Nadie podía prever entonces que la vida de Dulce María Loynaz estaba a punto de entrar en una pausa larguísima y casi invisible, ni que para muchos de los presentes aquel sería el último encuentro en persona con la poetisa.

V. EL ÚLTIMO VIAJE (1993)



Dulce María Loynaz en el patio de su casa.
Fondo Centro Cultural Dulce María Loynaz

La llegada a Madrid

El 19 de abril de 1993, a las 8:30 de la mañana, después de treinta y cinco años de ausencia, Dulce María Loynaz volvió a pisar suelo español. Tenía noventa años y viajaba para recibir, cuatro días más tarde, el Premio Cervantes correspondiente al año 1992, el mayor reconocimiento de las letras hispánicas. Su arribo a Madrid simbolizaba la recuperación internacional de una figura que había permanecido oculta durante décadas en Cuba y cuyo nombre había resurgido del silencio absoluto y con sorpresa, como subrayó la prensa española cuando el jurado anunció un fallo que contradecía todas las quinielas.

Loynaz llegó en un vuelo de Iberia acompañada por una delegación cultural cubana —a la que algunos diarios llamaron, con ironía, «el séquito»— integrada por Miguel Barnet, poeta y diputado; Lisandro Otero,

escritor y académico; Pablo Armando Fernández, novelista y miembro del jurado del Cervantes; y Eusebio Leal, historiador de La Habana y director del Museo de la Ciudad. Viajaban también Cleva Solís, poeta cercana al grupo *Orígenes* y responsable de coordinar las exposiciones oficiales dedicadas a la premiada; Carlos Barbáchano, agregado cultural de la Embajada de España en La Habana, que acompañaba institucionalmente el viaje; así como Isolia de Aragón, médica personal de Loynaz, encargada de asistirla durante toda su estancia.

A pesar de su edad y del desgaste físico visible, la autora de *Jardín* rechazó la silla de ruedas que le ofrecieron en la pista. Descendió del avión por su propio pie, vestida enteramente de negro, con guantes de seda y un largo abrigo que reforzaba su aura de elegancia antigua. Caminó erguida, del brazo de Federico Ibáñez, director general del Libro, quien subió a la escalerilla para recibirla oficialmente en nombre del Ministerio de Cultura. Al pie del avión la aguardaba además un grupo de diplomáticos cubanos encabezados por el embajador Luis Méndez Morejón.

En la sala de autoridades, Loynaz respiró el aire frío de la mañana madrileña. Interrogada por un periodista sobre si el clima podría afectarle, respondió con ironía caribeña y un guiño de lucidez que pasó de inmediato a las crónicas:

> Hay un dicho en Cuba que dice: «El aire de Madrid no apaga una vela, no apaga un candil, pero apaga una vida en un dos por tres».

La frase, repetida de periódico en periódico, funcionó como declaración de humor, fragilidad y temple. A continuación añadió otra confesión, recogida ampliamente por la prensa:

> A pesar de haber pasado tantos años, no he olvidado España.

La imagen de la poetisa avanzando lentamente por el pasillo de Barajas —rodeada de escritores, diplomáticos, funcionarios y fotógrafos— contrastaba con la reclusión casi absoluta en la que había vivido durante más de tres décadas en su casa de 19 y E, en El Vedado. Aquel momento, largamente aplazado por la historia, abría la etapa final de la vida de Dulce María Loynaz: la de la restitución pública y el reconocimiento internacional definitivo.

Un largo exilio interior

Entre 1959 y 1992 la vida de Dulce María Loynaz transita del silencio casi absoluto a la consagración internacional. Es el periodo en que su biografía se roza más dolorosamente con la política cubana y, al mismo tiempo, aquel en que el propio Estado que la marginó termina por exhibirla como uno de sus grandes emblemas culturales.

En 1959 ingresa como miembro de número de la Academia Cubana de la Lengua, justo cuando el nuevo gobierno revolucionario comenzaba a intervenir o reorganizar todas las instituciones culturales. La Academia —heredera de la tradición republicana e integrada por figuras ajenas al comunismo— quedó pronto bajo sospecha. Con el avance de los sesenta perdió sede, apoyo y visibilidad, hasta rozar la desaparición. En respuesta, Loynaz trasladó la institución a su casa de E y 19, en El Vedado, convirtiéndose en su custodia moral y material. Allí se conservaron archivos, se celebraron reuniones discretas y se mantuvo el vínculo con la Real Academia Española.

El distanciamiento entre la poetisa y el poder se agudizó con su enfrentamiento con Nicolás Guillén, figura central del sistema cultural revolucionario, quien defendía la subordinación de la Academia a las nuevas instituciones del Estado. Loynaz, contraria a firmar manifiestos políticos o a convertir la entidad en brazo cultural del gobierno, defendió su autonomía literaria. Aquella discrepancia marcaría su posición pública durante décadas.

A los conflictos externos se sumaron pérdidas íntimas: la muerte del padre en 1963, la de su hermano Enrique en 1966 y la de Carlos Manuel en 1977. A ello se añadió la larga separación de su esposo, Pablo Álvarez de Cañas, quien salió al exilio en 1961. Vivieron apartados más de diez años, hasta que él regresó en 1972, ya enfermo; y murió en 1974. La muerte de Flor, en 1986, cerró un ciclo familiar decisivo.

La represión contra la escritora no se limitó al silencio editorial. Según testimonios publicados fuera de Cuba, a comienzos de los sesenta el gobierno prohibió la entrada en la isla de *Un verano en Tenerife*. Las denuncias anónimas en el Comité de Defensa de la Revolución (CDR) en su cuadra —que la acusaban de pertenecer a una pandilla de batistianos— motivaron registros policiales en su domicilio durante las décadas de 1960 y 1970. Los agentes buscaban joyas o divisas; lle-

garon a destruir su caja fuerte «a mandarriazos», encontrándola vacía. Esas irrupciones llevaron a Loynaz a quemar buena parte de su correspondencia, temerosa de que cayera en manos de la Seguridad del Estado.

El hostigamiento más brutal llegó durante el éxodo del Mariel, en 1980, cuando un grupo de vecinos —azuzados por el presidente del CDR local— organizó un acto de repudio frente a su casa, lanzando piedras y huevos y gritando «gusanas» y «apátridas». Pese a ello, se negó a abandonar Cuba. Su respuesta —«quien tiene que irse es el hijo de quien quería que siguiera siendo colonia»— resume su concepción del arraigo y su rechazo a legitimar con su salida un régimen con el que nunca simpatizó. La crítica reciente ha llamado a este largo periodo su «exilio interior».

A finales de los años sesenta comenzaron a articularse los vínculos que propiciaron el redescubrimiento de Dulce María Loynaz dentro de Cuba. Artistas e intelectuales de Pinar del Río —en especial Aldo Martínez Malo— la visitaban con frecuencia, impulsándola a retomar la escritura y el diálogo intelectual. De ese intercambio surgieron obras esenciales como *Cartas que no se extraviaron*, *Confesiones de Dulce María Loynaz* y *Fe de vida*, mientras la provincia se convertía en su segundo territorio simbólico.

Aunque su poesía seguía prácticamente oculta en la Isla, su nombre reaparecía en el ámbito hispánico: en 1968 fue elegida miembro correspondiente de la Real Academia Española y, en 1970, reconocida formalmente como «individuo suyo»; antologías como *Once grandes poetisas americohispanas* de Carmen Conde volvieron a situarla en el mapa literario internacional.

Ya en los años ochenta, el Estado cubano emprendió una rehabilitación pública de su figura. Recibió la Distinción por la Cultura Nacional (1981) y la Medalla Alejo Carpentier (1982); volvió a publicar en revistas oficiales; en 1985 apareció *Poesías escogidas* y *Bestiarium*; y entre 1987 y 1988 obtuvo el Premio Nacional de Literatura y la Orden Félix Varela, que sellaron su retorno al canon institucional como «gran dama de la cultura revolucionaria».

La reactivación editorial —con *Poemas náufragos* y *La novia de Lázaro* en 1991, además de antologías en España— consolidó definitivamente esa restitución, que cristalizó también en la creación del Centro Hermanos Loynaz en Pinar del Río (1990) y en el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de La Habana (1991). Con todo, entre 1959 y 1992, la escritora transitó del silencio vigilado a la consagración oficial sin renunciar jamás a su ética íntima ni a la libertad espiritual que sostuvo incluso en sus décadas más oscuras.

Los 38 candidatos al Premio Cervantes 1992

En la carrera hacia el Cervantes de 1992, casi todas las quinielas comenzaban por dos nombres españoles: Camilo José Cela, el eterno nominado, y Miguel Delibes. Ambos eran pilares indiscutibles de la narrativa en castellano, con obras clásicas, prestigio internacional y una trayectoria que los convertía en aspirantes naturales al galardón. Si el jurado deseaba mirar hacia América Latina, el favorito era Mario Vargas Llosa, figura central del *boom* y competidor habitual en todos los premios mayores. Y si la apuesta se inclinaba por reconocer a una mujer, la mayoría de las previsiones señalaba a Rosa Chacel, novelista y ensayista de la generación del 27, cuya coronación con el Cervantes muchos consideraban una deuda histórica.

Más allá de estos nombres de primera línea, la nómina española de aquel año era excepcionalmente densa. Competían también Odón Betanzos Palacios —poeta, narrador y académico que tendía puente entre España y Estados Unidos—; Julián Marías, gran ensayista y heredero intelectual de Ortega; Pedro Laín Entralgo y Rafael Lapesa, figuras mayores de la filología y el pensamiento humanista; el arabista Emilio García Gómez; el poeta Félix Grande; el narrador Juan Marsé, uno de los grandes retratistas de la posguerra; y el entonces relativamente joven Antonio Muñoz Molina, representante de una nueva generación ya instalada en el canon.

Entre los candidatos latinoamericanos, el Cono Sur aparecía particularmente bien representado. Argentina presentaba a Enrique Anderson Imbert, crítico y narrador de larguísima trayectoria; al poeta Ricardo Molinari; y a Olga Orozco, una de las grandes voces líricas del siglo XX. Uruguay apostaba por Mario Benedetti, poeta, narrador y ensayista de enorme popularidad, frecuente en las listas de candidatos. Desde Paraguay llegaban Elvio Romero y Josefina Plá, figuras esenciales para comprender la poesía y el teatro paraguayos. Chile aportaba una terna de

lujo: José Donoso, uno de los nombres fuertes del *boom*; Jorge Edwards, novelista y memorialista; y el poeta Juvencio Valle. Panamá competía con Rogelio Sinán, narrador y poeta; y Colombia con Jorge Rojas, una de las voces líricas más relevantes de su generación. En conjunto, aquella constelación reflejaba la amplitud de tradiciones narrativas y poéticas del sur del continente.

Los países andinos, caribeños y centroamericanos completaban el mapa. De Perú —y ya también de España— venía Vargas Llosa, el gran nombre de la terna latinoamericana. Venezuela presentaba a Arturo Uslar Pietri, figura central de su narrativa y ensayismo; al poeta Luis Pastori; y a Pascual Venegas Filardo. Puerto Rico acudía con Juan Avilés Medina y Francisco Matos Paoli; Bolivia con el narrador Augusto Guzmán Martínez y el historiador Gunnar Mendoza Loza; Costa Rica con Alberto Cañas Escalante —escritor, periodista y político— junto al poeta Roberto Murillo Zamora. México se hacía presente con Juan José Arreola, maestro del cuento y de la prosa breve; y la República Dominicana sumaba a Antonio Fernández Spencer y al narrador y político Juan Bosch.

Y para el final quedaban los cubanos, cuya presencia adquiría un peso singular en 1992. Aspiraban al premio Guillermo Cabrera Infante, narrador transgresor y figura emblemática del exilio; Eliseo Diego, uno de los grandes poetas de la isla; y Dulce María Loynaz.

El jurado

En el jurado que otorgó el Cervantes a Dulce María Loynaz solo figuraba un cubano, el escritor Pablo Armando Fernández, designado por el presidente de la Agencia Española de Cooperación Internacional. Loynaz llegaba a 1992 con dos nominaciones previas. La primera, en 1984, cuando la Real Academia Española presentó su candidatura; ese año el premio recayó en Juan Carlos Onetti. Su nombre volvió a considerarse en 1987, en una edición especialmente competida que finalmente distinguió a Carlos Fuentes.

Podría decirse que en 1992 todos los ojos del mundo miraban hacia España. Ese año se conmemoraba el V Centenario del viaje de Cristóbal Colón; Barcelona acababa de albergar los Juegos Olímpicos; y el cine español celebraba el Oscar concedido a *Belle Époque*, de Fernando Trueba.

El jurado de aquel año estaba integrado por Francisco Ayala (ganador de la edición anterior), Luis Jaime Cisneros (Academia Peruana de la Lengua), Rosa Montero, Eduardo Mendoza y Manuel Alvar. Participaban también, con voz pero sin voto, Federico Ibáñez, director general del Libro, y Magdalena Vinent Gener, directora del Centro de las Letras Españolas. La decisión llegó tras nueve rondas de votación, un indicio claro de la complejidad de aquel fallo.

En su ensayo *Vargas Llosa: el vicio de escribir*, el novelista y periodista J. J. Armas Marcelo relata que, estando en Nueva York, recibió una llamada de Santiago Castelo, subdirector de *ABC*, quien le transmitía los rumores que circulaban por los círculos literarios y periodísticos: «Vete preparando una tercera sobre Mario», le aconsejó. Más tarde, ese mismo día, Castelo —que se encontraba en Cuba— volvió a telefonearlo: «Oye, que no, que se lo han dado a Dulce María Loynaz, la cubana. ¿Quieres escribir una tercera sobre ella?». Armas Marcelo prefirió abstenerse.

La polémica

Cuando el jueves 5 de noviembre de 1992 se anunció el fallo del Premio Cervantes, el asombro fue inmediato. El galardón recaía en una cubana de 89 años que llevaba más de tres décadas sin salir de su isla y también —prácticamente— sin salir de su casa. La prensa no cuestionaba el valor literario de su obra, pero sí las razones de una decisión calificada por unos de tardía y por otros de sorprendente.

El Mundo describió el silencio que siguió al anuncio. Los periodistas revisaron sus papeles de prensa para recomponer la biografía de la premiada. En *Ya* se recordaba que la reacción había sido distinta en ediciones anteriores: esta vez no hubo prisas por dar la exclusiva, ni comentarios inmediatos, ni siquiera murmullos. Un desconcierto palpable ocupó el lugar del entusiasmo.

Pero aquella pausa inicial no tardó en encender la polémica. Todos los caminos críticos volvían al mismo punto: Camilo José Cela, «relegado por enésima vez», «permanente olvido», «eterno aspirante». Aunque ya había obtenido el Premio Nobel en 1989, la prensa sostenía que el Gobierno español «no quería premiarlo» con el Cervantes. Su nombre, repetían, estaba vetado por el Ministerio de Cultura. Cela reunía todos

los grandes galardones, pero el Cervantes se le escapaba una y otra vez. Algunas crónicas atribuían ese bloqueo tanto a su pasado vinculado al franquismo como a sus frecuentes provocaciones públicas. Muy citada fue su frase, tras no recibir el Cervantes luego del Nobel, de que el premio estaba «desprestigiado y cubierto de mierda». Esos factores alimentaron la percepción de un veto político y personal que, real o no, se mantuvo en el imaginario hasta que el Cervantes le fue concedido, finalmente, en 1995.

El día 6 de noviembre, en *El País*, Miguel García-Posada escribía:

> La concesión del Premio Cervantes a Dulce María Loynaz es, como mínimo, una sorpresa. Supongo, o quiero suponer, que en tal concesión han influido más las implicaciones académicas y culturales de la autora que su bien conocido disentimiento del régimen castrista. Si esta hubiera sido la causa, se le habría hecho un flaco favor a la literatura y a la política.

El 7 de noviembre, *El Mundo* titulaba con estridencia: «El Cervantes devaluado», cuestionando que un jurado de tercera había premiado a una escritora de segunda. El periódico *Ya* se sumaba a la tendencia en los titulares: «Nadie cree en el prestigio del Cervantes».

En *Ideal*, Pedro Villalar escribía ese mismo día:

> La concesión del Cervantes a la poetisa cubana Dulce María Loynaz es, al mismo tiempo, una memez y una burla a la inteligencia. Esa señora, que escribió hace años un libro cursi y sin mérito alguno llamado *Jardín*, no tiene obviamente culpa alguna de la sinrazón de nuestros próceres políticos con pretensiones literarias. El mero fallo demuestra que la literatura y la burocracia no tienen ninguna conexión.

En *ABC*, Jaime Campmany publicó el 10 de noviembre:

> A mí Dulce María Loynaz me parece un vestigio enternecedor, algo así como un cachivache lírico que a Fidel Castro se le ha olvidado hacer añicos.

Incluso hubo sátira en verso. En *Ya* apareció esta décima:

> Resulta una triste suerte
> que el jurado del Cervantes
> premie, entre los aspirantes,
> al más cercano a la muerte.
> Pues el público no advierte
> que la elección fue fugaz;
> y aunque diga el suspicaz
> que otro se lo merecía,
> es de Dulce la poesía
> de María de Loynaz.

Consultada sobre el fallo, Rosa Chacel fue tajante: «No puedo decir nada, porque no la conozco y nunca he leído nada de ella». Juan Carlos Onetti, otro de los candidatos, lo calificó de desconcertante.

El desconcierto tenía también consecuencias comerciales. La editorial Anaya reconocía no tener ningún título de Loynaz en catálogo y Aguilar admitía haber perdido los derechos por el largo periodo sin reediciones.

Algunos lectores reaccionaron indignados ante la crueldad manifiesta de algunos artículos contra la poetisa. Josefina R. de Domínguez envió una carta a *ABC* lamentando las descalificaciones que había leído en otro diario. En su misiva decía:

> La señora Dulce María Loynaz no era «una cubanita de los 40 que paseaba por Madrid con los dólares de Batista». La familia Loynaz del Castillo no necesitaba y menos aún gozaba de los dólares batistianos. Hay que subrayar el siempre alto y digno compromiso político y social de tan gentil señora.

Muchos años después, el diplomático Carlos Barbáchano Gracia evocaría, en el homenaje por el centenario de la autora en Casa de América, el «supino despiste de muchos plumíferos —más o menos oficiales— al rasgarse las vestiduras» por haber premiado a «una muerta en vida».

La reacción de los cubanos

En La Habana, donde la ideología penetraba todos los ámbitos con una intensidad desconocida en otros países hispanohablantes, también se jugaba su propia partida en torno al Premio Cervantes de 1992. Las instituciones culturales del régimen seguían con atención —y no poca inquietud— cualquier posibilidad de que un cubano del exilio se alzara con el galardón. El precedente de Gastón Baquero, ganador del Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1988, aún irritaba a los comisarios culturales de la Isla. Más aún lo hacía la noticia, conocida con anticipación por los servicios de inteligencia, de que un enemigo declarado de la Revolución, Guillermo Cabrera Infante, figuraba ese año entre los candidatos al Cervantes.

Para neutralizar ese riesgo, La Habana optó por impulsar la candidatura de Eliseo Diego, poeta, narrador, ensayista, figura clave del grupo Orígenes y Premio Nacional de Literatura en 1986. Era una apuesta sólida y prestigiosa que el aparato cultural podía respaldar sin fisuras.

Pero la historia —como revela Alejandro González Acosta en La Dama de América— seguía un curso distinto. El biógrafo y académico, amigo cercano de Dulce María, aporta un dato crucial: «Algo que ha sido silenciado y ocultado es que la propuesta del Premio a Dulce María no salió de Cuba, sino de México». González Acosta reconstruye la compleja red de afectos, circunstancias y coincidencias que hicieron posible el resurgimiento de una autora que en su propio país estaba «más que olvidada, totalmente apartada y segregada».

Esa red tuvo dos figuras decisivas y disímiles. Por un lado, Lucía Sardiñas, funcionaria del Comité Central, mulata de la vieja guardia revolucionaria, movida por una auténtica admiración literaria. Fue ella quien facilitó la publicación de las *Memorias de la guerra*, de Enrique Loynaz del Castillo, padre de la poetisa. Por otro lado, Eulalio Ferrer, exiliado republicano español afincado en México, empresario, filántropo y apasionado promotor cultural. Ferrer descubrió a Dulce María gracias a un cuaderno editado por González Acosta en la UNAM en 1991. Su reacción fue inmediata: «Es maravillosa esta Dulce… y tiene que recibir el Premio Cervantes».

Decidido, viajó a España para promover la candidatura, apoyado en su amistad con el diplomático Inocencio Arias, ministro para Iberoamérica.

Según González Acosta, fue Arias quien finalmente «propuso, persuadió a los jurados y logró que ese año Dulce María fuera honrada con el premio más importante de la lengua española».

A las once y media del 6 de noviembre de 1992, en su palacete de El Vedado, sonó el teléfono. Al otro lado de la línea, el ministro español de Cultura, Jordi Solé Tura, le comunicó oficialmente que el Premio Cervantes era suyo. Dulce María, con lucidez y sobriedad, condensó el significado de aquel instante:

> Este premio es para mí como una resurrección: yo era una mujer que ya había entrado en la noche.

Las felicitaciones no tardaron. Entre los primeros en presentarse estuvieron Rafael Dezcallar de Mazarredo, encargado de negocios de la Embajada de España; Waldo Leyva, presidente de la UNEAC; Miguel Barnet; Alicia Alonso; y Armando Hart, entonces ministro de Cultura.

Pero el entusiasmo también se encendió fuera de Cuba. Desde Madrid, Gastón Baquero celebró el fallo:

> El hecho de que la Loynaz no sea una «vedette» dice mucho en favor de la objetividad literaria del jurado. (…) Es un espíritu rebelde y vigoroso, puede ser suave como terciopelo, pero… lanza sus quejas metafísicas y sus hondos dolores desde la cólera y la rebeldía, no desde la mansedumbre.

Guillermo Cabrera Infante escribió en *El País* el 6 de noviembre:

> Es una poetisa considerable, con muchos años de ejercicio, casi secretamente. Es una elección acertada… Me alegro muchísimo por ella, en la medida que puede paliar su completo aislamiento en La Habana.

Desde Miami, la poeta Uva Clavijo afirmó:

> Representa lo mejor de la cultura cubana en estos años en que, habiendo permanecido en su país, ha sabido mantener una línea ausente de servilismo y plena dignidad.

El 4 de diciembre de 1992, el embajador Gumersindo Rico ofreció un homenaje en la sede diplomática española en La Habana.

Dulce María —que no era ni tan dulce ni tan María, pero sí profundamente Loynaz— tenía ahora los micrófonos del mundo pendientes de cada palabra. El escritor y periodista Santiago Castelo, también miembro de la Academia Cubana de la Lengua y amigo cercano de la poetisa, la describió con certera precisión: «una dama de hierro con guantes de terciopelo».

En el homenaje por su centenario en Casa de América, Castelo añadió una anécdota reveladora: tras conocerse el fallo del Cervantes, Fidel Castro envió a Dulce María una caja de bombones. «El comandante me ha enviado unos bombones», le dijo ella con humor. Y añadió, después de una pausa teatral: «No estaban envenenados».

La Residencia de Estudiantes

El alojamiento previsto para la estancia de Dulce María Loynaz y sus acompañantes en Madrid fue la Residencia de Estudiantes, situada en el entorno de la llamada Colina de los Chopos. Su dirección principal es la calle Pinar, número 21, con accesos también por Serrano y en proximidad inmediata al antiguo Instituto-Escuela y a varios centros del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Fundada en 1910, la Residencia había sido concebida como un espacio educativo y humanista, inspirado en los *colleges* británicos, donde convivían estudiantes, científicos, artistas y escritores. Por sus habitaciones habían pasado figuras decisivas de la cultura española del siglo XX, como Federico García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Luis Buñuel, Salvador Dalí, Rafael Alberti, entre muchos otros. No era, por tanto, un lugar ajeno a la memoria literaria de Loynaz, sino un escenario cargado de resonancias personales y generacionales.

Las cinco habitaciones asignadas en 1993 a la escritora y a su comitiva conservaban el mobiliario tradicional del centro: cama, escritorio, butaca, lámpara de lectura y estantería. La Residencia había privilegiado siempre la sobriedad y la intimidad intelectual frente al confort hotelero. Incluso tras su rehabilitación, en los años noventa, mantenía deliberadamente ese carácter austero, casi monástico.



Residencia de estudiantes. Luis García.

El mismo día de su llegada, el ministro de Cultura, Jordi Solé Tura, la visitó en la habitación 302. Era un espacio pequeño y luminoso, adecuado para la conversación reposada y el recogimiento. Pero Dulce María, casi ciega y dominada por la nostalgia del Madrid que había conocido en los años cuarenta y cincuenta, expresó su deseo de alojarse en un lugar donde pudiera sentir la ciudad a través del rumor de la calle, del tránsito y de los sonidos urbanos.

La prensa atribuyó la iniciativa de abandonar la Residencia al llamado séquito. *Diario 16* deslizó una crítica velada: «No entraremos en calificar la argucia de algunos acompañantes de Dulce María Loynaz», dando a entender que Miguel Barnet había insistido especialmente en el traslado al Ritz, invocando tanto la alta categoría del Premio Cervantes como los recuerdos madrileños de la escritora.

Aquella primera noche durmieron en la Residencia mientras se gestionaba una solución alternativa. El hotel Ritz manifestó de inmediato su disposición a acoger de nuevo a la ilustre huésped —a la que conocía

bien de sus estancias anteriores—, pero en esos días no disponía de habitaciones libres. Hubo que buscar, por tanto, otra opción.

Finalmente se consiguió alojamiento en el hotel Wellington, uno de los establecimientos emblemáticos de la hotelería madrileña del siglo XX. Inaugurado en 1952 y situado en la calle Velázquez, número 8, en pleno barrio de Salamanca, el Wellington había sido durante décadas un hotel de referencia para diplomáticos, escritores, ministros y delegaciones oficiales. Su cercanía a El Retiro y al eje institucional del Paseo del Prado lo convertía en un enclave estratégico, asociado a un lujo sobrio y discreto, más clásico que ostentoso.

El día 20 se trasladaron allí Dulce María Loynaz y cinco de sus acompañantes, mientras Carlos Barbáchano y Cleva Solís permanecieron en la Residencia de Estudiantes.

La rueda de prensa

El 21 de abril, Dulce María Loynaz ofreció una rueda de prensa en la sala de actos del Ministerio de Cultura. La aguardaban periodistas, escritores y funcionarios. La poetisa se aseguró de que nadie la viera en una silla de ruedas. Compareció erguida, dueña de una lucidez intacta, capaz de desplazarse con naturalidad de la poesía a la política, del periodismo a la cocina doméstica, sin perder nunca el pulso ni el humor fino que la caracterizaba.

La prensa subrayó el contraste entre su fragilidad física y la firmeza de su palabra. Menuda, vestida de negro, llevaba como único adorno unos discretos peinecillos antiguos de concha que apenas sostenían las hebras canas. Su primera respuesta tranquilizó —al menos momentáneamente— a parte de su acompañamiento, consciente de que, según las reglas no escritas de la política cultural cubana, aquel séquito cumplía una doble función: acompañar y vigilar. Preguntada por su sensación de libertad en Madrid, respondió sin vacilación:

> Siempre me he sentido libre en todas partes.

En la mesa presidencial se encontraban el subsecretario de Cultura, Santiago de Torres, y Federico Ibáñez, director general del Libro. Intervinieron también el periodista Santiago Castelo, subdirector de *ABC* y muy cercano a la poetisa; así como Teodosio Fernández, catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad Autónoma de Madrid, quien afirmó:

> Este premio nos ayuda a recuperar una escritora profundamente nuestra, y que durante décadas creíamos perdida.

Loynaz habló del periodismo y de su paso esporádico por ese oficio, atraída por la «letra de molde escrita con tinta de historia sin secar». Se refirió también a la doble vida del poeta, escindido entre la exigencia de los versos y la vulgaridad inevitable de la existencia cotidiana, porque «las mariposas no se comen».

El momento de mayor tensión llegó cuando se le preguntó si firmaría algún documento público solicitando el fin del llamado «bloqueo», en alusión al embargo estadounidense contra Cuba. La respuesta desató todos los temores de quienes la rodeaban:

> Yo nunca suscribiría nada público, pues tengo mis propios sentimientos y les doy su valor; aunque generalmente no los comparto. Yo no creo tanto —y esta es una opinión que tal vez no deba dar— en ese bloqueo. Creo que no tenemos bastante dinero para importar. El problema no está fuera, sino en nosotros mismos.

Al día siguiente, *ABC* recogía que Pablo Armando Fernández y Miguel Barnet estaban «visiblemente nerviosos e incómodos ante el cariz político de sus declaraciones». Y la inquietud creció cuando la poetisa expresó su deseo de improvisar el discurso de aceptación del Premio Cervantes, consciente de que medio mundo estaría pendiente de cada palabra. A partir de ese momento resultó evidente que, desde La Habana, comenzaría a operar una silenciosa estrategia de persuasión para impedirlo.

Visitas en el hotel Wellington

Durante su estancia en el Hotel Wellington, Dulce María Loynaz recibió el 21 de abril a Fernando Lázaro Carreter, entonces director de la Real Academia Española. El encuentro, de carácter privado y deliberadamente discreto, se mantuvo al margen del intenso protocolo público que rodeaba los días previos a la entrega del Premio Cervantes. La visita, realizada en nombre de la RAE, era un reconocimiento explícito a una obra que había terminado por ocupar un lugar central en la tradición literaria en lengua española.

Especialmente emotiva fue también la visita que recibió al día siguiente, 22 de abril, por parte del alcalde de Beasain, José Luis Arreola, quien acudió acompañado por la concejala de Cultura. Arreola le obsequió dos tomos de la revista *Beasain Festivo*, gesto que devolvió a la poetisa al recuerdo de aquel viaje temprano realizado en 1927 junto a su familia, cuando rastreaban el origen vasco del apellido Loynaz.

Alcalá de Henares

El 23 de abril de 1993, en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, tuvo lugar la ceremonia oficial de entrega del Premio Cervantes 1992 a Dulce María Loynaz. Los Reyes llegaron a las doce del mediodía en helicóptero, aterrizando en el campo de fútbol Felipe de Lucas, en el paseo de las Moreras, vestidos de riguroso negro por el reciente fallecimiento de don Juan de Borbón, padre del Rey.

A la espera de los monarcas se encontraban Jordi Solé Tura, ministro de Cultura; Joaquín Leguina, presidente de la Comunidad de Madrid; y Florencio Campos, alcalde de Alcalá. Dulce María Loynaz había llegado al recinto media hora antes, trasladada en una ambulancia. Fue conducida en silla de ruedas, acompañada en todo momento por su médica personal.

En su discurso, reproducido ampliamente por la prensa, Juan Carlos I presentó a Loynaz como una autora de profunda filiación hispánica y pronunció una frase que quedaría como emblema de aquella mañana: la llamó «esta gran dama de América», subrayando su pertenencia plena al espacio común de la lengua.



Francisco Ayala. Miguel Berrocal. Archivo ABC.

El momento más esperado del acto llegó con el discurso de aceptación. Pero, como muchos ya sospechaban, Dulce María no lo leyó personalmente. La lectura estuvo a cargo de Lisandro Otero, a quien la prensa identificó como su gran amigo. La elección sorprendió a no pocos intelectuales del exilio cubano, que recordaban cómo, en años de hostilidad ideológica, Otero había sido uno de sus detractores más ásperos. Más allá de esa paradoja, el texto se concentraba en una reflexión moral y humanista sobre la literatura cervantina, exaltando la risa como fuerza capaz de hermanar a los hombres incluso en la adversidad.

Uno de los pasajes más comentados evocaba un episodio casi novelesco protagonizado por su padre, el general Enrique Loynaz del Castillo, quien durante la guerra de independencia había requisado un libro al enemigo español. Aquel libro resultó ser *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, convertido así en una tradición compartida que atravesaba la historia y la violencia.

Al acto no pudo asistir Francisco Ayala, ganador de la edición anterior, que se encontraba de viaje. Sí estuvieron presentes, en cambio, tres galardonados con el Cervantes: Gonzalo Torrente Ballester, Antonio Buero Vallejo y Rafael Alberti. A la salida, ante la insistencia de los periodistas en el patio de la Universidad, Alberti dejó una de esas frases destinadas a sobrevivir al acto: «Me parece muy bien que les den un premio a los poetas que lo merecen; a los que no, que les den una patada en el culo».

Por primera vez en la historia del galardón se colgó una medalla al premiado, iniciativa que se mantendría en ediciones posteriores. La entrega, que coincide cada año con el Día del Libro, no incluyó en esta ocasión el tradicional encuentro de los Reyes con los intelectuales, debido al luto oficial. No obstante, finalizado el acto académico, Dulce María y sus acompañantes pasaron a un salón anexo al paraninfo, donde mantuvieron una entrevista privada con los monarcas.

Con aquel reconocimiento, Loynaz se convertía en la decimoctava ganadora del Premio Cervantes, la segunda mujer en obtenerlo y la segunda figura cubana en recibirlo, después de Alejo Carpentier. El círculo, largamente demorado, quedaba así formalmente cerrado.

Despedida de Madrid

Tras la ceremonia del Cervantes, la estancia de Dulce María Loynaz en Madrid se prolongó hasta el 2 de mayo de 1993. Fueron días de homenajes discretos, atención médica y actos culturales medidos con cuidado, en consonancia con su edad y su frágil estado de salud, pero también con la voluntad expresa de la escritora de no desaparecer del espacio público antes del regreso definitivo a Cuba.

El 27 de abril fue examinada por un equipo médico del Hospital Universitario La Paz, que evaluó la posibilidad de una intervención quirúrgica de cataratas. La poetisa había perdido casi por completo la vista, y aquella consulta —más clínica que protocolaria— introducía una nota de vulnerabilidad física. La decisión final quedó en suspenso, pero el episodio recordaba hasta qué punto aquel viaje era, también, una carrera contra el tiempo.

Lejos de replegarse, Loynaz mantuvo su presencia intelectual. El lunes siguiente, a las ocho de la noche, participó en una lectura de sus poemas en la Residencia de Estudiantes de Madrid. En paralelo, la Universidad de Alcalá de Henares inauguró la exposición *Dulce María Loynaz y la ciudad de las columnas. La ciudad de La Habana vista por sus pintores*, concebida como complemento visual y cultural a la concesión del premio. La muestra, abierta hasta el 14 de mayo, reunía obras de destacados pintores cubanos.

La exposición iniciaba además un recorrido itinerante por Oviedo, Santiago de Compostela y Cádiz, prolongando en el tiempo y el espacio españoles la presencia simbólica de la escritora y de la cultura cubana que representaba. Cuando Dulce María abandonó Madrid, lo hizo con la certeza —difícilmente imaginable meses antes— de haber recuperado un lugar que nunca había dejado de pertenecerle. Regresaba a Cuba no solo como la autora premiada, sino como una figura restituida a la historia literaria en español, después de décadas de silencio, resistencia y fidelidad a sí misma.

Dulce María Loynaz murió en La Habana en la madrugada del 27 de abril de 1997, en la misma casa de la esquina de 19 y E, en El Vedado, donde había transcurrido buena parte de su vida adulta y donde había resistido todas las tormentas de casi un siglo de existencia. Tenía 94 años.

La noticia de su fallecimiento fue recibida con sobriedad oficial y con una emoción más honda —y menos ruidosa— en los círculos literarios que habían seguido su lenta restitución pública. En esa casa, que había sido refugio, archivo y frontera, se apagó una de las voces más singulares de la lengua española.

El sepelio tuvo lugar en la mañana del día siguiente y fue despedido por Roberto Fernández Retamar, Salvador Bueno y Aldo Martínez Malo, quienes subrayaron, cada uno desde su registro, la dimensión ética y literaria de una obra construida al margen de modas, consignas y poderes. No hubo grandilocuencias, como en su escritura, predominó la contención. Dulce María Loynaz había atravesado el siglo fiel a una idea de la poesía como ejercicio de libertad interior, y murió —como vivió— sin concesiones, dejando una obra breve, intensa y radicalmente personal, destinada a sobrevivir al ruido de su tiempo.

«Yo no me he propuesto escribir una obra maestra de la literatura» —dijo en su libro *Fe de vida*—. «Me conformo con haberla vivido».



Dulce María Loynaz. Centro Cultural Dulce María Loynaz.

CRONOLOGÍA

1902 Nace el 10 de diciembre en La Habana, en la calle Prado número 4. Es la primogénita del general de brigada del Ejército Libertador Enrique Loynaz del Castillo y de María de las Mercedes Muñoz Sañudo. La inscriben como María Mercedes, aunque pronto la llaman Dulce María.

1903 La familia se muda a los altos de la casa situada en San Rafael y Amistad, en Centro Habana.

1904 Nace su hermano Enrique, el 5 de abril.

1906 Nace su hermano Carlos Manuel, el 3 de agosto. Ese mismo año, durante la Guerrita de Agosto, su padre participa en el alzamiento contra la reelección de Tomás Estrada Palma.

1908 Nace su hermana Flor, el 11 de octubre.

1910 Viaja con su familia a México, donde su padre se desempeña como embajador.

1918 Se divorcian sus padres, poco después de aprobarse en Cuba la Ley del Divorcio.

1919 Publica en *La Nación* los poemas «Invierno de almas» y «Vesperal», con nota de Osvaldo Bazil. Escribe los *Diez sonetos a Cristo*. Integra una pequeña orquesta familiar con sus hermanos y primos, en la que toca el piano.

1920 Conoce al periodista canario Pablo Álvarez de Cañas, quien comienza a cortejarla, aunque sus padres se oponen. Viaja con su familia a Estados Unidos. Emilio Bobadilla (Fray Candil) comenta un poema suyo en la sección «Palpitaciones europeas» del periódico El Mundo.

1921 La revista de la *Asociación Femenina de Camagüey* publica los Sonetos a Cristo bajo el título «El poema de Cristo».

1923 Se muda con su madre y sus hermanos a la casa de Calzada 1105, en El Vedado.

1926 Es incluida en *La poesía moderna en Cuba (1882-1925)*, de Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro.

1927 Obtiene el doctorado en Derecho Civil por la Universidad de La Habana. Escribe *Bestiarium*. Viaja a Beasain para conocer el origen vasco del apellido Loynaz.

1928 Inicia la escritura de su novela *Jardín*, de la cual hará siete copias. Tiene ya elaborados algunos poemas de *Poemas sin nombre*. José Manuel Carbonell la incluye en *La poesía lírica en Cuba*.

1929 Viaja con su madre y hermanos por Turquía, Siria, Libia, Palestina y Egipto. En Luxor redacta *Carta de amor al rey Tut-Ank-Amen*.

1930 Llega a Cuba Federico García Lorca. Se inicia su amistad con la familia Loynaz; el poeta visita casi a diario la casona de El Vedado.

1934 Carmen Conde publica en *España del lírico epistolario dormido. Carta a la poetisa cubana Dulce María Loynaz*.

1935 Concluye su novela *Jardín*.

1936 Juan Ramón Jiménez, acompañado de Zenobia Camprubí, visita con frecuencia la casa de los Loynaz durante su estancia en La Habana.

1937 Contrae matrimonio con su primo Enrique de Quesada y Loynaz, el 16 de diciembre. Publica «Canto a la mujer estéril» en la *Revista Bimestre Cubana*. Juan Ramón Jiménez la incluye en *La poesía cubana en 1936*.

1938 Publica *Versos 1920-1938* en La Habana. Ofrece un recital en Pro-Arte Musical. Aparece *Canto a la mujer estéril* en edición independiente.

1942 Juan Ramón Jiménez publica una semblanza suya en la revista *Sur* (Buenos Aires).

1943 Se divorcia de Enrique de Quesada y Loynaz, el 4 de noviembre.

1944 El Colegio Nacional de Abogados le otorga la Orden González Lanuza.

1946 Viaja por Sudamérica y escribe crónicas para *El País*. Conoce a Juana de Ibarbourou. Contrae matrimonio con el periodista canario Pablo Álvarez de Cañas el 8 de diciembre. Se instala en la casa de 19 y E, en El Vedado.

1947 Recibe la Orden Nacional Carlos Manuel de Céspedes. Publica *Juegos de agua* en Madrid y es condecorada con la Cruz de Alfonso X el Sabio. Ofrece recitales en el Ateneo de Madrid y en la Universidad Central. Se publica en Tenerife la segunda edición de *Versos 1920-1938*.

1948 Escribe crónicas para *El País* firmadas por su esposo. La Universidad de La Habana le rinde homenaje. Ofrece lecturas en el Ateneo y en el Lyceum Lawn Tennis Club. Es nombrada miembro de honor de la Asociación Internacional de Poesía (Roma). Publica *Las cuatro estaciones de San Martín de Loynaz*.

1950 Es designada miembro de honor del Instituto de Cultura Hispánica. Pronuncia conferencia en el Lyceum. Publica el artículo «Las corridas de toros en Cuba».

1951 Es electa miembro de la Academia Nacional de Artes y Letras. Viaja a Europa. Publica en Madrid su novela lírica Jardín. Es nombrada Hija Adoptiva del Puerto de la Cruz. Pronuncia «Mujer entre dos islas» en el Ateneo de La Laguna. Participa en la Bienal Iberoamericana de Arte. Ofrece en Madrid la conferencia «El último rosario de la reina».

1952 Es invitada por la Universidad de Columbia a dictar conferencias. En La Habana habla sobre Avellaneda y Rafael Marquina.

1953 Participa en el II Congreso de Poesía en Salamanca, presidido por Azorín, donde es vicepresidenta. La Universidad de Salamanca le ofrece la cátedra de Fray Luis de León para dictar «La influencia de los poetas cubanos en el Modernismo». Publica *Carta de amor a Tut-Ank-Amen* y *Poemas sin nombre*. La Real Academia Gallega celebra una sesión en su honor. Realiza actividades para reivindicar el nombre de Avellaneda para el Teatro Nacional. Junto a Gabriela Mistral se presenta en el Ateneo de La Habana. Publica en *Orígenes*.

1954 Durante todo el año publica en *Excelsior* y *El País* sus series «Crónicas de ayer» y «Entre dos primaveras».

1955 Es nombrada académica correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo (Málaga). Se publica en Madrid *Obra lírica*.

1956 Ingresa como miembro de número en la Academia de Artes y Letras con la conferencia «Ausencia y presencia de Julián del Casal».

1957 Lee su conferencia «Gabriela y Lucila» en el Lyceum de La Habana.

1958 Viaja nuevamente a España. Publica en Madrid *Un verano en Tenerife* y el poema «Últimos días de una casa». Dicta conferencias en La Habana, Madrid y Canarias. Traduce *Poemas sin nombre* al inglés y al francés.

1959 Es electa miembro de número de la Academia Cubana de la Lengua. Una calle de Santa Cruz de Tenerife es designada con su nombre.

1960 Viaja a Estados Unidos.
1961 Deja de ejercer la abogacía. Su esposo se exilia en Estados Unidos.
1962 Su ensayo sobre Gabriela Mistral aparece en las *Poesías completas* de la chilena, publicadas en Madrid.
1963 Fallece su padre. Pronuncia conferencia sobre Casal en el Ateneo de La Habana.
1966 Fallece su hermano Enrique.
1967 Carmen Conde la incluye en *Once grandes poetisas americohispanas*.
1968 Es electa miembro correspondiente de la Real Academia Española. Es homenajeada por la UNEAC en el Festival de Poesía.
1972 Regresa a Cuba su esposo, muy enfermo.
1974 Fallece su esposo.
1977 Fallece su hermano Carlos Manuel.
1978 Preside un acto en la Academia Cubana de la Lengua por el Milenio del Idioma Castellano.
1979 Dicta la conferencia «Delmira Agustini: el misterio en su vida y en su obra».
1980 Lee en la Academia Cubana «Andrés Bello, misionero de la poesía hispanoamericana». Sufre actos de repudio durante el éxodo del Mariel.
1981 Recibe la Distinción por la Cultura Nacional.
1982 Pronuncia conferencia sobre José de la Luz León y redacta memoria para promover a Regino Pedroso al Premio Cervantes.
1983 Recibe la Medalla Alejo Carpentier. Publica «Julián del Casal: poeta de la soledad y los enigmas» en *Revolución y Cultura*, e «Imágenes de Raimundo Lazo» en *Juventud Rebelde*.
1984 La Real Academia Española presenta su candidatura al Premio Cervantes, que gana ese año Jorge Guillén. En Pinar del Río participa en un homenaje a su hermano Enrique.
1985 Se presenta *Poesías escogidas*. El Archivo de la Palabra registra su voz. Revolución y Cultura publica *Bestiarium*. Dicta múltiples conferencias y discursos.
1986 Rinde homenaje a Delmira Agustini. Participa en actos por el cincuentenario del asesinato de García Lorca. Pronuncia discurso conmemorativo por los sesenta años de la Academia Cubana. Fallece su hermana Flor (22 de junio).

1987 Es nominada por segunda vez al Premio Cervantes, que gana ese año Carlos Fuentes. Es homenajeada por su 85 aniversario. Recibe el Premio Nacional de Literatura.
1988 Preside los actos por el bicentenario de Félix Varela. El Ballet Nacional estrena una versión danzada de *Jardín*. Recibe la Orden Félix Varela de Primer Grado. Pronuncia conferencia sobre Lorca en la Biblioteca Nacional.
1989 Es proclamada Miembro Emérito de la UNEAC. Dicta conferencia sobre Gabriela Mistral.
1990 Publica sus palabras por el documental *Una mujer que ya no existe*. Presenta *Memorias de la guerra* de su padre. Inaugura el Centro Hermanos Loynaz en Pinar del Río. Recibe la Orden Jovellanos y el Escudo Pinareño.
1991 Se publican en Cuba *Bestiarium* y *Poemas náufragos*. En Madrid aparece *La novia de Lázaro* (Betania). Recibe el Premio de Periodismo Doña Isabel la Católica. La Universidad de La Habana le otorga el Doctorado Honoris Causa. Se celebra un foro sobre *Jardín*. Es nominada al Premio Príncipe de Asturias. La Federación de Sociedades Asturianas de Cuba la nombra miembro de honor. Se publica *Valoración múltiple. Dulce María Loynaz*.
1992 Obtiene el Premio Cervantes. Recibe la Giraldilla de La Habana y múltiples homenajes en Cuba y el extranjero. Gana el Premio Nacional de la Crítica por *Poemas náufragos*.
1993 Viaja a España para recibir el Premio Cervantes. Recibe la Orden Isabel la Católica y el Premio Federico García Lorca. Se multiplican reediciones y actos internacionales. Se celebra el I Encuentro Iberoamericano sobre su vida y obra. Recibe la Placa José María Heredia de Santiago de Cuba.
1994 Es homenajeada en la VI Feria Internacional del Libro de La Habana. Se filma *¿Por qué Pinar del Río*? Publica *Fe de vida* y ediciones artesanales de *Últimos días de una casa*. Recibe numerosas distinciones nacionales e internacionales. Su firma aparece en el documento de la RAE en defensa del idioma. Se publica en París *La niña pródiga*.
1995 Recibe homenajes en la Casa de las Américas y en el Teatro García Lorca. Se despide de la Academia Cubana, que la designa Presidenta Honoraria y Perpetua. Participa en el II Encuentro Iberoamericano en Pinar del Río. Recibe distinciones de Tazacorte

y de la UNEAC. Recibe diploma como descendiente de un general mambí.

1996 Recibe la Medalla Gabriela Mistral de la Embajada de Chile. Es nombrada Profesora de Mérito en la Universidad Pedagógica de Pinar del Río. La Unión Árabe la distingue por *Carta de amor al rey Tut-Ank-Amen*. Es homenajeada por múltiples instituciones culturales. Es declarada Hija Adoptiva de Camagüey y recibe el Escudo de la Provincia. Se publica *Dulce María Loynaz. Cartas a Chacón. Cartas a Ballagas*.

1997 Su salud se deteriora. Participa en su último acto público en la Embajada de España. Fallece el 27 de abril en su casa de El Vedado. El duelo es despedido por Roberto Fernández Retamar, Salvador Bueno y Aldo Martínez Malo.

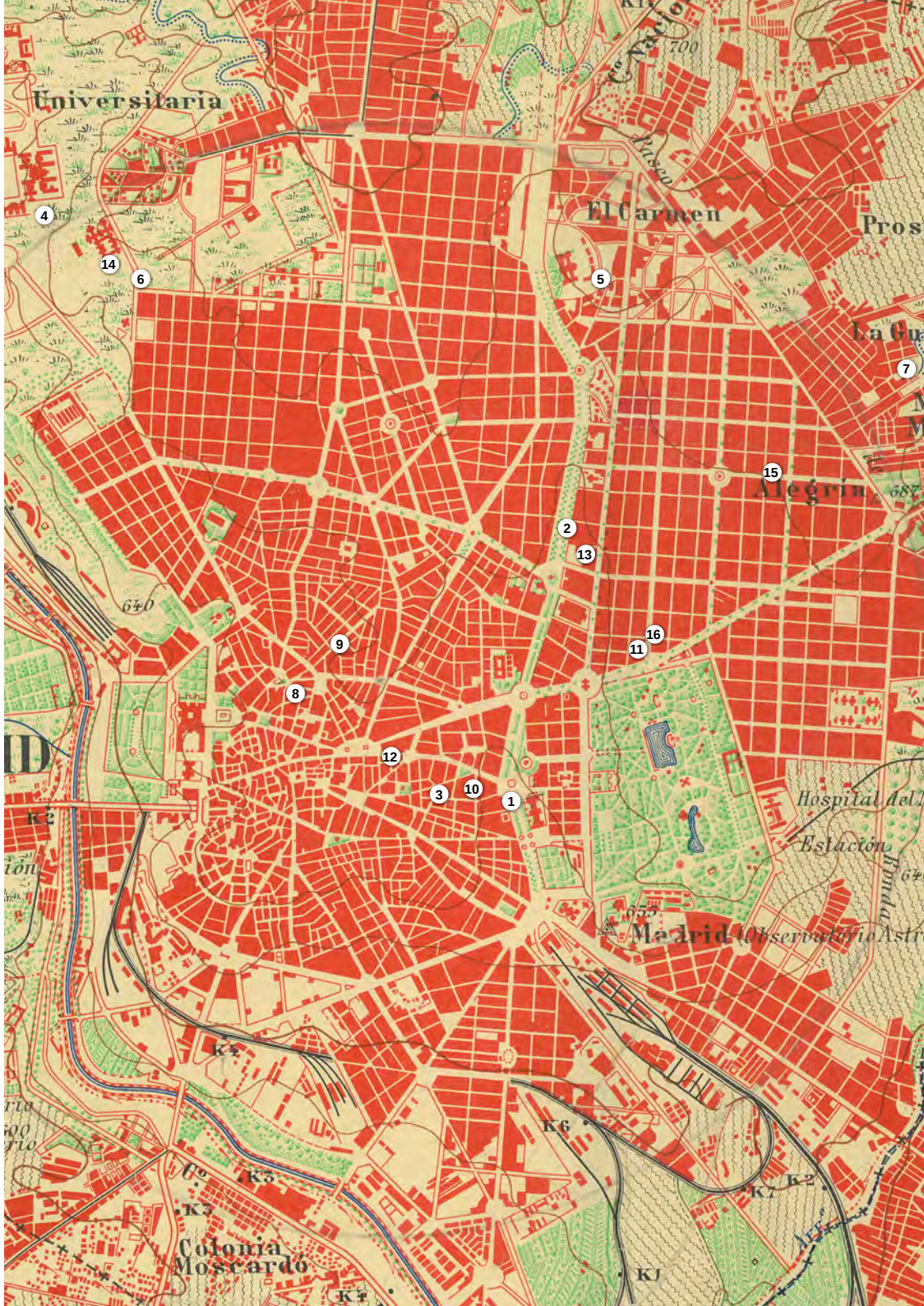
BIBLIOGRAFÍA DE DULCE MARÍA LOYNAZ

Versos 1920-1938. La Habana: Imprenta Molina y Cía., 1938.
— Segunda edición: Santa Cruz de Tenerife: Litografía A. Romero, 1947.
— Tercera edición: Madrid: Talleres Tipográficos Uguina, 1950 (ilustraciones de José Romero Escassi).
Carta de amor al Rey Tut-Ank-Amen. La Habana: Ediciones Grafos, 1938.
— Edición española: Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1953.
Juegos de agua. Versos del agua y del amor. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1947.
Las cuatro estaciones de San Martín de Loynaz. Madrid: Cultura Hispánica, 1948.
Poetisas de América. La Habana: Academia Nacional de Artes y Letras, 1951.
Jardín. Madrid: Ediciones Aguilar, 1951.
— Reediciones destacadas:
- La Habana: Letras Cubanas, 1993.
- Madrid: Editorial Cátedra, colección Letras Hispánicas (ediciones críticas posteriores).

El último rosario de la Reina. Madrid: ABC, 1951 (publicado originalmente en artículos).
— Edición en libro: Madrid: Ministerio de Cultura, 1991.
Poemas sin nombre. Madrid: Ediciones Aguilar, 1953.
Obra lírica. Madrid: Ediciones Aguilar, 1955.
(Recopilación que reúne *Versos 1920-1938*, *Juegos de agua* y *Poemas sin nombre*).
Un verano en Tenerife. Madrid: Ediciones Aguilar, 1958.
— Edición cubana: La Habana: Letras Cubanas, 1994.
Últimos días de una casa. Madrid: Ediciones Aguilar, 1958.
— Edición cubana: Matanzas: Ediciones Vigía, 1993.
— Edición comercial: Madrid: Ediciones Torremozas, 1993.
Poesías escogidas. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1985.
Bestiarium. La Habana: Revista *Revolución y Cultura*, 1985.
— Edición en libro: La Habana: Letras Cubanas, 1991.
Poemas náufragos. La Habana: Letras Cubanas, 1991.
La novia de Lázaro. Madrid: Editorial Betania, 1991.
Poesía completa. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1993.
Ensayos literarios. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1993.
Fe de vida. Pinar del Río: Ediciones Loynaz, 1994.

SITIOS DE DULCE MARÍA LOYNAZ

1. Hotel Ritz. Plaza de la Lealtad, 5
2. Embajada de Cuba en Madrid. Paseo de la Castellana, 14
3. Ateneo de Madrid, Calle del Prado, 21
4. Paraninfo Facultad de Filosofía y letras, Ciudad Universitaria
5. Residencia de estudiantes. El Viso. Calle Pinar 21
6. Circulo Cultural Medina. Plaza del Rey
7. Escuela de Capacitación Social de Trabajadores. Calle Azcona 47
8. Café Varela, Calle Preciados 37
9. Teatro Lara. Corredera Baja de San Pablo
10. Instituto Miguel de Cervantes de Filología Hispánica, C/Duque de Medinaceli, 4
11. Fundación Universitaria Española, Calle de Alcalá 93
12. Restaurante Lhardy. Carrera de San Jerónimo, 8
13. Casa de los Loynaz, Calle Hermosilla 8
14. Instituto de Cultura Hispánica. Avd de los Reyes Católicos, 4
15. Casa Marbel. C/ Ortega y Gasset,(antigua Lista 25)
16. Hotel Wellíntong. Calle Velázquez 8



MADRID (Área Metropolitana). 1944
CC -BY 4.0 ing.es 10-D-3